

Discerniendo y anunciando

El desarrollo psico-espiritual de los discípulos misioneros

Gerardo Daniel Ramos

Introducción

Una actitud que nos ayuda mucho a crecer, tanto desde una perspectiva humana como espiritual, es la de reflexionar a partir de las experiencias de la vida. En la medida en que capitalizamos de este modo lo que nos acontece, vamos desplegando otro tipo de actitudes, más acordes a lo que denominamos una persona madura y consistente en su fe. Es lo que intento hacer en la Primera parte de este libro, bajo el título *Experimentando la vida*.

Pero también podemos valernos de otro tipo de recursos en nuestra reflexión. Ya en la Antigua Grecia se sabía que el teatro permitía al espectador hacer un proceso de 'catarsis', es decir, afectarse, repensarse y reexpresarse a partir de lo que acontecía en la vida ficticia de los personajes que actuaban en la obra. Hoy podemos hacer esto mismo a partir del cine, que nos permite recrear muchas situaciones de vida, reales o verosímiles, y objetivar de algún modo aquello que estamos experimentando o buscando. La Segunda parte del libro, titulada *Creciendo con el cine*, nos pondrá en contacto con este tipo de análisis y experiencias, siguiendo un itinerario vital.

Sin embargo, estos mismos avatares de la existencia humana fueron experimentados por los creyentes que pueblan y recorren la Sagrada Escritura. En muchos casos, sus historias tendrán algún punto en común con los relatos literarios, reales o ficticios, en el sentido de que junto a los acontecimientos empíricos de los que dan cuenta las narraciones, coexisten también aportes interpretativos e incluso consideraciones mágicas y noveladas. Sin embargo, en su conjunto, son relatos que muestran cómo se orientan desde una perspectiva teologal las vidas de personajes, que

individualmente tomados, son relativamente heterogéneos. Esto es lo que desarrollo en la Tercera parte del presente trabajo, que lleva por título *Haciéndonos amigos de Dios*.

La Cuarta parte, que lleva por título *Discerniendo signos de los tiempos*, anuda tres ensayos teológicos que incursionan creativa y propositivamente en una pedagogía pastoral y compromiso histórico de los discípulos misioneros a partir de los desafíos centrales del nuevo paradigma asociado al cambio de época.

De este modo, en la presente obra se conjugan una especie de '*lectio ascendente*' (a partir de la vida y a través del cine) y otra '*lectio descendente*' (desde los personajes bíblicos a nuestra vida y a los desafíos del cambio de época). Ambos ejercicios, seguidos de preguntas que buscan contribuir a una interiorización crítica de los relatos, podrán ayudar al lector a repensar de modo lúcido sus propias experiencias humanas y creyentes: la Primera y Segunda partes fortalecerán prevalentemente los fundamentos humanos de su vida creyente, y la Tercera y Cuarta harán lo propio con los estrictamente teologales de su experiencia humana e histórica. Fruto de todo esto será, Dios mediante, la adquisición de una mayor madurez humana y consistencia creyente en la vida pública.

G.D.R.

Experimentando la vida

Comienzo las páginas de este libro contemplando desde mi ventana un paisaje fascinante. Acostumbrado a vivir en el microcentro de Buenos Aires, estos días en Santa Rosa de Calamuchita (Córdoba) se me ofrecen como un oasis en medio del ruido, el stress y el smog.

Sin embargo, a medida que me dejo arrullar por el tranquilo y sonoro murmullo del río, o que admiro los variados tonos del paisaje en las diferentes horas del día, o en las alternadas mañanas de sol y lluvia –tan cambiante es el clima de verano en las sierras–, a medida que camino por en medio de diferentes parajes, nado en el río, o me dejo llevar por el moroso atardecer rezando vísperas, pienso –como a tantos otros les ocurrirá en tiempos de vacaciones– que mi vida verdadera pasa, en realidad, por otro lugar, y que esto no es, en cierto modo, sino un breve paréntesis del que anualmente me es concedido disfrutar.

Esta observación me hizo pensar que podría aprovechar este lugar paradisíaco para reflexionar creativamente acerca de las cosas esenciales de la vida que a diario me tocan vivir, generalmente en un entorno urbano más hostil y exigente, y que a veces tiendo a descuidar.

En este sentido, lo primero que me vino a la mente fue la constatación de que la vida misma se va entretejiendo a partir de una variada gama de experiencias que la sazonan. Me animaría a decir que estas experiencias, por sus características, son en cierto modo universales, y que de algún modo toda persona que viene a este mundo está llamada a vivirlas: a todos nos tocan de cerca y nos involucran, ya que hacen a la realidad más profunda de lo humano.

* * *

Quisiera ofrecer en estas páginas una reflexión sapiencial acerca de las principales experiencias que vamos haciendo a lo largo de la vida, y de las cuales tomamos mayor conciencia en algunos momentos que en otros, con la convicción de que todas ellas nos pueden conducir, de algún modo, al

encuentro con Dios, de que todas ellas constituyen, en cierto modo, un “pequeño adviento” o incluso una incipiente “epifanía”.

Con la libertad interior y exterior que posibilitan unos días de vacaciones, la cual quedará puesta de manifiesto en el mismo estilo redaccional que intentaré asumir, partiré de un “poema de la vida”, en el cual busqué articular parsimoniosamente las vivencias humano-espirituales que juzgo fundamentales. Luego las iré desarrollando de a una, en prosa, procurando detenerme en un diagnóstico fenomenológico de las mismas, para después perfilar posibles caminos espirituales y pastorales de resolución.

Como en cada una de las cuatro estrofas del poema que expongo a continuación aparecen una serie de experiencias en cursiva que, por algún motivo, se emparentan entre sí, intentaré poner esto de manifiesto recurriendo a la subdivisión y titulación del trabajo en cuatro partes. La primera aborda las experiencias vitales que tienen que ver con la *trascendencia*. La segunda, aquellas que se asocian a los *vínculos*. La tercera, aquellas en las que converge lo *cotidiano*. Y la cuarta, la que recapitula lo decisivo de nuestros itinerarios existenciales desde la propia y definitiva *pascua*.

Poema de la vida

Si escucháramos sabiamente
El meduloso y elocuente *silencio*
De las variadas horas de la vida
Ofrecidas generosamente por el tiempo,
Percibiríamos que el *sentido* más profundo
Madura y surge siempre desde adentro,
Augurando una abundante, variada y rica
Multiforme gama de *encuentros*.

Vínculos de *amor* entrañables y queridos
Que como puro don divino afloran y se ofrecen,
Proponiendo una diversificada *comunión* se mecen
Sabiamente ésta entretejida y pacientemente amalgamada,

Por los padres en los hijos *fecundamente* proyectada,
Mediante esa *intimidad* creadora, misteriosa y delicada
Que como inédita expresión de bondad divina se nos vierte
Y en su más concreta epifanía se convierte.

Vamos alternando el duro *trabajo* cotidiano
Con la exuberante y animada *fiesta* que expansiva,
Propicia que el pesado *tedio* y la rutina
Puedan tornarse una vez más restauradora algarabía.
Pero esa agraciada y profunda *alegría*
De una vida digna, dichosa y realizada
Suele tornarse malhadada en un triste y amargo momento,
Al sorprendernos un tormento, dolor, *fracaso* o *sufrimiento*.

Así, cuando en el ocaso del camino,
La *muerte* hostil nos amenace fría
Con querer cortar inexorablemente
El tenue y sutil hilo de la vida,
Dios nos invitará a consignar
Confiadamente en Él la partida,
Cuando al concluir la trajinada jornada
Afiance la *esperanza* su compasiva mirada.

TRASCENDENCIA

Interioridad y trascendencia van de la mano. En esta primera parte enhebro tres experiencias vitales que dan hondura a nuestro modo de posicionarnos en el mundo: silencio, sentido y encuentro. Constituyen como el eje vertical de una cosmovisión abierta al adviento de Dios, quien en el silencio orante ilumina la mente y el corazón de los creyentes, y les permite encontrarse con un mundo poblado de sentido.

Si escucháramos sabiamente
El meduloso y elocuente *silencio*
De las variadas horas de la vida
Ofrecidas generosamente por el tiempo,
Percibiríamos que el *sentido* más profundo
Madura y surge siempre desde adentro,
Augurando una abundante, variada y rica
Multiforme gama de *encuentros*.

Silencio

*“Se retiró a una montaña para orar,
y pasó toda la noche en oración con Dios” (Lc 6,12)*

En estos momentos estoy sólo en la casa. Se fueron ya dos contingentes de Venado Tuerto y Santa Fe, que sucesivamente habían ocupado las instalaciones. El mismo sector del valle parece casi deshabitado. No se ve ni se escucha nada que no sea pura naturaleza. Podría hasta pensar en un retorno al Edén. A su vez, el silencio exterior, imposible para mí en el resto del año, me hace tomar conciencia de que estoy sólo.

La soledad, como experiencia humana, puede ser muy fecunda, pero inicialmente cuesta, oprime y angustia. Por supuesto que dentro de unos días vendrán otras personas, y que en no más de una semana estaré nuevamente rodeado y hasta atosigado de personas, llamados telefónicos, *whatsapps* y mensajes de correo. Sin embargo, en estos días no. Aquí no hay casi cómo dispersarse. Estoy sin vehículo y mi celular está fuera del área de servicio. Y como hasta evité traer más de tres libros para no entretenerme en lecturas distractivas... El mismo papel en el que estoy escribiendo no había sido destinado a convertirse en objeto de un primer borrador, ya que en realidad eran viejos cancioneros que utilizo del reverso, que saqué de la capilla y que espero nadie vuelva a necesitar.

¿Qué me dice el silencio y la inherente experiencia de soledad que conlleva? Me remite progresivamente a la verdad más profunda de mí mismo,

me ayuda a desprenderme, en cierto modo, de un yo social y funcional que me acaba resultando extraño, para invitarme a tomar contacto con lo más real de mí mismo. En el fondo, a ir más allá de esa capa de inautenticidad que se nos va pegando y de la que nos vamos progresivamente rodeando en medio del bullicio, en el afán por la sobrevivencia o la adquisición de un cierto reconocimiento por parte de los demás.

La soledad va emergiendo como posibilidad de autenticidad, como invitación a vivir de lo que verdaderamente es original en cada uno de nosotros, a purificar las motivaciones de nuestra frenética actividad. Invita, además, a no vivir de prestado, a hacerse cargo del don irrepetible que Dios ha depositado en lo más profundo de nuestras vidas.

En realidad, hacer silencio y hacer experiencia de esta soledad nos cuesta mucho. Fabricamos innumerables mecanismos de defensa que lo dificultan. Tal vez uno de los que hoy estén más de moda y difundidos sea el celular: nos hace sentir comunicados, no caídos de la vida social. El otro, también característico del tiempo actual, es el de ir, vestir, pensar, decir y comprar lo que la mayoría compra, dice, piensa, viste y recorre. Es el abecé del *marketing* y del materialismo consumista que tan agresivamente despersonaliza, y que tan fácilmente se filtra incluso en nuestro tiempo de vacaciones.

En los primeros siglos del cristianismo, muchos hombres y mujeres “huyeron” a los desiertos de Egipto y Siria. Intuían que la soledad, aparejada a la rudeza del desierto, podría ser muy fecunda en sus vidas, y que finalmente los conduciría al encuentro con Dios. Ese ejercicio o “ascesis” del desierto o *eremos* –de ahí “eremita” – es observable también en otras tradiciones religiosas. Por ejemplo, en el budismo tibetano o tailandés, o en el sufismo islámico. La convicción profunda y común a todas estas experiencias es que la palabra y la comunicación profundas emergen del silencio y la soledad.

Para el cristiano no se trata de una expresión de misantropía. Por el contrario, el silencio que lleva a la dura experiencia de soledad y posibilita el recogimiento, está al servicio del encuentro y la solidaridad. De otro modo no habría sido una experiencia auténticamente humana ni tampoco religiosa. El silencio que nos hace tomar conciencia de quiénes somos, está llamado a generar en nosotros una más profunda capacidad de escucha y encuentro interpersonal. A partir de la convicción de que fuimos engendrados a la existencia y que, por eso mismo, todo es “don”.

Me parece importante cultivar en la vida espacios de recogimiento. No dejarlos meramente al azar. También es importante evitar la dispersión. Hoy es muy fácil andar durante años por la vida “entretenidos” y “divertidos”, pero ese globo en algún momento explota. La sabiduría reside en procurar no perder el hilo de la vida, no perderse en lo anecdótico y fugaz. Porque “una sola cosa es necesaria” (Lc 10,42). Mantener esta actitud sapiencial en medio de los variados ajetreos de la vida cotidiana es lo que nos hace verdaderamente respirar y vivir.

Sentido

*“Un hombre importante le preguntó:
‘Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?’” (Lc 18,18)*

Una de las experiencias más necesarias y significativas es la que se asocia al descubrimiento del mismo sentido de la vida. Normalmente éste emerge en nosotros asociado a la vivencia de experiencias cumbre, que luego irradian luz sobre el conjunto de la existencia. El sentido, en cierto modo, la amalgama y unifica, y permite que vayamos construyendo en medio de los afanes cotidianos un todo más o menos armónico.

Esta necesidad surge con vehemencia en la tardía adolescencia, y queda emparentada con el descubrimiento de la propia vocación. Supone una previa valoración de la libertad, y el llamado a tomar la vida en las propias manos. Exige fidelidad a todo lo que de bueno, noble y verdadero vamos experimentando en el día a día.

V. Frankl hacía notar como muchas aparentes enfermedades de origen psíquico, que él denominaba “psicógenas”, se deben en realidad a vacíos de sentido, y por eso las llamaba “noógenas”. Si bien es cierto que el notable creador de la logoterapia trabajó en plena posguerra, cuando se fortalecían las corrientes nihilistas, también en la frívola posmodernidad actual las personas tenemos una imperiosa necesidad de encontrar un sentido totalizante, que reúna el conjunto de las experiencias de vida más allá del fragmento, confiriéndole una orientación que sea capaz de ir más allá del momento. En contrapartida, el “pasotismo” termina generando una cierta náusea existencial, como lo hacía notar, por otro lado, el mismo J. P. Sartre.

Descubrir y asumir responsablemente el sentido de nuestra vida nos eleva a lo mejor de nosotros mismos, y nos permite vivir con un norte vocacional definido. Nos posibilita conocer quiénes somos y a qué estamos llamados. Sin embargo, inmersos en el complejo entramado socio-cultural actual, tendríamos que tener presente que esa identidad vocacional debería estar permanentemente sujeta a nuevas adaptaciones y expresiones. Porque cada vez más la identidad personal, en la que se funda un proyecto vocacional, se va entretejiendo a partir de la alteridad de múltiples vinculaciones. Y así, hoy más que nunca, su desarrollo queda supeditado a las posibilidades y límites que éstas señalan.

Por otro lado, las sucesivas crisis de la vida ponen recurrentemente en jaque el metasentido de nuestra existencia, lo cual nos obliga a resignificarlo o incluso a redefinirlo. Esto es válido también hoy de cara a las profundas transformaciones epocales y al ritmo vertiginoso con que se van modificando nuestros parámetros de referencia.

Para los creyentes lo cierto es que el sentido se asocia a una percepción religiosa fundamental de la vida, y para los cristianos, a un vivir confiados como hijos/as de Dios, animados por el Espíritu Santo. Estas certezas de la filiación divina y de ser templos de Dios, permiten que nuestras existencias tengan continuidad, y que se unifiquen y pacifiquen más allá de las vicisitudes que la vida diaria y el tiempo nos vayan presentando. Me animaría a decir, más allá incluso de la captación real y consciente que podamos ir teniendo del sentido acabado de algunos acontecimientos particulares que nos toquen vivir. Porque confiamos en que los transitamos “en las manos del Padre”, y en que Él les está confiriendo un sentido providencial.

Encuentro

“Llegaron sus discípulos y quedaron sorprendidos al verlo hablar con una mujer” (Jn 4,27)

Después de haber ido a nadar un poco en el río todavía algo crecido y turbio por la lluvia de ayer, retomo el relato. Antes de hablar de la experiencia de encuentro quisiera aclarar que la misma presupone la capacidad de soledad de la que ya hemos conversado. Porque el verdadero encuentro supone capacidad de respeto por el otro y por lo otro en cuanto otro: esta

exigencia de gratuidad, evita que se convierta en una excusa egoísta para procurar nuestra propia complacencia.

En efecto, no nos encontramos verdaderamente si acudimos a la cita con nuestras premisas innegociables. Cualquier modalidad de encuentro acontece con tal que no pretenda ser una proyección de nuestras expectativas. Para encontrarse, hay que dejar que lo que no se identifica con nuestro yo, puede expresarse y manifestarse. Pero esta capacidad de escucha sólo madura en el silencio. Se podría decir que el silencio purifica nuestra capacidad de encuentro profundo. Y esto, porque redimensiona nuestra percepción de lo real: da una nueva densidad a lo que de otra manera manipularíamos.

Si en estos momentos, para encontrarme con el entorno de naturaleza que me rodea, dijese que deberíamos estar en tal estación, y que el sol debería brillar a tal o cual altura, o que la temperatura debería ser esta otra, estaría condicionando el esplendor que el paisaje quiere manifestarme a mis propias necesidades o expectativas. Y entonces no lo disfrutaría. No habría apreciado la invitación a la introspección de un día gris, ni tampoco ahora valoraría los variados y fuertes tonos de verde con que suelen estar adornados los días posteriores a otros de lluvia.

Y lo mismo nos sucede con las personas. Cuando elegimos demasiado con quiénes y cuándo queremos vincularnos, nuestros prejuicios nos impiden asombrarnos de la novedad que aportan quienes advienen a nuestra vida. Ya sean personas que hasta el momento no habíamos tenido la oportunidad de conocer, o también aquellas con las que hemos tratado o incluso convivido desde hacía años.

El verdadero adviento del otro es concomitante a nuestra capacidad de permitirle entrar en nuestra vida. Por supuesto que luego habrá vínculos más logrados que otros, empatías y amistades más profundas que otras. De todos modos, no deja de ser un ejercicio importante el de tratar de sondear en los “por qué” de las naturales antipatías que podemos sentir hacia tal o cual persona.

En efecto, en estos casos, normalmente subyace alguna experiencia de vida no bien asumida. Y por tanto, también en estos casos –sobre todo en estos casos– el adviento del otro acaba siendo providencial. Porque nos da la ocasión de crecer. En la tradición monástica es frecuentemente recordado que el hermano inoportuno es el que mejor nos ayuda a conocernos a

nosotros mismos, y a chequear si verdaderamente nuestras virtudes o nuestra misma vida espiritual es o no auténtica.

Para encontrarnos es preciso, entonces, deponer nuestros prejuicios, por más sensatos que estos puedan parecer. Hay que deponer especialmente el natural afán de control que procuramos tener de nuestra vida y de lo que nos acontece. Esto no quiere decir dejarnos arrastrar sin norte ni rumbo, sino más bien, ser capaces de interactuar libremente con acontecimientos, personas, adversidades, factores climáticos, emociones, etc., que nos toquen vivir, y detrás de las cuales se manifiesta la misteriosa providencia de Dios.

De este modo, todo encuentro puede mediar la experiencia religiosa y creyente. En la medida que aceptamos interactuar dócilmente con lo que no es, estrictamente hablando, nuestro yo, podemos hacer experiencia de la presencia providencial de Dios, y captar la vida como un “don de lo alto”. Esto va haciéndonos experimentar nuestro existir como soledad habitada. Es decir, misterio poblado de múltiples y variadas presencias, siempre sorprendentes, siempre inéditas. Y entonces la soledad no es sinónimo de retraimiento, sino fuente de encuentro gozoso y pacificador.

Hago una última aclaración. Lo que debemos permanentemente cultivar es nuestra disponibilidad para el encuentro. No siempre éste estará “actualmente” concretado. Muchas veces será sobre todo “potencialidad”. No puedo encontrarme en acto con todos los seres humanos, pero sí puedo cultivar una disponibilidad interna dando tiempo a quien tengo delante. No puedo hacer o resolver todas las cosas, pero sí puedo empeñarme en hacer bien la actividad que tengo en mis manos. No puedo asumir y realizar todas las profesiones y vocaciones, pero sí puedo intentar ir siendo cada vez más y mejor aquello que el Dios de la vida me va pidiendo ser.

Y aquí hago una necesaria referencia a Jesús, el Hijo de Dios. Durante su ministerio público, Él no atendió, sanó, escuchó y dio consejos a todo el mundo, sino a las relativamente pocas personas que fue encontrando en Galilea, Jerusalén y algún que otro lugar de una remota provincia del Imperio Romano, hace ya casi unos dos mil años. Pero justamente porque lo hizo del mejor modo posible, su ejemplo cobró universalidad. No pudo conversar y convertir a todo el mundo, pero lo hizo con la mujer samaritana, con algunos enfermos, y con los discípulos de Emaús. No pudo explicar el Evangelio a todos, pero lo hizo con sus amigos más cercanos.

Es que el secreto último del encuentro no está en la cantidad, sino en la calidad. Nos lo recuerdan las mismas celebraciones sacramentales de la Iglesia. En ellas, lo poco dice mucho. El agua, el pan, el vino, el aceite, la cruz, el ministro, el fuego, las cenizas, etc., se pueblan de sentido. En cuanto sacramentos / sacramentales, dicen la realidad con tanta mayor elocuencia cuanto más simples y sencillos son los dicentes que la significan y expresan. Por eso, en estos casos, el símbolo se optimiza y trasciende al significante de modo inefable.

VÍNCULOS

El común denominador de esta segunda parte viene constituido por la vincularidad. Podríamos decir que aquí se articula la variada gama de relaciones interpersonales posibilitadas por la misma experiencia de encuentro. El amor, la comunión, la fecundidad y la intimidad despliegan horizontalmente el eje de trascendencia vertical desarrollado en la primera parte.

Vínculos de *amor* entrañables y queridos
Que como puro don divino afloran y se ofrecen,
Proponiendo una diversificada *comunión* se mecen
Sabiamente ésta entretejida y pacientemente amalgamada,
Por los padres en los hijos *fecundamente* proyectada,
Mediante esa *intimidad* creadora, misteriosa y delicada
Que como inédita expresión de bondad divina se nos vierte
Y en su más concreta epifanía se convierte.

Amor

*“Habiendo amado a los suyos que quedaban en el mundo,
los amó hasta el fin” (Jn 13,1)*

Una de las experiencias centrales en la vida de las personas es la del amor. Ya san Agustín hacía notar que todos amamos algo o alguien, pero que

lo importante es saber dónde estamos poniendo el amor. Está quien ama el dinero y lo convierte en su ídolo, o su carrera profesional, o su perro. Sin embargo, no todas las formas de amor ennoblecen a la persona de la misma manera: un amor desordenado puede incluso destruirla. El mismo amor humano puede distorsionar el sentido trascendente de la vida, cuando se torna idolátrico: por ejemplo, el amor de dos amantes, el amor paterno o materno exacerbado, o el amor desmesurado a la patria, etc.

Existe un “orden del amor”, u *ordo amoris*, que es preciso descubrir y respetar, y del que sólo Dios es garante. Hoy nos cuesta mucho asumir que haya cosas que ya estén prefijadas, dichas de antemano por una ley que nos trasciende y no regulamos, y que sólo cuando la respetamos, nuestras vidas crecen y se desarrollan. Una de ellas, tal vez la fundamental, es el *ordo amoris*, estrechamente vinculado a la dignidad de la persona en cuanto hijo/a de Dios.

En el plano pedagógico, comenzamos desde niños el aprendizaje de lo que significa “amar”. Sin embargo, esta experiencia tendrá que ir transitando una significativa evolución. De amar lo que nos gratifica, a saber, el seno materno y nutricio, a un amor altruista, generoso y desinteresado, se abre el amplio abanico que va del amor de concupiscencia al amor personal, del *eros* al *ágape*.

Es cierto, sin embargo, tal como nos lo recuerda el papa Benedicto XVI en su encíclica *Deus caritas est*, que nunca se anula por completo la primera forma de amor. Pretenderlo sería caer en una suerte de espiritualismo angelical. Más bien, a decir de L. Rulla, el desarrollo del amor pasa por interesarse y cultivar cada vez más lo “importante en sí”, a saber, los valores, haciendo que eso mismo sea “importante para mí”, lo cual respondería a las necesidades.

Cuando procedemos así, emerge en nosotros el gozo, mientras que si damos preferencia solamente a lo importante para mí, podremos experimentar algún goce pasajero, pero luego constataremos que nos encontramos más vacíos que antes. Como lo hace notar A. López Quintás, mientras que en la experiencia de “éxtasis” el gozo se asocia a la esperanza y al entusiasmo, en la de “vértigo” el goce se emparenta con la tristeza y la desesperación.

El verdadero amor busca entablar vínculos con la realidad considerada valiosa, con el mayor respeto, profundidad y perspectiva posibles. No se

puede convertir a una persona, por ejemplo, en medio para mis fines (A. López Quintás). Ni menos a Dios en auxiliar para mi causa: y esto incluso en caso de llegar a necesitarlo...

Pero además, una vinculación valiosa supone hondura en el intercambio, lo cual se asocia a la reciprocidad. El verdadero amor renuncia a poseer al otro/a o a los otros. Permite que los demás puedan ir siendo sí mismos: el Amor con mayúsculas no ata, sino que más bien libera. Por eso, “no hay amor más grande” que el de “quien da la vida por sus amigos” (1 Jn 15,13).

El amor se opone diametralmente al odio, o más casera e interiormente, al resentimiento. Éste impide que podamos elevarnos a lo mejor de nosotros mismos. El resentimiento inhibe la creatividad, tan necesaria para llevar una vida auténticamente humana. Se emparenta con el afán de destrucción y retorno al caos: es absolutamente regresivo. Predomina en ciertos pensamientos de izquierda y en otros tantos fundamentalismos de derecha. Está en la antípoda de la “nueva creación”.

Por eso es importante revisar nuestra vida, para descubrir si existen estos nichos conscientes o inconscientes de energía personal negativa, que podrían funcionar en nosotros como los “agujeros negros” del universo, absorbiendo constantemente ingentes cantidades de recursos psicoespirituales.

En referencia al plano terapéutico, al resentimiento hay que abordarlo en su origen: allí es donde debe operarse la verdadera sanación. Es preciso asumir adultamente lo que en algún momento de nuestra existencia hemos resuelto infantilmente. Porque perduran en nosotros fantasmas regresivos que nos impiden simbolizar creativa y progresivamente nuestra existencia. La liberación es don de lo alto, pero la misma viene normalmente concedida como aparejada a nuestro esfuerzo y búsqueda.

No me detengo mucho más en esta temática, porque ha sido ya muy trabajada por la Renovación Carismática, y porque sus aspectos pedagógicos han sido finamente tratados en nuestro medio por V. M. Fernández en varios libros y numerosísimos artículos.

Comunión

*“Que también ellos sean uno en nosotros,
para que el mundo crea” (Jn 17,21)*

Hacemos experiencia de comunión cuando sentimos que pertenecemos. Pertenecemos cuando cultivamos vínculos en torno a algo o a alguien significativos. La pertenencia supone un espacio común en el que fluye una vivencia de valores de alta calidad humana. Sobre todo, la virtud teologal del amor: ésta es la última garante de la comunión.

Sin embargo, también existen otros valores que sostienen, nutren y afianzan la comunión. Por ejemplo, la fidelidad. No hay vinculación posible si no emerge este “pacto” de modo al menos implícito. La fidelidad se estructura sobre la verdad de los vínculos, y los sostiene en el tiempo más allá de las vicisitudes de las emociones o incluso de los sentimientos. La fidelidad se apoya en convicciones innegociables.

Otro valor que sustenta la comunión es el altruismo. Éste reconoce que las personas devenimos nosotras mismas sólo a condición de abrirnos generosamente a un entorno de pares. Se establecen así movimientos de reciprocidad que afianzan la comunión.

Sin embargo, en última instancia la comunión es un don. No surge por decreto, sino que se descubre como algo ofrecido, como una posibilidad que en algún momento de la vida nos solicita. Una invitación a formar parte de un nosotros: de una comunidad. En la invitación pueden convergir empatías y afinidades naturales. Por ejemplo, pueden establecerse vínculos de comunión entre quienes se dedican a una determinada profesión, o entre conciudadanos que se encuentran en el extranjero.

Pero también la comunión puede ser enriquecida por lo diferente. Es lo que queda puesto de manifiesto en la experiencia tribal primitiva de la exogamia, o también la que puede darse en una nación moderna con los aportes de una inmigración planificada. Porque en general, la mera comunión de iguales tiende a empobrecerse y a implosionar, es necesario incluir lo nuevo y lo diverso.

También en la comunión trinitaria existe diversidad: el Padre no es el Hijo, ni el Hijo el Padre, ni el Espíritu Santo es el Padre o el Hijo. Y, no obstante, cada persona divina incluye plenamente a las otras dos: “es” una con las otras dos, e incluso se constituye a sí misma relacionándose y

diferenciándose de las otras dos. En cambio, cuando la comunión se entiende como intolerante uniformidad, se destruyen las libres vinculaciones de reciprocidad que la posibilitan, y acaba derivando en una estructura piramidal de tono caudillesco, sostenida en realidad por lealtades frágiles, no ajenas de temores.

Esto es lo propio de muchos grupos humanos que actúan corporativamente, impulsados solamente por fines pragmáticos e intereses mezquinos. Las formas máximas de degeneración de la comunión, su más atroz caricatura, la constituyen las mafias. Allí no existe el más mínimo resquicio de libertad: sólo caben relaciones de poder mantenidas en base a la intimidación, el secreto cómplice y el dominio despótico. Si una pieza del engranaje no funciona, se la sustituye rápida y violentamente por otra que responda, dado que si se procediese de otro modo, todo el mecanismo macabro entraría en crisis.

“Entre ustedes no ha de ser así, sino que el que quiera ser el primero, que se haga el último, y el servidor de todos” (Mt 20,26).

Fecundidad

*“Sean fecundos, multiplíquense,
llenen la tierra y sométanla” (Gn 1,28)*

La intimidad del amor y la comunión conducen siempre a alguna forma de fecundidad que trasciende y proyecta a los que intiman. En el caso del matrimonio, esa fecundidad se expresa principalmente en la prole. Los hijos están llamados a ser fruto del amor íntimo de los esposos, su expresión más lograda.

Pero existen también otras expresiones de fecundidad. Un grupo de amigos que han venido compartiendo experiencias de vida profundas y se han hecho confidencias recíprocas, muy probablemente acaben expresando el don de la amistad, del cual participan, en alguna forma de servicio o emprendimiento solidario. Es más, la calidad y riqueza de su proyección social constituirá un buen termómetro de la solidez de esa amistad.

Un grupo de intelectuales que debaten e intercambian opiniones sobre un tema, pueden proyectarse socialmente por medio de la publicación de un libro. Un conjunto de artistas, puede hacerlo por medio de canciones, o de

una obra de teatro. Gente con sensibilidad filantrópica, puede intentarlo por medio de un emprendimiento comunitario. Cuanta más profunda sea la vinculación de intimidad interpersonal, tanto más fecunda será la proyección social.

El modelo más acabado de esto que estoy diciendo radica en la misma vida de Dios, dado que cada persona divina está en las otras dos, en una relación que la teología denominó *perijoresis*, y que podríamos traducir a grandes rasgos como “circulación de vida interpersonal”. Gracias a la *perijoresis*, las personas divinas no son ya tres dioses sino un único Dios. La misma hace que en la vida de Dios todo sea común al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y que cada uno de los tres se identifica plenamente con la esencia divina, a la vez que ninguna de las tres personas sea la misma que las otras dos.

Gracias a esta plenitud de vida íntima en Dios, la economía salvífica, es decir, la proyección histórico-social de la Trinidad, constituye el ejemplo más acabado de fecundidad que podemos imaginar en nuestro mundo. “Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo, para que el que cree en Él no muera, sino que tenga vida eterna” (1 Jn 4,9). Imitando este magnífico ejemplo, el pueblo de Dios procuró siempre por mandato divino que su misión en el mundo se convirtiera en manifestación expansiva de su comunión íntima en el misterio de Dios.

Intimidad

*“Que mi amado entre en su jardín
y saboree sus frutos deliciosos” (Ct 4, 16)*

El encuentro interpersonal puede conducir a la confianza íntima. Entonces se establece una vinculación de alta relevancia, y en el caso del amor humano entre el varón y la mujer, una relación única. Cabe aclarar, no obstante, que la vinculación esponsal no agota la variada gama de confianzas íntimas que las personas hacemos o recibimos de las otras. Por eso tampoco podemos restringir la capacidad de intimidad al plano de la sexualidad, y menos de la genitalidad. Entre amigos existe normalmente una relación de intimidad que, por situarse en el plano personal, posibilita una comunicación profunda, si bien, en este caso, no exclusiva.

La intimidad queda asociada a la exclusividad en el matrimonio, o implícitamente, en la vinculación estable de una pareja. El carácter de indisolubilidad aporta un elemento fundamental al momento de ofrecer una cierta garantía de que no se cometerá una infidencia.

Una vinculación se torna íntima cuando las personas no avasallan la originalidad y libertad de las otras, sino que se adentran respetuosamente en la vida de los demás y dejan que los otros ingresen en la propia vida con la mayor delicadeza posible. Por eso, la verdadera intimidad presupone capacidad de amor maduro. No puede existir intimidad, sino más bien manipulación, en personas que tiendan a una actitud posesiva respecto de las otras. Por eso, la intimidad supone también libertad interior por parte de las personas involucradas.

La confianza que conduce a la intimidad, madura de a poco. La progresividad es la condición necesaria para el respeto. Buscar apurar los procesos, es exponerse a destruir una relación. Es lo que sucede, por ejemplo, cuando en una vinculación apresurada el varón y la mujer tienen relaciones prematrimoniales sin que haya madurado plenamente todavía un amor personal, el cual posibilite una relación con la totalidad de la otra persona en cuanto persona. Es entonces cuando, lo que se había iniciado bien, acaba teniendo un gusto amargo, y engendrando cierto dejo de temor e inseguridad.

Por eso la intimidad es fruto de un don previo que trasciende a las personas que intiman: para que una vinculación íntima se enriquezca y afiance es preciso que ellas lo reconozcan y respeten. No se puede violentar ese don, sino que debe ser recibido con delicadeza virginal. Es decir, con espíritu de profundo discernimiento y acción de gracias. Esto es sobre todo válido para una vinculación matrimonial sólida y definitiva. De otro modo, la relación marchará “enclenque” desde el vamos.

En el contexto de lo que voy diciendo, viene a cuenta hacer una breve referencia a la corporeidad. Porque también el cuerpo es fuente de experiencia vital, ya que todo lo que nos acontece tiene una primera repercusión en él: el nacimiento, la alimentación, el crecimiento, el desarrollo sexual, la reproducción, la alegría, el sufrimiento, etc. Al promediar la vida, la misma corporeidad tiende a revelar lo que somos como personas y aquello en lo que nos hemos ido o no convirtiendo.

Por todo esto es que la filosofía personalista contemporánea insiste en que no solo tenemos un cuerpo, sino que nuestro mismo ser se manifiesta y subsiste corporalmente. Somos espíritus encarnados, o cuerpos espirituales. Esto nos aleja tanto del espiritualismo angélico como del materialismo pragmático. Pero además, el carácter sacramental de nuestro ser, impide el dualismo gnóstico, el cual afirmaría que el cuerpo es malo y el espíritu bueno. Nada más alejado de una concepción cristiana de la persona que esta atroz caricatura de lo humano.

Lo dicho nos invita a dialogar con nuestro cuerpo, a sentirlo como propio, y a encontrarnos con él. Por medio de él nos conocemos y conocemos y percibimos el mundo. Escuchar lo que surge de nuestra corporeidad, dialogar y encausar sus necesidades, emociones e impulsos es parte de nuestro cometido como personas creyentes.

Es cierto que por momentos algunas corrientes espiritualistas, incluso muy difundidas, tendieron a despreciar lo corporal, lo afectivo y sensitivo —e incluso lo femenino, por asociársele estrechamente—, y que esto incidió en la tradición cristiana dejando “bajo sospecha” todo lo relacionado con el cuerpo: por ejemplo, la misma sexualidad. Sin embargo, cuando lo corpóreo es reprimido y no encausado, el cuerpo se toma represalias o se enferma.

Creo que hoy, junto a una nueva revalorización del mundo presente, del amor humano y de la ecología, estamos llamados a tener una nueva y más profunda valorización totalizante de nuestro ser, en la cual el cuerpo ocupe el lugar que merece. Esto supondrá preocuparnos por alimentarnos y descansar bien, cuidar la salud y no abusar de ella. Pero también tener presente nuestra corporeidad en la expresión interpersonal, en el quehacer laboral y en la misma oración.

Reconciliarnos con nuestra corporeidad y darle el justo espacio que merece en nuestra vida es también fuente de plenitud y fiesta. Se opone a esto la variada gama de excesos que deteriora la salud corporal y, con ello, nuestra calidad de vida.

COTIDIANEIDAD

La vida se va desplegando de a poco en lo cotidiano, que hace a la historicidad fáctica de nuestra existencia, a nuestra condición de seres

inmersos en el mundo. El trabajo y la fiesta, el tedio y la alegría, el fracaso y sufrimiento son tal vez los ingredientes y vivencias más significativos que las personas vamos experimentando a lo largo de los años. Teniendo valor y relevancia por sí mismas, ya que nutren y matizan el afán del día a día, nos van educando simultáneamente para la pascua definitiva.

Vamos alternando el duro *trabajo* cotidiano
Con la exuberante y animada *fiesta* que expansiva,
Propicia que el pesado *tedio* y la rutina
Puedan tornarse una vez más restauradora algarabía.
Pero esa agraciada y profunda *alegría*
De una vida digna, dichosa y realizada
Suele tornarse malhadada en un triste y amargo momento,
Al sorprendernos un tormento, dolor, *fracaso* o *sufrimiento*.

Trabajo

“Que el que no quiera trabajar, que no coma” (2 Tes 3,10)

Las personas devenimos tales emprendiendo alguna actividad creativa a lo largo de la vida. Una actividad que tienda no sólo a transformar el entorno, sino sobre todo a transformarnos a nosotros mismos. El trabajo nos permite ir desplegando la originalidad de lo que somos e ir humanizando el ambiente en el que lo desarrollamos. Es como el ejercicio de multiplicar los talentos recibidos.

En su encíclica *Laborem exercens* (1981), Juan Pablo II hizo notar que actualmente se produce una tergiversación importante en relación al trabajo. En general, en nuestros días se da más importancia a lo que el hombre objetivamente produce, a saber, eficiencia y salario, que al ennoblecimiento subjetivo que se realiza en quien trabaja y en los destinatarios de ese empeño. Con lo que la actividad del hombre no siempre termina siendo verdaderamente humana, ni la empresa creando vínculos de solidaridad entre las personas que la constituyen.

Lo cierto es que cuando no acabamos de encontrarnos con la actividad que desempeñamos, ésta termina por agobiarnos, estresarnos y aislarnos. La excesiva atención a lo que hacemos puede llegar a desplazarnos del centro de nuestro ser. Y entonces vivimos alienados. Es el drama del materialismo de nuestro tiempo, tanto en su modalidad capitalista, aún hoy vigente, como en su versión marxista, operante en general hasta hace algunos decenios.

Cuando el trabajo se deshumaniza, acabamos por buscar compensaciones inadecuadas. Sustituimos el “tener” por el “ser”, lo cual genera rivalidad entre personas y grupos humanos, hegemonía de los más fuertes sobre los débiles, y tiende a cobrar un efecto devastador sobre la naturaleza. Es decir, el trabajo inhumano destruye el ambiente ecológico y social.

Por eso es importante que recobremos la capacidad de humanizarnos a partir de la actividad. Podemos proponernos, en cuanto de nosotros dependa, priorizar la calidad por encima de la cantidad de lo producido, procurar estar atentos a lo que hacemos, disfrutar del resultado de nuestra actividad, sentir que nos dedicamos en serio, pero nunca tan seriamente que idolatremos la misma actividad.

Si bien es cierto que algunas actividades pueden prestarse más fácilmente a esto que otras, por ejemplo, las que nos ponen en relación de servicio a personas (medicina, docencia, psicoterapia, servicio social, etc.), que aquellas que nos orientan hacia las cosas (por ejemplo, producción industrial, administración, finanzas), todo trabajo objetivamente honesto puede ser subjetivamente humanizado. Demás está decir que actividades de suyo humanizantes, como por ejemplo, escribir este ensayo, podrían deshumanizar al autor si el empeño lo hubiese agobiado por una suerte de frenesí voluntarista, acompañado de un esfuerzo sin descanso.

Por eso es bueno retomar aquí lo que decía en las primeras páginas, cuando hablaba del silencio. Como no existe ninguna actividad humana que no encierre el riesgo de desvirtuarse, ni siquiera “las más sagradas”, es necesario añadir a la experiencia del trabajo la del descanso. Al “negocio” debe adjuntársele el “ocio”. Era el sentido bíblico del sábado, o de los años sabáticos. Para el cristiano es el sentido del domingo, de los tiempos festivos o de retiro, pero también de las vacaciones. En todos estos espacios litúrgicos y humanos redescubrimos que las personas valemos más por lo que somos que por lo que hacemos.

Fiesta

“Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea” (Jn 2,1)

La fiesta distiende la vida. Festejan quienes tienen una significativa vivencia en común: una familia, un grupo de amigos, una colectividad, una nación. Podría decirse que la fiesta es la expresión de alegría colectiva por excelencia, y que en ella se compendia el anhelo de una plenitud definitiva.

La fiesta es el horizonte del tiempo de trabajo, es la vertiente lúdica y exterior del descanso. La fiesta desbloquea lo que la cotidianidad y el peso de la vida muchas veces comprimen: la fiesta distiende, y propicia la emergencia de nuevos espacios de interacción donde hasta el momento todo parecía proseguir la fatigosa y tediosa rutina de la vida.

La fiesta tiene algo de irracionalidad. Despierta energías aletargadas, posee aires dionisiacos que hacen de contrapunto al tiempo apolíneo de los días y las semanas, del trabajo y el orden. Se convierte en tiempo “cuasi sagrado”, en el que además se manifiestan las musas. En ella surgen el canto poético, la danza erótica, la bebida espirituosa. Por eso, en sus formas extremas y hasta abusivas, en la fiesta pueden irrumpir las fuerzas carnales, invocarse al dios Baco, y ponerse entre paréntesis todos los tabúes y restricciones de la vida diurna.

La fiesta es importante, pero también es importante dosificarla. Porque en ella se despiertan los misteriosos y ocultos poderes de la vida y la muerte. La fiesta sin bridas se torna acontecimiento orgiástico, lo cual acaba destruyendo a los que festejan. La fiesta puede desatar las pasiones más encontradas, “el bien y el mal”, a decir de J. M. Serrat.

Por eso se impone la medida: no la del aguafiestas que agria los festejos con augurios de “pájaro de mal agüero”, sino la de quien intuye que la pasionalidad incontrolada no debería sobreponerse a la racionalidad responsable, o que el inconsciente no debería invadir al yo consciente, la masa a la ciudadanía, o la furia irrestricta a la sensatez.

Para el cristiano, la fiesta se enmarca en la pedagogía del domingo, o más condensadamente aún, en la de los símbolos pascuales, que constituyen ese necesario espacio lúdico dosificado y encausado por el misterio de Jesucristo resucitado, que nos introduce en la misma vida de Dios.

La fiesta orgiástica, por el contrario, tiene algo de presuntuosa. Podríamos expresar esto mismo como la pretensión de una “felicidad plena ya” y a cualquier costo. En realidad, esta modalidad pseudofestiva conduce a la “resaca” y al “bajón”, expresiones absolutamente antifestivas que connotan altas cuotas de desesperanza. Por el contrario, la verdadera fiesta afianza los cauces de esperanza, y abre la vida a un sentido más pleno. Pero también inyecta una notoria dosis de entusiasmo al trajín diario y al trabajo cotidiano. Permite abordar con otros ojos la fatiga del día a día.

No sé si hoy sabemos festejar. Más bien me inclino a pensar que vamos perdiendo esta capacidad. Nuestras fiestas muchas veces, más que despertar el gozo sereno y luminoso, se convierten en ámbitos de excesos y derroche. En muchos casos, consumen demasiados cartuchos de la propia existencia. Son fiestas degradadas, caricaturas o muecas del sereno festejo disparador de alegría. O por el contrario, pueden convertirse también en boliches de beodos que empantanar la belleza de la vida.

Debemos intentar recuperar el auténtico sentido de la fiesta, la cual posibilita el encuentro, expande la existencia, fortalece los vínculos, eleva la autoestima, y abre la vida a la presencia del Dios con nosotros.

Tedio

*“Lo que fue, eso mismo será; lo que se hizo, eso mismo se hará:
no hay nada nuevo bajo el sol” (Ecl 1,9)*

En nuestra época se han exponenciado las posibilidades de entretenimiento. Esto hace que podamos pasar fácilmente de una actividad a otra, y transcurramos el tiempo de modo anestesiado, como turistas, casi sin advertirlo o darnos cuenta. Por ejemplo, podemos trasladarnos rápidamente de un lugar a otro en aviones u autopistas, hacer *zapping* con la televisión o el cable, navegar por internet a cada vez mayor velocidad, cambiar cada año el celular o la *notebook*, e incluso modificar los lugares de vacaciones y los entornos humanos de referencia. Cuando un libro no nos satisface, podemos tomar otro, y si sucede esto con nuestra pareja podemos hacer lo mismo.

Sin embargo, estas permanentes mutaciones –que en realidad no todos tenemos la posibilidad fáctica de hacer– suelen dejar una insatisfacción de base, que bien podría denominarse “tedio vital”. Se trata de ese cansancio

existencial que va surgiendo en nuestra envejecida vida cuando finalmente reconocemos que “no hay nada nuevo bajo el sol”, y que a fin de cuentas todo nos da más o menos lo mismo. En estas circunstancias, puede venirnos la tentación de intentar una permanente sustitución del objeto de nuestro deseo y búsqueda. Pero entonces, hasta las cosas o experiencias que por momentos fueron sumamente atractivas e interesantes terminan cediendo paso, casi inevitablemente, a esta especie de desilusión o desencanto.

Y entonces aquí surge la reflexión. Es que las personas no estamos en la vida para hacer experiencias de sustitución, de unas por otras, sino más bien para ahondar cada vez con mayor profundidad en lo que nos va tocando vivir. Evidentemente, ésta es una tarea ardua, difícil de sobrellevar por momentos. Sin embargo es la única empresa que va activando progresivamente lo mejor de nosotros mismos. Sólo la concentración positiva y creativa en lo que “aquí y ahora” estamos llamados a vivir y a hacer puede hacernos emerger con vida del pantano de ese tedio que, de otro modo, acaba consumiéndolo todo.

Los Padres del Desierto denominaban “acedia” al tedio. Decían que se identificaba con el demonio meridiano, y que se fortalecía en las primeras horas de la tarde. La psicología moderna toma esta imagen y habla más explícitamente de una crisis de la mitad de la vida, en donde estos desafíos de siempre se hacen más interpelantes. Por su parte, san Ignacio de Loyola invitaba en sus *Ejercicios Espirituales* a no dejarse llevar por la desolación – que sería casi un sinónimo del tedio o la acedia–, sino a reaccionar ante ella activamente.

Si pensamos al tedio como un desdibujamiento de nuestras fuerzas vitales centrales, la mejor manera de reaccionar es buscar, una vez más, concentrar la atención en las cosas esenciales, procurando no derrochar energías en cuestiones secundarias, banales o distractivas. Esto nos permitirá ir retomando la trama vital, y reemprender el camino de la esperanza. De otro modo, el deterioro de nuestra vida humano-espiritual será irremediable. Y en este sentido sería válido el dicho de que “la pereza –o la acedia– es madre de todos los vicios”.

Alegría

*“Mi alma canta la grandeza del Señor
y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi Salvador” (Lc 1,46-47)*

Quisiera decir algo de la alegría. Decía Bergson que la “alegría es signo de que la vida triunfó”. Y esto es cierto al menos de cara a los motivos parciales que pueden darnos alegría. Normalmente un logro, un bien largamente anhelado y finalmente conseguido. Sin embargo, la verdadera alegría es la que no lleva demasiados condicionales. Es la que brota del encuentro con el tiempo presente, que es *kairós*, tiempo de salvación. Es feliz el que no está tratando de pensar: “si yo estuviera...”, “si fuese...”, “si consiguiera...”. Es feliz el que intuye que lo definitivo del Reino ya se va manifestando en el ahora. Para esto hay que tener libertad interior y creatividad: en términos de escatología elemental, para visualizar más el “ya” que el “todavía no”.

La alegría se ve normalmente motivada por una experiencia cumbre. Por ejemplo, el encuentro con alguna persona o con un grupo humano, la sorpresa que nos da una adquisición inesperada, un beneficio gratuito, un éxito logrado, una oportunidad insospechada. Será tanto más feliz quien sea capaz de conformarse con menos e intuir agradecidamente el misterio sobreabundante que su propia experiencia de vida encierra. Cuando uno se torna demasiado exigente, la alegría huye de la vida. La felicidad clama por la sencillez de corazón.

Para ser felices hay que saber postergar las expectativas de rédito inmediato: es lo que afirma la segunda parte de las ocho bienaventuranzas del evangelio de Mateo, que en su conjunto constituyen todo un himno y escuela de alegría:

“Felices los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos.

Felices los pacientes, porque recibirán la tierra en herencia.

Felices los afligidos, porque serán consolados.

Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia.

Felices los que tienen el corazón puro, porque verán a Dios.

Felices los que son perseguidos por practicar la justicia, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos.

Felices ustedes, cuando sean insultados y perseguidos, y cuando se los calumnie en toda forma a causa de mí. Alégrese y regocíjense entonces, porque ustedes tendrán una gran recompensa en el cielo; de la misma manera persiguieron a los profetas que los precedieron” (Mt 5,3-12).

Me da la impresión que la vida moderna ha hecho huir la alegría del corazón de las personas. Andamos demasiado dispersos y preocupados como para sabernos alegrar con las pequeñas sorpresas cotidianas, y luego recogerlas en la memoria agradecida. Tal vez por eso necesitemos hacer un ejercicio extra para sentirnos radicalmente pobres y desprovistos. Porque el secreto de la alegría no está en el control, sino en la dócil humildad. Unida a la fortaleza y encausada teologalmente por la virtud de la esperanza, la alegría permite sobreponerse a los malos momentos y a las frustraciones de todo tipo: es decir, a las inevitables adversidades de la vida. En este sentido, la alegría se vincula también al optimismo y la fiesta.

Fracaso

“Nosotros esperábamos que fuera él quien librara a Israel” (Lc 24,21)

Vivimos en una sociedad exitista, incapaz de tolerar el fracaso. Lo cierto es que no siempre las cosas salen tales como las habíamos planeado. Cargar las tintas sobre la connotación negativa de esta experiencia no parece ser el mejor modo de asumir que, incluso aquello que consideramos adverso, tiene su razón de ser. Es más: de las aparentes frustraciones, muchas veces salimos enriquecidos.

El fracaso, que podríamos caracterizar como una significativa frustración, opuesta al presunto desarrollo personal y, por eso, socialmente estigmatizada, es el que en realidad nos puede permitir acceder a una imagen mucho más rica y objetiva de nosotros mismos. No somos dioses, somos seres finitos y vulnerables, que en ocasiones no logramos capear el temporal o dar con la solución correcta. Y esto no debería avergonzarnos. Por el contrario, podría ofrecernos una oportunidad de aprender a vivir desde nuestro misterio más profundo.

La experiencia de fracaso será tanto más dramática cuanto más toque emprendimientos directamente asociados a nuestra autoestima. Si en un partido de fútbol me pierdo “un gol hecho”, o siendo arquero, me hacen dos o tres “al hilo”, tal vez esto no repercute tanto en mí porque no me dedico profesionalmente a ese deporte. Pero sí experimentaré una profunda sensación de fracaso si no apruebo el último examen de mi carrera, o si soy desplazado laboralmente por un nuevo compañero de trabajo, o si no logro obtener esa meta que me había propuesto y en torno a la cual había invertido tanto esfuerzo.

Bien mirado, el fracaso nos hace más realistas en nuestras aspiraciones, a la vez que nos invita a confiar más en Dios y a necesitar de los demás. Nos muestra la indigencia profunda de nuestro ser. Nos hace tomar conciencia de que no podemos tener el control absoluto de todo, ni siquiera, a veces, de cuestiones que atañen directamente a la gestión de nuestra propia vida. Por eso, el fracaso nos hace humildes, nos retorna a la tierra, nos muestra de qué estamos hechos.

¿Cómo asumir una frustración profunda? En primer lugar, debo tomar conciencia de que experimento esa frustración. No siempre nos resulta fácil reconocerlo. Más probablemente nos suceda como a la zorra de la fábula de Esopo, que no alcanzando las uvas que codiciaba decía que estaban verdes.

Luego, tengo que tratar de entender por qué experimento esa frustración. Podríamos intentar ver qué significado simbólico tiene eso hoy para mí: por ejemplo, una promoción laboral no conseguida. Y esto, porque generalmente denominamos “fracaso” a aquello que más directamente amenaza el fundamento de la propia y precaria autoestima.

En tercer lugar, puedo recordar que si continúo haciendo esfuerzo y empeñándome, podría llegar a conseguir mejores resultados: no debo sentirme “derrotado” antes de tiempo, porque tal vez no esté dicha todavía la última palabra. Por ejemplo, si aspiro a tener una propiedad inmueble a la que de momento no llego, podría pensar en un plan estratégico a más largo plazo. Y si anhelo un trabajo mejor remunerado, podría insistir más en la propia capacitación.

Por último, deberé recordar siempre que valgo más por lo que soy que por lo que tengo o hago. Después de todo, lo que llamamos fracaso no es de por sí algo tan dramático: puede que incluso, con el tiempo, termine siendo

una posibilidad de crecimiento. Y así, con la convicción de que nada escapa a un misterioso orden providencial, puedo ponerme en las manos de Dios y encomendarle mi situación, sin preocuparme ahora demasiado por los resultados que vaya cosechando.

Sufrimiento

“¿No era necesario que el Mesías soportara esos sufrimientos para entrar en su gloria?” (Lc 24,26)

Es difícil ponerse a discurrir acerca del sufrimiento. Y esto por dos motivos: porque al que sufre, un discurso no le sirve de mucho, y porque a quien no ha sufrido, poco le interesa el tema: puede que hasta lo esquive adrede, o que incluso teniendo buena disposición, no logre comprender por referencia escrita lo que significa esta experiencia tan fundamental en la vida de las personas.

Lo cierto es que el sufrimiento acontece: una pérdida importante, un proyecto que fracasó, una vinculación que se deshizo, una enfermedad grave inesperada, una infidelidad, una búsqueda que no acaba de resolverse... Los motivos que pueden hacernos sufrir son muchos. Quisiera referirme aquí al sufrimiento que podríamos denominar “dolor humano”.

Éste se diferencia de la tristeza por su densidad, y también porque su causa, a la vez que tiende a ser más focalizada y precisa, suele invadir todo nuestro ser con mayor intensidad. Podríamos decir que se sitúa en un nivel muy hondo de nuestra humanidad. El sufrimiento puede conducir a la angustia cuando irrumpe dramática y prolongadamente en nuestra existencia, y puede llevarnos incluso a la desesperación si es que no atinamos a encontrarle sentido ni a percibir los canales posibles de resolución.

¿Qué hacer cuando aflora el sufrimiento en nuestra vida? Lo primero es procurar determinar el motivo del mismo. En muchos casos podría estarse tratando de una situación enmendable. Por ejemplo, una persona que sufre porque ha perdido mucho dinero en el juego. En este caso, hasta podría constituir una ocasión para tratar su ludopatía. Lo mismo podría decirse de alguien que sufre porque ve que se desintegra su familia: podría revisar cuáles son en esas circunstancias sus responsabilidades específicas y

enmendarlas. O también, alguien que se enferma a causa de los desarreglos que hace en las comidas o el exceso de bebidas, o la adicción a las drogas.

Sin embargo, lo que hace dramático el sufrimiento es cuando el que lo padece siente que no merece eso. O incluso, considera que es una persona justa, o ha tratado al menos de proceder con rectitud en la vida. Estas convicciones pueden convertirlo en una experiencia verdaderamente angustiante, como le acontecía, por ejemplo, al justo Job en la Biblia.

Para los cristianos, nada escapa a un sentido providencialmente profundo. Sobre todo, el sufrimiento humano unido en la cruz de Cristo se convierte en medio de redención pascual. Es decir, tiene una misteriosa fecundidad, que enriquece a la misma persona que lo padece, y que se proyecta incluso más allá de la misma. Esta apuesta de sentido resulta decisiva en los modos de sufrimiento extremo, donde incluso la vida parece irremediabilmente amenazada. Por ejemplo, un diagnóstico de cáncer avanzado o terminal: si la persona no encuentra algún modo de trascendencia, puede que llegue a desesperarse.

La virtud adecuada para afrontar el sufrimiento es la paciencia. A la vez que nos permite “tomar al toro por las astas” y no evadirnos, nos posibilita hacerlo con cierta serenidad, evitando actitudes necias o desesperadas. La paciencia nos permite examinar con calma la situación, ver qué y cómo podemos modificar, y qué debemos asumir tal cual es o se nos presenta. Unida a la esperanza y la paciencia, el sufrimiento nos hace humildes y sabios. Nos remite a la experiencia humana de vulnerabilidad, nos hace tomar conciencia de nuestra condición creatural, y acalla la ilusoria pretensión de omnipotencia.

La actitud religiosa que por excelencia se condice con las formas radicales de sufrimiento es la del abandono. “Ponernos en manos de Dios”, evitando los “por qué”, y en todo caso orando para que el Señor nos vaya revelando el “para qué” último de lo que nos toca vivir.

De esto sabía mucho V. Frankl, quien en el campo de concentración de Auschwitz terminó de convencerse acerca del valor de su teoría psicoterapéutica: la logoterapia. El renombrado psicoanalista vienés se daba cuenta que en situaciones extremas sólo sobrevivía el que tenía un sentido profundo para hacerlo. Para quien está predispuesto, de las pruebas extremas suelen surgir asombrosos focos luminosos de sentido. Éste es uno

de los motivos por los cuales la misma fe se purifica en medio de la tribulación y la “noche oscura” (Juan de la Cruz).

PASCUA

La historicidad cotidiana de nuestra existencia se va abriendo y desembocando en la pascua definitiva. En la misma queda puesto de relieve la dimensión trascendente y escatológica de nuestra peregrinación. Sin embargo, de cara a lo definitivo nos encontramos con el ineludible y hostil escollo de la muerte, y las preguntas que ella conlleva y suscita en la vida de toda persona que viene a este mundo. Simultáneamente, la fe en la resurrección de Jesucristo y en el amor misericordioso de Dios abre para nosotros cauces inéditos de esperanza.

Así, cuando en el ocaso del camino,
La *muerte* hostil nos amenace fría
Con querer cortar inexorablemente
El tenue y sutil hilo de la vida,
Dios nos invitará a consignar
Confiadamente en Él la partida,
Cuando al concluir la trajinada jornada
Afiance la *esperanza* su compasiva mirada.

Muerte

*“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu’.
Y diciendo esto, expiró” (Lc 23,46)*

De esta última experiencia de la vida sabemos poco, porque ninguno de nosotros la ha vivido en primera persona. Posiblemente sí la hemos contemplado como realidad concreta y palpable en allegados o conocidos. Lo cierto es que la sombra de la muerte permanentemente nos amenaza y atemoriza. La misma se proyecta en cualquier experiencia que nos recuerde

nuestra condición finita o que de algún modo ponga en tela de juicio nuestra misma existencia.

El límite que impone la enfermedad, un fracaso o desplante, una incompreensión, las mismas restricciones biológicas que vamos teniendo con el tiempo de nuestras capacidades y rendimiento, todas estas realidades nos acercan, por analogía, a la experiencia decisiva de “tener que morir”. Experiencias de exclusión, de marginación o discriminación social, algo que haya bloqueado nuestra expectativa de éxito o triunfo, el sentimiento de inseguridad que genera el área metropolitana y sus alrededores, etc., son suficientes para hacernos tener presente la amenazadora sombra de la muerte ante nuestros ojos.

Por eso, en esas circunstancias extremas puede emerger con fuerza la tentación de evadirnos: la bebida, el sexo, las drogas, u otras formas de adicción alienantes y compulsivas que en el fondo lo que pretenden es resistir simbólicamente a la muerte. Tentación que, esquivando la cruz, pretende retrotraernos a una pretendida felicidad paradisíaca original, a “una tierra sin males”. Sin embargo, la ilusión del paraíso en la tierra dura poco, y nuevamente aparece con un realismo contundente e interpelante aquello que nos recuerda el fin.

Por eso, a morir nos preparamos en cierto modo a lo largo de toda la vida. Suele decirse que “quien vive de espaldas a la muerte vive también de espaldas a la vida”: en el trasfondo de esta afirmación está el pensamiento de autores de la talla de M. Heidegger. Sólo si sabemos mortificar todo desorden que nos aparte del camino pascual de la esperanza, y –a decir de Ignacio de Loyola– “poner mucho rostro” a la dificultad, podremos afrontar el desenlace de nuestra vida con confianza. “No cogeré las flores ni temeré las fieras”, decía Juan de la Cruz en su *Cántico espiritual*. Sólo si hemos ido encomendando cada momento de nuestra vida al Señor sin entretenernos o asustarnos por el camino, podremos consignar serenamente el último instante de nuestra existencia en las manos del Padre.

Lo notorio de todo esto, es que sólo cuando asumimos que inevitable e irremediabilmente nos moriremos, quedamos liberados para gozar de la vida en la medida que esto va siendo posible ya desde ahora. Es ingenuo pensar que ignorando o cerrando los ojos a la certeza de la muerte podríamos vivir más plenamente: es la tentación posmoderna, que con el transcurso de los años vamos descubriendo como falaz. Hoy se tiende a ocultar, relativizar o

trivializar el fenómeno de la muerte. Se esquivan los velatorios, se disimulan los cementerios o se creman a los difuntos. E incluso se banaliza mediáticamente esta experiencia culminante de la vida. Y entonces la muerte se convierte en una estadística de crímenes o de bajas civiles y militares en lejanos conflictos bélicos.

Para el cristiano, y en cierto modo para muchas religiones, la muerte es la puerta de acceso a la Vida con mayúsculas. Para nosotros, porque Cristo resucitó, y surgiendo del sepulcro venció a la muerte, ésta ya no tiene la última palabra sobre el destino del hombre. Es cierto que si Cristo no hubiese resucitado vana sería nuestra esperanza: pero no, Cristo resucitó, sostiene enfáticamente san Pablo hablando de la resurrección de los muertos (cf. 1 Co 15,12ss). Por eso, si en Él morimos, con Él seremos conglorificados (cf. Rom 6,1ss).

Esperanza

“Bendito sea Dios (...) que en su gran misericordia nos hizo renacer, por la resurrección de Jesucristo, a una esperanza viva” (1 Pe 1,3)

Decían los clásicos que la esperanza es la pasión que surge ante el bien posible. A medida que escribo esto y va anocheciendo, asoma el hambre a mi estómago, y así me surge la esperanza de poder cenar antes de irme a descansar. Pero como virtud, la esperanza trasciende lo emotivo, y permite sobreponernos a la adversidad. Asociada con la fortaleza, nos anima a perseverar en la consecución del bien arduo. Como virtud teologal, la esperanza se funda en la fe y estimula la vivencia de la caridad. Se convierte en garantía de lo que no vemos, en certeza de obtener algún día aquello que la fe nos hace creer: el Reino definitivo.

Desde una perspectiva humana, la esperanza en cualesquiera de sus acepciones previas emerge ante lo adverso: cuando los anhelos superan lo que la realidad experimentada nos ofrece. Así, la esperanza aflora con mayor vehemencia en medio de la frustración. Pero como a decir de san Agustín al comienzo de sus *Confesiones*, el corazón humano está radicalmente insatisfecho hasta que no repose finalmente en Dios, siempre estaremos llamados a esperar.

Por el contrario, la presunción es uno de los pecados en que puede recaer el mal ejercicio de esta virtud: consiste en pensar que ya ahora

“tocamos el cielo con las manos”. Sin embargo, este globo inflado no dura mucho sin explotar: esta ilusión no suele durar demasiado tiempo en la vida de las personas. Pronto caemos en la cuenta de esta trampa asociada a la idolatría. Y entonces podemos vernos tentados por el pecado opuesto: la desesperanza, que podríamos definir como “el cielo nunca”. Es la experiencia que acaba viviendo el que descreo de todo y de todos.

De ahí que también a la esperanza se asocie la templanza. Unida a la sabiduría, la templanza nos permite dosificar la intensidad de nuestros anhelos y aspiraciones, incluyendo en ellos las pasiones. Enmarcadas ambas por la esperanza, nos habilita para tener una mirada sacramental de las cosas, de las personas y de los acontecimientos. La templanza, sabiduría y esperanza nos inducen a descubrir que todas estas realidades, si bien “no son todo”, tampoco “son sólo”, como si a decir de un pensamiento agnóstico “no fueran sino”. Por el contrario, “en, a través de, y más allá” de ellas, como afirma P. Ricoeur, podemos contemplar la presencia de Dios.

Así, estas realidades se convierten en vehículos mediadores de nuestro encuentro con el misterio trascendente. Por medio de ellas, Dios nos dirige y acerca su Palabra, y en ellas nosotros nos encontramos con Él. El motivo radica en que, por su encarnación, Dios se unió en cierto modo a toda realidad finita, y especialmente “al hombre concreto, histórico y real” (cf. *GS* 22; *RH* 13-14), en quien no sólo hay “vestigio”, sino sobre todo “imagen” de la divinidad.

En consideración de lo dicho, tanto la “presunción” como la “desesperación” atentan contra la sacramentalidad de lo real. En el primer caso porque se lo idolatra panteísticamente, y en el segundo porque se lo reduce agnósticamente. Ciertas formas de religiosidad holística actuales, tipo *New age*, tienden a lo primero (“el cielo ya”), y otras formas del llamado pensamiento crítico o científico, tienden a lo segundo (“el cielo nunca”). Los símbolos sacramentales, e implícitamente los símbolos humanos y religiosos profundos, contribuyen a la superación de esta aparente aporía entre el todo y la nada: con un mesurado “ya pero todavía no”.

Conclusión

Acabo el primer borrador el mismo día que lo comencé. Concluyo prácticamente con el ocaso de la jornada, en la serena quietud de un atardecer en el valle de Calamuchita. Seguramente iré mejorando el texto, o añadiendo alguna que otra experiencia, pero las intuiciones centrales ya quedaron expresadas.

De esto que estoy diciendo podrían hacerse dos lecturas. Una, tal vez la más evidente, invitaría a pensar que la rapidez del relato impide la decantación serena y acrisolada de las ideas, y por lo tanto, la narración termina cayendo en cierta vulgaridad o superficialidad. Por eso invito a releer el “poema de la vida” que introduce este trabajo y –parcialmente– cada una de sus partes: lo escribí y pulí pacientemente en los días subsiguientes al primer borrador, y en él puede visualizarse ensamblada y condensadamente todo lo expuesto.

La otra lectura que podemos hacer acerca de las páginas precedentes, y que al menos yo prefiero, es que cuando llevamos dentro cosas rumiadas desde hace tiempo, éstas se expresan mejor y con mayor fidelidad y hondura al ser manifestadas de una vez, en breve, y con igualdad de ánimo. Esto fue lo que quise hacer hoy.

Concluyo esta jornada, antes de rezar vísperas y prepararme la cena, pensando que la misma constituye una elocuente imagen de la vida. Es como si me hubiera quedado con los primeros discípulos de Jesús de *Jn* 1,39ss, y los hubiera invitado también a ustedes a quedarse con el Señor por un día, como lo hizo Felipe con Natanael (vv.44-45). La jornada es una imagen plástica de las vicisitudes por las que atraviesa la existencia de toda persona que viene a este mundo. Espero que todos, a medida que vayamos concluyéndola, podamos irnos descubriendo un poco más sabios, y así nos animemos a decir con entusiasmo, como lo hizo Felipe: “Hemos encontrado a Aquél de quien hablaban las Escrituras”.

Creciendo con el cine

Normalmente vamos al cine para distraernos y pasar un momento entretenido. A lo sumo, para reflexionar un poco. Pero pocas veces se nos ocurre pensar que una película puede resultar una muy buena ocasión para crecer en sabiduría creyente.

Como acontece con cualquier otra expresión cultural, si ahondamos en los aspectos humanos subyacentes a la trama de una producción cinematográfica, podemos encontrarnos con implícitas, o aún explícitas, referencias al orden teologal. Y entonces la obra se convierte en metáfora del orden trascendente: sin perder su originalidad constitutiva, lo evoca. Y lo hace de un modo tal vez mucho más elocuente que una reflexión filosófica o teológica sistemática: porque el arte 'da qué pensar' pero, sobre todo, 'da que pensar' (P. Ricoeur – J. C. Scannone). En términos creyentes, detrás de toda expresión artística, y una película lo es, hay un icono latente.

La propuesta de esta Segunda parte del libro es recorrer las diferentes etapas de la vida de la mano de algunas películas seleccionadas, buscando ver en qué sentido las mismas pueden ayudarnos a madurar como creyentes en cada momento del itinerario vital; ya sea criticando algunos presupuestos fácilmente asentados, o bien iluminando posibles caminos y horizontes teologales.

UNA DISCUTIDA PEDAGOGÍA EN LA FE

¿Hay que enseñar religión a los niños o no? ¿Hay que inculcarles hábitos y deberes morales en la catequesis o no? ¿Hasta dónde sí es conveniente y hasta dónde no? En todo caso, ¿cuál sería el mejor modo de hacerlo? Una primera selección de películas nos ayudará a reflexionar acerca del modo y conveniencia de la formación ética y religiosa en la infancia.

“La cinta blanca” (M. Haneke)

La película está ambientada en un pequeño pueblo luterano del norte alemán, en vísperas del comienzo de la Primera Guerra Mundial (1914). Filmada en blanco y negro, densa, y con escaso movimiento en las tomas, hechas todas con una sola cámara fija, busca hacer reaccionar al espectador de cara a un agobiante estilo de vida y opresiva educación caracterizados por la vigencia de un sistema feudal socialmente inicuo, religiosamente integrista-puritano y fuertemente marcado por la escisión entre lo público y lo privado.

M. Haneke logra los efectos de lentitud y pesadumbre, asfixia humana y resignación religiosa, pero sin trascendencia (!), vistiendo a los personajes de oscura tristeza, caracterizándolos por su laboriosidad, sentido del deber y escasa creatividad. Todo se reduce a la rutina del trabajo, sin una fiesta auténtica que merezca llamarse tal, y con varios acontecimientos tétricos, sumamente misteriosos, que nunca llegarán a esclarecerse...

1) La *trama* está teñida de violenta agresividad y estoico sufrimiento. Nos presenta, por ejemplo, el caso de dos niños torturados, que en diferentes momentos desaparecen y son encontrados uno colgado de los pies y en estado de *shock* y el otro casi cegado. A esto se añade la violencia de género, tanto de tipo física como psicológica; el sorprendente sentido de resignación por parte de un hombre dependiente del barón ante el aparente accidente mortal de su mujer en el molino de este último. Se suma el incendio en plena noche del granero de esta especie de ‘señor feudal’, y un detalle sumamente significativo: un pájaro enjaulado en el despacho del pastor aparece sobre su escritorio atravesado de arriba hacia abajo por una hoja de tijera que queda en cruz con la otra hoja (!). La filmación nos da a entender que la responsable es una de sus hijas, rubia, agradable y formalmente correcta, de apenas unos once o doce años.

Esto nos da pie para ingresar en la vida de lo/as niño/as. De hecho, el pastor ocupa un lugar destacado en la película. Con gestos adustos y afectivamente inexpresivos, siempre serio y parco en palabras, escaso en creatividad humana, duro en los juicios y castigos no sólo corporales de sus hijos, sino también espirituales, cargándolos a todo/as con un abrumador peso y sentido de culpa, casi como aplastándolos: al pequeño ‘matando’ sus buenos sentimientos naturales; a la hija humillándola en público hasta desmayarla; al adolescente atándole los brazos a la cama ‘para que no

sucumba a las tentaciones de su carne joven'; a todo/as haciéndoles llevar cintas blancas en público para que recuerden su vocación de pureza.

2) Otro 'accidente', siempre con muestras de *saña y violencia*, es protagonizado por el doctor, que de regreso a su casa cae con su caballo a causa de un hilo fino y resistente de alambre, tendido con alevosía de poste a poste a la entrada de su propiedad: muere el animal y él queda con una fractura de clavícula expuesta, con consecuencias de por vida. Luego sabremos de él que era quien maltrataba sádicamente a su compañera (como antes lo había hecho con su esposa) y abusaba de su hija: en ambos casos, con la complicidad de las involucradas.

Con respecto al barón señor feudal, es su hijo el primer niño torturado. Pero él mismo descarta la presunción de considerar esto como venganza por la muerte de la mujer accidentada a la que hice referencia más arriba, puesta a trabajar en un lugar inseguro, con el piso deteriorado. Es de notar, que todas las víctimas iniciales son personas en algún sentido 'débiles': ella estaba enferma y no podía ir a segar; el primer niño torturado era lo más frágil en la casa del poderoso barón, y el segundo era notoriamente discapacitado; el pájaro del pastor estaba enjaulado y no podía escaparse cuando la niña decidió inmolarlo.

En la película resulta evidente que los criterios pedagógicos con que se educaba a los niños estaban orientados a suscitar insensibilidad (indiferencia espiritual pésimamente entendida): por ejemplo, el pastor busca disuadir a su hijito de querer curar un pájaro herido porque luego se encariñaría y le costaría dejarlo ir; y no hace ningún gesto de especial valoración cuando ese mismo hijito se lo obsequia en reemplazo del pájaro inmolido porque veía a su papá triste...

El único que parece percibir con objetividad toda esta saña y crueldad, y en cierto modo procura redimirla, es el maestro (31) del pueblo, que se enamora de una joven institutriz (17) encargada del cuidado de dos hijos gemelos del barón, pero luego injustamente despedida a causa de la desaparición del otro niño torturado, cuando caía la noche, y sin tener en dónde pasarla. Este casto romance va a despertar los únicos momentos de alegría y controladas risas y entusiasmo de la filmación: una constatación análoga a lo que acontece en una escena erótica del joven novicio en la novela de U. Eco, *El nombre de la Rosa*.

Sin embargo, el padre de la muchacha no les permitirá casarse sino hasta después de un año ya que, si bien a él le supondría el alivio de tener que alimentar ‘una boca menos’, consideraba a su hija aún bastante joven e inexperta para tomar una decisión así: de hecho, interpelada acerca de su deseo de casarse, no logrará articular una sola palabra y se marchará repentinamente. Y como luego se declarará la Gran Guerra, la boda no llegará a concretarse, y el maestro, que es quien nos refiere el relato, nunca más buscará regresar a ese pueblo...

3) Pero retrocedamos un poco. *El maestro* había notado algo extraño en los niños del pueblo, e intuyó que podrían ser ellos mismos los responsables de las torturas y muertes, ya que los descubrió en una actitud sospechosa mirando por la ventana al niño herido en sus ojos, y ésta cerrada a contra costumbre por su madre que, con suma urgencia, quería hacer una denuncia policial. Para el maestro es más que una mera presunción: pero cuando la comparte en privado con el pastor, con una lógica claridad bien fundamentada y casi irrefutable, éste lo descalificará por completo, lo amenazará violentamente y lo echará ordenándole nunca más venir a verlo.

Es interesante notar que en esta lógica de culpa y castigo, los tres personajes adultos con mayor responsabilidad experimentan su propia pena: (a) el doctor con la fractura y la posterior ida a la ciudad de su ya mayor compañera para denunciar el ataque a su hijo, quien luego moriría (¿lo mató el mismo doctor porque había quedado inválido, además de discapacitado mentalmente, o los otros niños en un momento de descuido?); (b) el barón con la pérdida de su esposa, que reencontró finalmente a su amante lombardo y se marchó con sus dos hijos; y (c) el pastor, que tanto había velado por una formación moral irreprochable de sus hijos (en realidad, para gratificar su propio ego social) constatando, casi sin lugar a dudas, que ellos habían tomado parte de los crímenes y torturas acontecidos.

Es como si en esta lógica puritana a ultranza, la misma gente se hubiese encargado de buscar y hallar el castigo más adecuado que cada persona merecía: el doctor, la enfermedad; el barón acaudalado y avaro, la soledad; y el pastor, la criminalidad de sus hijos. Pero también el propio castigo para cada uno: podría decirse que cada persona en el pueblo trabajó duro para encontrar la pena que su propia vida merecía y con saña la destruyera. Esto queda simbolizado en el violento y doloroso contraste entre la palabra ‘guerra’ difundida en el pueblo como viento a partir de la muerte del

archiduque en Sarajevo, y los fecundos trigales dorados listos para la cosecha, resumen de una laboriosidad colectiva innegable...

4) *Conclusión*. En su conjunto, la película (alemana) muestra con un tono de marcada autocrítica el estilo de vida y educación que caracterizaba a la generación que luego apoyaría el nacional socialismo y la consecuente destrucción de Alemania: rigidez impersonal y social; sentido del deber y obediencia incuestionable (por ejemplo, ¡los hijos del pastor no se animaban a desatar a su hermano en medio del incendio por el simple hecho de que su padre lo había prohibido!); férreo e inflexible fanatismo religioso; sorprendente insensibilidad hasta la eliminación del más débil; venganza despiadada y sadismo.

Desde una perspectiva religiosa, muestra las consecuencias de inculcar una ética centrada y dominada por el sentido de pecado, y no en cambio por la gratuidad de Dios y el amor: un cristianismo protestante emparentado con el jansenismo católico, e incluso con ciertos cuentos daneses de Anderssen (!), que movilizan más bien los sentimientos de culpa y baja autoestima, más que potenciar lo mejor de las personas, hijo/as de Dios.

En la búsqueda presuntuosa e idolátrica de un perfeccionismo moral irreprochable puede salvarse la honra social 'por cierto tiempo', pero posiblemente se acabe dando pie para inevitables aberraciones en el campo de lo privado, invisibilizado y silenciado. Así, en la obra contrasta, por momentos, el empeño por un trabajo bien hecho, la belleza del canto coral en la iglesia y la corrección del trato social, con los oscuros sentimientos y malicia que encierra el corazón de las personas, ya desde niñas...

“Mamá” (A. Muschietti)

La película nos deja perplejos, e intuyo que solo parece comprenderse satisfactoriamente desde el imaginario psicológico de Victoria. Inherente al género “terror”, su significado profundo solo se esclarece abordando los temores inconscientes que asaltan a las personas desde una subjetividad concreta: la de una niña de aproximadamente ocho años.

1) *La trama*. Victoria es la hermana mayor de Lilly, profundamente afectadas ambas por la situación límite vivida con su padre que, en medio de una tensa situación laboral y familiar, acaba asesinando a sus socios y

esposa, y huyendo con sus hijas. Desde entonces, la amenazante figura del padre, que en lugar de confianza les inspira temor, es drásticamente eliminada por “Mamá”, una representación fantasmagórica totalizadora en el mundo mágico de las niñas, expresión materna regresiva y por momentos casi demoníaca, que cuida celosamente de ellas absorbiéndolas por completo durante cinco años, confinándolas a una existencia semi animal infrahumana.

A confirmar esta intuición interpretativa viene el símbolo de la vieja casa en el frío bosque de invierno, expresiones todas para C. Jung del mundo inconsciente de las personas, que además había funcionado efectivamente como hospital psiquiátrico hacía dos siglos, connotación regresiva, esta vez, en el tiempo, y en la que efectivamente había existido una paciente que había asesinado a una de las religiosas e intentado huir posesivamente con su hija. Se arrojó con ella por el acantilado, pero su bebé quedó atrapada muerta en un árbol seco (=símbolo femenino de esterilidad).

De acuerdo con lo dicho, la casa oscura en el bosque constituye una buena representación, no sólo del pasado histórico real, sino también del mundo inconsciente de Victoria, que aquí convergen en tonos resquebrajados, secos y oscuros, haciéndole perder la cándida espontaneidad y elocuencia de sus primeros años de vida. Mundo que, a diferencia de su hermanita, ella podrá ir recuperando, reviviendo y transformando responsablemente porque a sus lentes le quedó un cristal sano: no se deterioró del todo su “mirada” de lo real (según ella, ¡a “Mamá” solo se la veía sin lentes!). De ahí que su tío Lucas lo primero que haga cuando la encuentre sea ofrecerle gafas nuevas, que ella acepta.

No acontecerá lo mismo con Lilly, mucho más pequeña y casi infante al momento de vivir la experiencia traumática del crimen. Ambas se expresarán por medio del dibujo en las paredes, a manera de grutas o cavernas arcaicas, pero a diferencia de Victoria, la menor no accederá al habla: no logrará nunca convertirse en un “yo” referido a un “tú”. El inconsciente materno controlará simbiótica e irreversiblemente a Lilly y la conservará en situación de absoluta animalidad: solo será capaz de sonreír y manifestarse libremente con “Mamá”, imitando y reduplicando todo lo que ella haga...

En la casa de los recuerdos y los fantasmas, que se agolpan a la puerta a modo de hojas secas¹, donde “Mamá” acaba matando al psiquiatra (el Dr.

¹ Viviendo en Barcelona, el director argentino de la obra no podría desconocer *Aquellas pequeñas cosas*, de J. M. Serrat, en donde los recuerdos esperan a la puerta “como hojas secas”.

Dreyfus) y poseyendo a la rica y fría tía Jean. Pero también en la casa amplia y luminosa brindada por el gobierno para el cuidado de las niñas por parte de Lucas (tío de las niñas y hermano del padre) y Annabel, donde “Mamá” se manifestará por momentos en forma de vulva sangrante en la pared (¿un *regresus ad uterum?*) o en el *closet* de las niñas; reptil sorpresivo, simio indómito o tarántula asesina, siempre con feroz agresividad ante al temor de perder a sus “hijas”.

La presencia de “Mamá” gratifica y complace a Lilly, pero intimida en cierto modo a Victoria, que solo al final logra hacer el duelo, poner distancia y abandonarla. Esto será posible en gran medida gracias a que Annabel, roquera al principio reacia en adoptar a las sobrinas de Lucas, irá asumiendo la inesperada y paciente tarea de intentar recuperarlas en su “otreidad”, ante la situación de coma a la que Lucas había quedado reducido por un ataque furibundo de “Mamá”.

Como dije, “Mamá” es un “fantasma mental” fijado en el pasado, negativo de la realidad como el inconsciente, con articulaciones que se doblan al revés: una especie de presencia demoníaca que también se revela en el imaginario onírico quitando el descanso y la paz a quienes se acercan a las niñas, o anulando y boicoteando toda luz posible. Seduce a Lilly y con ella se arroja desde lo alto del acantilado al mar, como hacía doscientos años lo había hecho en su febril locura con su propia hija. El mar o el lago inmenso² es una figura casi religiosa que aquí asume connotaciones claramente regresivas: como “Mamá”, en la oscuridad de la noche, seduce, captura, engulle y asesina. Victoria logra sustraerse, en última instancia mediante un acto de libertad, de lo que parecía un fatal y trágico determinismo.

Efectivamente, Victoria logra “no morir” con su madre real, muerta hacía cinco años, cuando ella era apenas una niña. En este contexto, Annabel se convierte para ella en estímulo de transformación del símbolo materno: de regresivo (con el que la tía para ella se identificaba) en progresivo. Frente a la terrorífica succión regresiva del oscuro mundo inconsciente, y tomando clara distancia de sus objetivos condicionamientos, Victoria “triumfa” diciendo “sí a la vida” y “no a la muerte”. Para Lilly, en cambio, engullida y anulada en su individualidad, la única liberación que le es dada como posible, para que en el

² ¿El *Mediterráneo* de J. M. Serrat que “desguaza”, a modo de mesopotámica Tiamat o bíblico caos primordial?

imaginario de su hermana se transforme en mariposa y no en polilla, es la muerte.

2) *Consideraciones teológico-pastorales.* Desde una perspectiva teológica, podemos recuperar más explícitamente la convicción de que el crecimiento y desarrollo psico-espiritual, va de la mano de la progresiva personalización, y ésta, del uso responsable de la propia libertad como hijo/as de Dios. A lo que se opone “demoníacamente” toda fijación regresiva en el arcaico y alienante mundo inconsciente, en el que un dejarse llevar y dominar por los temores, puede hundir y asfixiar, aislar y matar definitivamente la vida.

De aquí se desprenden consecuencias pedagógicas. Así como indirectamente obras como *Drácula* o *El fantasma de la Ópera* ponen de relieve los efectos negativos (“demoníacos”) de una dominante omnipresencia masculina (=el padre como dueño y señor en el “castillo” o “teatro” del mundo del otro/a) en el imaginario de las personas durante su crecimiento y desarrollo, que incidirán sobre todo al momento de tomar decisiones adultas y responsables en la vida; *Mamá* hace lo propio con una absorbente presencia femenina en el imaginario del sujeto, que puede acabar por asfixiar la vida (=la madre como demonio en la “casa oscura”): su excesiva y castradora presencia impide que emerja y se consolide la personalidad de aquello/as mismo/as que “protege”.

En el polo opuesto a estas figuras en el imaginario simbólico, tenemos el icono paterno de Dios como Padre, y el del Espíritu (o de María) como Madre; como así también las mediaciones histórico-eclesiales concretas que en la vida de las personas los van haciendo sucesivamente presentes, iluminando y esperanzando la vida. Tal vez el director de la película, manejándose ahora en contextos nórdico-canadienses, haya intuido el límite pedagógico de una sobrevaloración del rol y figura materna en contextos e imaginarios latinos...

“La invención de Hugo Cabret” (M. Scorsese)

Basada en una novela ilustrada en blanco y negro de B. Selznick, la película 3D dirigida por M. Scorsese nos presenta la historia de Hugo, un niño doce años que vive clandestinamente en una estación de trenes, ocupado de hacer funcionar bien los relojes. Llevado allí por su tío después de la muerte

de su padre en un incendio, intenta reparar lo que no funciona: y pone particular empeño en restaurar un autómata que sería capaz de escribir lo que “resolvería todas las preguntas que tenía pendientes y le revelaría qué hacer ahora que se había quedado sólo”.

Efectivamente, “desde el mismo momento en que su padre le había hablado de él, aquel hombre mecánico se había convertido en el centro de su vida”. Sin embargo, pese a todos sus esfuerzos, el autómata no logra funcionar porque hace falta una llave, que tiene forma de corazón. Eso genera una suerte de frustración en Hugo, que sigue quedándose con la intriga del mensaje.

A Hugo nadie lo ve, en cierto modo es invisible, pero gracias a él los relojes de la estación siguen ofreciendo “providencialmente” su hora con exactitud. Debe ocultarse del vigilante de la estación que está empeñado en enviar al orfanatorio a todos los niños sin padres. Él mismo había estado en uno de ellos, y había perdido una de sus piernas en la Gran Guerra.

Isabel era hija del dueño de una aburrida juguetería en la estación, a cargo de quien era en realidad un antiguo cineasta exitoso, hoy olvidado. Él había secuestrado la libreta donde Hugo tenía consignados los detalles del autómata, porque “el niño era un ladrón” y continuamente le robaba piezas de su negocio. Fue así, siguiendo su libreta, que llegó a la casa de George Méliès –éste era el nombre del cineasta– y conoció a su hija Isabel. Ella era de leer muchas historias, pero no había vivido aventuras. Su lugar favorito era una librería repleta de toda clase de libros.

Hugo descubre que Isabel tiene colgada la posible llave que faltaba al autómata para funcionar. Así que le confía a ella el lugar donde él vive (“¿Dónde habitas?”, *Jn* 1). Tiene la convicción, expresada a Isabel mientras observan a través de la cara del reloj la Torre Eiffel, que si el mundo es como un reloj, no debería sobrar ninguna pieza; que él mismo, o ella, estaban allí donde estaban por algún misterioso propósito, y eso había que averiguarlo.

Ni ella veía cine o experimentaba aventuras, ni él leía libros o tenía un hogar: Hugo recordaría con nostalgia que con su padre leían a Julio Verne (*La llegada del hombre a la luna*), y ella no sabía bien por qué tenía vedadas las películas: Hugo la llevará clandestinamente al cine, si bien serán descubiertos y echados por el encargado de la sala... Luego sabremos que George, el juguetero, había filmado unas 500 películas, pero que después de la Gran Guerra, ya nadie estaba interesado en ellas, y habían caído en el olvido. Y

con ellas, la vida de George había dado un vuelco decisivo: el tiempo involuntariamente y el fuego voluntariamente lo habían destruido todo. Él mismo debió vender las cintas, que fueron fundidas para extraer los químicos necesarios para fabricar “suelas de zapatos”, para recaudar el dinero necesario para poner su modesta juguetería.

La película parece situarnos de cara al mecanicismo moderno y el existencialismo de posguerra, con el desafío imperioso de tener que recuperar lo humano. Hugo, a modo de un Robin Hood –el librero, que buscaba un “hogar” para sus libros, le había asignado a él esa historia–, lo que en realidad hizo fue reconstruir la humanidad de George a partir de sus piezas banalmente utilizadas: contribuyó así a redimir su conducta regresiva y autodestructiva. George pensaba que Hugo “no era sino” un ladrón, pero los hechos nos revelan que era mucho más que eso...

Si el cine es “donde se hacen los sueños”, Hugo convirtió sus propios sueños regresivos (asociados al temor del tren que destruía la estación cuando él ingresaba a las vías para rescatar la llave del autómata, o cuando sudaba al verse convertido él mismo en autómata) en progresivos: humanizó al vigilante de la estación hablándole y permitiéndole ser rescatado de su inhumanidad –también por medio de la florista– y a George poniéndolo en contacto con la que podía haber parecido para entonces su única película sobreviviente, a través de su esposa Jeanne y de Etienne, un admirador de la obra de George que de niño había visto todas sus películas. Esa película era la que concluía con la imagen del cohete y la luna que Hugo recordaba haber visto con su padre..., y que el autómata finalmente había dibujado.

Efectivamente, el autómata había sido construido por George, y por eso Isabel tenía la llave que su madre llevaba consigo. Hugo acabó ofreciéndole a George lo mejor de sí, que él recibió inesperadamente, como un regalo, después de varios decenios lúgubres de vida. Y gracias a este evento, de la mano de Etienne, recibió un merecido reconocimiento público: más de 350 de sus películas fueron recuperadas. La historia de George Méliès es real: fue un prolífero cineasta luego olvidado, efectivamente tuvo una juguetería desde 1928, su obra fue recuperada en los años 30’.

La película nos sitúa frente al desafío de reconstruir lo humano y el sentido de la vida, para que el tiempo no siga transcurriendo en vano, aburridamente. En gran parte, integrando lo femenino (la llave con el corazón que hace funcionar al autómata): el vigilante integra a la florista que lo mira y

espera, el hombre mayor que trae un perrito integra a la dama eternamente sentada a la mesa de un bar en la estación, que tenía una perrita que siempre le ladraba o lo mordía; George recupera su obra y de un modo nuevo a su esposa Jeanne; Hugo a Isabel, quedando en su memoria narrada por escrito en una historia.

Pero también plantea el tema religioso: la búsqueda de sentido y el Padre, a partir de un sentimiento generalizado de orfandad, sobre todo en Hugo que es figura del Hijo. Como si el dolor de la muerte, que llevó al escepticismo generalizado después de la Primera Guerra Mundial, sólo pudiese encontrar un sentido misterioso y trascendente, expresado en la película sobre la llegada a la luna.

“Camino” (J. Fesser)

La película (española) se inspira en una historia real, acontecida en 2001 con Alexia Gómez, que muere el mismo día que José María Escrivá de Balaguer. Pretende dar a conocer de un modo sencillo la espiritualidad del *Opus Dei*.

1) *La trama*. Camino es una niña de once años que comienza con extraños dolores de espalda: se le diagnostica primero una fractura de vértebra cervical, y luego un tumor cancerígeno en la médula, a raíz de lo cual deberá ser sometida a complejas operaciones. En torno a ella se presenta de modo un tanto idealizado el testimonio de padres irreprochables (Gloria y José María), preocupados por su educación religiosa hasta en los más mínimos detalles (más ella que él): selección de libros (sobre todo, la vida de santa Bernardita, aunque también algún cuento), amistades (seguidas muy de cerca) y modas (con particular preocupación por la pureza); además del culto a la oración y la frecuentación de los sacramentos. Su hermana mayor, Nuria (Yeyé), desengañada aparentemente por su novio actor, que la dejó para irse a Roma y ya no escribirle (en realidad su madre escondió varias de las cartas y una foto que le remitiera), llevaba en la práctica vida de consagración laical, desempeñando actividades en el mismo hospital de Pamplona en el que luego Camino sería internada.

El contrapunto ético-religioso de Camino es una compañera de curso, Elena, que también había quedado impactada por Jesús (Cuco), un

muchacho de la misma edad que trabajaba en una panadería lindante a la casa de la primera, y que las niñas habían conocido en el Centro Cultural 'Camilo José Cela'. Se la presenta no sólo desaprensiva, sino también como repitente de curso, pendiente de cuestiones vanas, envidiosa y un tanto triste (!). En cambio, Camino se manifiesta en toda circunstancia como una niña inocente, espontánea, comunicativa con sus padres, llena de amiga/os y naturalmente alegre.

Si bien la primera media hora uno se queda con la intriga de si la trama es seria o pretende ser una sutil parodia de la Prelatura, a medida que ésta avanza va adquiriendo un cariz más profundo y testimonial: lo que parece una especie de devoción infantil en torno a la figura decimonónica de santa Bernardita Soubirous (a quien Camino lee, por invitación de su madre, pero desde la dura despedida del hijo del molinero al entrar en el convento), desemboca en una asombrosa actitud de fortaleza, abandono confiado y creatividad esperanzada en los momentos finales de la vida de la niña. Sin embargo, es de notar que el nutriente humano de esta experiencia creyente en Camino es su amor por Jesús (Cuco), que permanentemente aparece traspuesto en la película con horizonte teológico.

En medio de los tormentos de su enfermedad, donde la tentación y el demonio aparecen tres veces, el dolor más profundo e incomprensible de la niña es, en realidad, el de no haber recibido correspondencia de su amigo quien, sin saber acabadamente del sentimiento profundo de Camino, también la quería entrañablemente. Por azar, el padre de la niña entra en la panadería, y se entera de que es este niño el amigo anhelado por su hija. Le da una carta para ella, pero la emoción del padre lo induce a una distracción fatal mientras conducía el auto por la carretera y, chocando de frente contra un camión, muere en el instante.

La noticia llega a oídos de su esposa, que estaba cuidando de Camino en la sala del hospital, por teléfono. Si bien humanamente hablando la situación es absolutamente dramática, los presentes asumen con resignación y fortaleza el realismo providencial de la vida. Y la niña lo hace interactuando en diálogo creativo con los presentes, a partir de un sentimiento de felicidad que asocia a la presencia de Coco (Jesús): en su imaginación, que anticipa el cielo, ella está bailando con él (con quien habría de representar una obra alternativa a la Cenicienta propuesta en el grupo de teatro), con el vestido y zapatillas rojos que la habían fascinado en una vidriera de paseo con su

madre. Se la ve encantadora y feliz, abrazando y besando con elocuente inocencia, finalmente, a su amigo Jesús.

2) *Apreciación pastoral.* La película da que pensar. Por ejemplo, todos los ambientes en los que se despliega la historia, incluyendo la Clínica Navarra, muestran gente blanca, preferentemente profesionales y de posición económica holgada; con ideas sencillas pero muy definidas, y espacios prolijamente ordenados. En reiteradas ocasiones se muestra la grandeza del ministerio sacerdotal, desplegado en torno a los sacramentos de la Eucaristía, Reconciliación y Unción de los Enfermos, pero también la Dirección Espiritual ocasional y formal, individual o en pequeños grupos. Se hace notar la importancia de la lectura espiritual y la oración devocional, el culto a la Virgen y al Ángel de la Guarda, el uso del agua bendita y las jaculatorias, la aceptación de la Voluntad de Dios y la caridad concreta.

Llama la atención que los principales protagonistas, todos pertenecientes al *Opus Dei*, estén decididamente embarcados en un proyecto de santidad de vida. Todas las respuestas parecen claras y los problemas existenciales de las personas se simplifican notablemente: en ninguna de ellas hay espacio para la duda o la queja, a no ser para dar lugar a un acto de fe y abandono más profundos. Incluso en medio de los sufrimientos ocasionados por la misma enfermedad, tanto la niña como su padre, y sobre todo la madre, mantienen gran entereza y confianza en la Providencia, por más que ciertamente aparezca la lucha espiritual. En todo caso, la que aquí hará un papel de contrapunto será una enfermera quien, a diferencia de la madre de Camino, invita a la niña a expresar sin represión ni restricciones el sufrimiento profundo generado por su enfermedad.

En contrapartida, hoy parecería reprobable que Gloria esconda las cartas de su hija Nuria, o que luego la mujer encargada de su acompañamiento en el hospital las guarde en un archivo sin dárselas a la interesada, o que intente averiguar cosas de sus compañeras por su intermedio; que uno de los sacerdotes haga a su madre un comentario sobre lo que le había dicho Camino en confesión (algo positivo, por cierto no un pecado); o que todas las experiencias de la vida deban confrontarse inmediatamente con el ideal cristiano, sin darles tiempo a madurar desde abajo. En este sentido, prevalece el sentido de deber y la obediencia por encima del valor de la libertad.

Pero está muy lograda la descripción que se hace de la transformación del imaginario simbólico de Camino: Mr. Meebles, un personaje de historieta, acaba expresando un ángel de la guarda más confiable que aquella otra imagen que la aterraba; lo que parecía abandono de su familia (el padre que no retornaba o Nuria que no la visitaba cuando ella estaba en Madrid), luego del reencuentro se convertirá en presencia entrañable. De este modo, lo que daba impresión de ser muy oscuro e incomprensible para Camino, luego la hará confesar no haber sido nunca tan feliz. Sobre todo, la representación simbólico-sacramental de Cuco, que es la expresión más elocuente para ella del amor de Jesús.

En la película hay también algunas referencias a lo que podríamos denominar un laicismo militante promovido por el entonces gobierno socialista de España, reflejado tanto en una concreta alusión radiofónica, como también en la actitud del director del grupo de teatro que invitaba a los preadolescentes a 'expresarse con el cuerpo' (cosa que finalmente hará Camino, de modo óptimo, en su experiencia anticipada del cielo), o en la referida enfermera de perfil agnóstico.

En síntesis, con sus logros y límites, la película promueve el ideal de santidad cristiana, si bien lo hace poniendo cierta distancia respecto de los no creyentes, confrontándose abiertamente con las políticas educativas hegemónicas, y concentrando esta propuesta casi exclusivamente en un sector social medio-alto.

Para reflexionar:

A partir de las cuatro películas comentadas, ¿que sacamos en limpio al momento de pensar y poner en práctica la educación religiosa / creyente de los niño/as (por ejemplo, de nuestros hijos, alumnos, catequizandos)? ¿Qué consideraciones y criterios deberemos tener más presentes? ¿Cuáles serían los peligros por evitar y las oportunidades a explorar?

ENCONTRARSE CON LO MEJOR DE SÍ MISMO

Si hay una etapa de la vida que parecería presentar mayores dificultades al momento de pensar una educación en la fe, es la adolescencia. En esta etapa, el mayor desafío es el de ir descubriendo quién se es. Esta búsqueda, cuando es llevada a cabo satisfactoriamente, desembocará en una apertura vocacional de la vida, que necesariamente irá acompañada por una misión.

“Entre los muros” (*L. Cantet*)

1) La *película* (francesa, 2009) presenta la difícil y conflictiva tarea educativa en el aula de una escuela secundaria en un barrio obrero de París, pero que debido a sus características, podría ser la de cualquier megápolis o capital del mundo. Los alumnos tienen proveniencias, inquietudes, necesidades y comportamientos diferenciados, a los que el sistema educativo, y en concreto el profesor, no logran dar respuesta satisfactoria.

No se trata aquí de falta de recursos, insumos o espacios de debate y reflexión por parte de la escuela y el personal docente, razón que podría esgrimirse en el tercer mundo, sino más bien de exacerbados reclamos de individuación en adolescentes que imperiosamente necesitan ser escuchados. Los mismos perciben que en el aula se les transmiten conocimientos irrelevantes que la vida de ellos no exige, mientras que lo que más necesitarían son espacios abiertos y de creatividad, como concretamente podría ser el recreo fuera del aula donde se los oye expansivos.

El profesor, que es el mismo director de la película, está muy bien caracterizado. Además, se lo presenta muy positivamente: se dedica de lleno a su tarea, evalúa y se evalúa permanente y críticamente; tiene suficiente personalidad, recursos humanos y didácticos, e intenta dialogar con los alumnos y alumnas. Pero no obstante todo esto obtiene resultados escasos y en un momento llega a perder los estribos.

La experiencia en sala de profesores de los demás colegas no es muy diferente. Los adolescentes muestran desinterés por lo que se explica, utilizan el celular durante las clases, están inquietos y molestos, se cubren la cabeza,

hablan entre ellos o discuten y pelean, cortan al profesor y cambian permanentemente de tema, se expresan con timidez o, por el contrario, con insolencia. La sensación que dan es la de no estar en el lugar que necesitarían para crecer.

2) *Interpretación.* La película plantea la crisis del modelo educativo rígido del que Francia se había jactado, por exitoso, hasta hace poco más de medio siglo. Hoy el mismo no logra los resultados de integración esperados para su heterogénea población. No se ve con claridad cuál debe ser el rumbo a seguir, si bien se da una pequeña pista: una de las alumnas, Esmeralda, comentará casi de pasada y ante el asombro inusitado del profesor, que había leído con mucho interés *La República* de Platón. Cuando éste le pregunte qué le había llamado más la atención de esa obra, ella señalará el hecho de que Sócrates hiciera preguntas a la gente: preguntas de todo tipo sobre todos los temas.

Siendo que algunos de los alumnos lo que más habían valorado del profesor era su preocupación por escuchar sus inquietudes, la película parecería sugerir como alternativa posible, ante la crisis educativa, la de la mayéutica: la construcción conjunta de un conocimiento significativo que gire en torno a las cosas esenciales de la vida. De hecho, varios alumnos habían mostrado interés ante las propuestas más creativas del profesor. Sin embargo, este posible camino no eludirá la obvia dificultad que presenta el desafío de constituir cursos menos numerosos, debido al costo de una formación aún más personalizada: una educación que asumiría rasgos casi terapéuticos...

3) Desde una *perspectiva pastoral*, se abre el camino del diálogo, que comienza por la escucha. Cuando los adolescentes encuentran un espacio de contención y expresión en el que se sienten cómodos, comienza a emerger en ellos, creativamente, lo mejor de sí mismos. Si este diálogo es suficientemente acompañado e iluminado por una persona adulta competente animada por la fe (por ejemplo, un catequista o tutor), podrá conducirlos a las preguntas decisivas de la vida, que en realidad deberán ser respondidas por cada persona y, casi inevitablemente, incluirán una referencia, anhelo y vinculación con Dios.

También la mediación de experiencias al aire libre, como campamentos, excursiones, paseos, jornadas, etc., podrían constituir una excelente mediación al momento de conocer a los jóvenes, motivar el surgimiento de

preguntas decisivas en sus vidas, con la consiguiente apertura a una posible experiencia religioso-creyente. No obstante, también aquí se plantean en la sociedad actual dificultades que tienen que ver con la responsabilidad civil, que inevitablemente las instituciones y las personas adultas a cargo deberían asumir en este tipo de propuestas, con un riesgo mayor al habitual.

“La Ola” (D. Gansel)

1) Esta *película* alemana (2008) plantea la aparentemente inverosímil posibilidad de un nuevo brote totalitario, al estilo nazi-fascista del Tercer Reich, en un país occidental y civilizado del primer mundo. Como en *Entre los muros*, la propuesta surge a partir de un curso de escuela secundaria, en torno a un profesor, Rainer Wenger, que debe dictar un seminario sobre ‘autocracia’. Si bien él hubiera preferido desarrollar el tema ‘anarquía’, que le era más caro y familiar por su anterior militancia, el profesor encargado de enseñar esta otra vertiente política, que era además su superior inmediato y lo conocía, no aceptó el cambio propuesto.

Los alumnos no estaban convencidos de que hoy fuese posible la emergencia de un nuevo totalitarismo. Sin embargo, Rainer, a base de insistir en la importancia del orden y la disciplina para lograr objetivos importantes, como así también en la fuerza de la comunidad, que une las energías de los individuos en vez de desperdiciarla en una competencia feroz, acaba lanzando ‘la ola’, a saber, un movimiento de creciente impostación totalitaria, donde los mismos alumnos acabarán delegando el desafío de pensar por sí mismos y la propia responsabilidad de las decisiones en un líder predestinado.

Este líder será el mismo profesor, que exigirá ser llamado Sr. Wenger: se sentirá halagado y estimulado, a causa de su previa baja autoestima y mediocre desempeño, por la amplia acogida y los resultados inmediatamente ‘asombrosos’ de su propuesta, aunque para responder a las expectativas de sus adeptos deba trabajar exageradamente y comience a tener dificultades con su esposa, a quien por otra parte se negará a escuchar cuando ésta le advierta que, a su modo de ver, el asunto no estaba marchando bien.

Los estudiantes propondrán e incorporarán un saludo, un logo y un uniforme, como así también un sistema propagandístico para propiciar nuevas

adhesiones e imponer 'la ola' a toda la ciudad mediante *graffiti* y pegatinas. Los más tímidos, los menos capaces, los más acomplejados serán quienes más decidida y entusiastamente adhieran a 'la ola'. Quien no lo haga incondicionalmente, aunque sea Karo, una de las compañeras más sensatas y lúcidas hasta el momento cuando de incidir positivamente en el grupo se tratara, quedará excluido/a.

'La ola' seduce también a estudiantes del curso de abajo, que se ven impresionados por el espíritu común que anima a los del grupo 'autocracia': por la seguridad y respaldo que encuentran sus miembros, pero también a causa de los éxitos deportivos, hasta ese momento no obtenidos, que empiezan a lograr.

Sin embargo, al tercer día 'la ola' se escapará de las manos incluso al mismo profesor que la impulsó. Marco, uno de los alumnos, golpea a su novia Karo, a quien dice querer, por el sólo hecho de oponerse a 'la ola': al respecto, confesará a Rainer desconocerse en esto a sí mismo. A partir de ese hecho, el profesor habla con franqueza a todos sus 'seguidores', afirmando contundentemente que la experiencia debía terminar inmediatamente. Pero se produce una fuerte resistencia de la masa, y luego acusaciones hostiles hacia el 'líder' (*Führer*). Se desata 'una ola' de violencia, y el estudiante que más se había compenetrado en el espíritu de 'la ola', saca un revólver y hiere a uno de sus compañeros. Se produce un desmán, y el profesor acaba siendo detenido por la policía.

2) *Interpretación (teológica)*. Es interesante ver que la misma persona que propiciaba la 'anarquía' puede terminar por convertirse en un dictador autócrata (!). Históricamente, a los tiempos de fuerte deterioro institucional y político, siguieron gobiernos dictatoriales. Por ejemplo, a la Revolución Francesa siguió la dictadura napoleónica; a la profunda crisis de posguerra alemana, el brazo firme y aglutinador de Hitler. En América Latina, el incierto, conflictivo y revolucionario período 60'-75', acabó bañado en sangre por atroces dictaduras militares subsiguientes.

En el plano cultural y religioso acontece algo semejante. Por eso en estos tiempos líquidos (Z. Bauman), donde las referencias tradicionales y firmes se fueron diluyendo en un supermercado de bienes simbólicos en expansión, comienzan a prosperar movimientos religiosos de carácter fundamentalista, con fuertes liderazgos y doctrinas seguras, a los que

numerosos jóvenes adhieren con creciente entusiasmo. Y esto se observa en todas las grandes tradiciones religiosas, incluyendo el cristianismo.

En tiempos de transición cultural, un grupo religioso que dé imagen de unidad, fuerza y disciplina, certeza doctrinal y segura pertenencia, expresado esto en símbolos comunes y notorios uniformes, atrae. El problema es que este tipo de seducción despersonaliza, las búsquedas humano-espirituales profundas quedan postergadas o reprimidas, y el líder termina adquiriendo un poder inusitado, incluso para excluir a los disidentes; lo cual puede llegar a tener consecuencias impredecibles en la psicología y comportamiento social de los prosélitos. Pensemos en el crimen de los abusos sexuales de menores.

"Alicia en el país de las maravillas" (T. Burton)

El conocido relato de Lewis Carroll, llevado con significativas adaptaciones al cine estadounidense por Tim Burton, nos presenta una doble temática. La primera tiene que ver con lo que podríamos llamar 'vocación', y la segunda con lo que denominaremos 'misión'.

1) La *vocación* de Alicia se plantea como el desafío de saber, finalmente, quién se es. Condicionada por el rígido entorno formal de la aristocracia inglesa de los tiempos victorianos (siglo XIX), la joven de diecisiete años se ve impelida a llevar una vida predeterminada, simbolizado esto, entre otros detalles, en la dependencia asfixiante de su madre viuda y en un casamiento que parece inevitable, a la vez que socialmente impuesto.

De esta situación, que le impide ser realmente ella misma, Alicia se escapa: un símbolo prefigurador de esta actitud era su negativa a ir a la fiesta con medias y *corcet*. Siguiendo a un (para los demás invisible) Conejo Blanco, deberá hacer la experiencia iniciática de ingresar sola en el misterioso agujero abierto debajo de un añoso árbol seco, símbolo de una sabiduría arcaica, para emerger, luego de haber visitado el mágico pero real país de las maravillas, de un modo nuevo y adulto.

Esta transformación se expresará en la libre y decidida toma de postura frente al entorno adulto que antes la oprimía, y sobre todo, decidiendo firmemente no casarse con el joven aristocrático que le había sido elegido sin su consentimiento. Por último, optando más bien por incorporarse como aprendiz a la compañía que había sido de su padre, y que intentaría ahora ser

la primera en expandir sus negocios en China. O sea, encarnando los valores de innovación creativa de su difunto padre.

Pero volviendo atrás, y a causa de su importancia, es aquí donde podemos preguntarnos qué sucede en el fondo del agujero, conocido espacio de iniciación en la fenomenología de las religiones a causa de su asociación con la experiencia de muerte, y que se emparenta también por esto con la ausencia del padre.

2) En efecto, por medio del agujero profundo e incierto, Alicia accede al *mundo mítico*, que para los antiguos (¿y los niños?) es el más real de los mundos posibles, y del que saldrá transformada. Allí se descubre o muy pequeña o grande, como acontece durante la adolescencia, al momento de ir tomando consciencia de la identidad personal.

Se encuentra entonces con el Sombrerero, que primero la oculta y protege del malvado pirata asesor de la Reina Roja, ya que según un mágico almanaque que anticipaba el futuro, se sabía que una tal Alicia debía derrotar al Dragón. También allí se entera que debe recuperar y llevar una espada (Vórtice) celosamente custodiada a la Reina Blanca, que será la que la misma joven acabe utilizando para matar al Dragón y permitir así que la legítima Reina recupere su Reino.

Efectivamente, la Reina Blanca había sido alejada de sus dominios, y reemplazada por la Reina Roja que gobernaba despóticamente, oprimiendo a todos los animales, y vinculándose con ellos utilitaria y agresivamente. Por eso mismo, también sus cortesanos fingían a coro, y ni siquiera físicamente se mostraban tales como eran: todos representaban una gran mentira, ficción y engaño. Además, el color 'rojo' de la Reina se emparentaba con la violencia con que acostumbraba a dominar: "Perderá la cabeza", era su reacción ante el menor error o contrariedad de sus súbditos; también en esto en abierto contraste con su hermana la Reina Blanca que había hecho voto de no matar ninguna creatura.

A diferencia de la soberana impostora, Alicia irá personalizando su relación con todos los animales del Reino, y en cierto modo redimiéndolos de sus defectos por medio de su bondad, belleza y confianza: al gran perro de su ferocidad, al gato Sonriente de su actitud vaporosa, etc.: a todos de su sometimiento, actitud servil e inautenticidad.

Sin embargo, será inevitable el combate escatológico entre las fuerzas de la Reina Roja (color que simboliza sangre y muerte) y la Reina Blanca

(símbolo de transfiguración y gloria). El mítico Dragón, arma principal de la primera, será derrotado por Alicia, que libremente asumirá esta 'misión' de Caballero. La misma Reina Blanca le dará a elegir si quiere o no asumirla, dado que la imagen del mágico almanaque no debía determinar a la joven de modo incontestable: de hecho, viéndola ella misma había dicho al respecto: "Esa Alicia no soy yo". A lo que el Sabio Gusano añadirá: "Todavía...".

Finalmente, Alicia establece una vinculación progresivamente estrecha con el Sombrerero, ante quien se había mostrado cercana y cariñosa, pero que no obstante la dejará partir. Como la Reina Blanca, que le ofrece una bebida mágica para que regrese nuevamente a su mundo, también aquí el ofrecimiento de una libertad de elección es expresión de comunión profunda.

3) *Apreciación teológica*: algunos elementos ya fueron esbozados, como el color Blanco de la vida nueva y transfigurada y el Rojo del sufrimiento y la muerte. El tema de la libertad, relacionado con una ardua y conflictiva conquista personal o colectiva, aparece como trasfondo de todo el relato. También la lucha entre el bien (asociada a la libertad) y el mal (vinculado a la opresión) de las Reinas Blancas y Roja respectivamente, como así también a un tomar la iniciativa en la vida social personal o dejarse llevar por las normas impuestas por el entorno social. Por último, aparece también el amor, tanto en Alicia como en el Sombrerero y en la Reina Blanca, que en todos los sentidos se muestran como agentes de liberación.

En síntesis, Alicia hace una experiencia pascual de transformación personal, que le permite descubrir su vocación (quién es), lo cual se ve parangonado en el Sabio Gusano convertido finalmente en mariposa. Pero esta transformación es indisociable de un servicio al Reino de Infratierra, que acaba siendo en el mundo de la fábula su misión: lo que lúdicamente realizó en un mundo que no deja de ser real, y que a futuro deberá concretar también en su vida adulta.

Asociada a la figura de Alicia, aparece implícita la experiencia de la gracia y el don liberador, propiciada por el Conejo Blanco, que sería una expresión o moción del Espíritu. En su fragilidad (también la Reina Blanca era la hermana menor de la Roja y notoriamente más débil que ella), nuestra heroína consigue lo que la fuerza no logra: la manifestación del Reino nuevo, otrora devastado (también ecológicamente) por la codicia y ambición de la tirana, finalmente condenada al destierro, y a que nadie le dirija la palabra.

“Hadwijch. Entre la fe y la pasión” (B. Dumont)

1) *La trama.* Cèline es una joven postulante de Hadwijch, un convento de monjas de clausura, en la campiña francesa, donde ella dice haber nacido. A lo largo de toda la película muestra un profundo amor a Cristo, absoluto e incondicional, asociado al propio sacrificio y la negación de sí. Es justamente esta actitud intransigente la que hará que la misma priora del convento, aconsejada por otra monja anciana, le pida ‘salir al mundo’ para que la misma vida la vaya poniendo en contacto con su deseo profundo.

Una vez allí, advertimos que pertenece a una familia de encumbrada posición social en París, y que su padre es ministro del gobierno. Pero la casa está vacía y sin mucho para hacer: demasiado grande y suntuosa para una madre que casi no está o no habla, y un padre al que ella hace referencia en un momento de modo despectivo. Su única compañía permanente es un perrito, pero que curiosamente no tiene nombre. En su mirada se observa una especie de soledad oceánica, pero curiosamente, buscada.

Por azar conoce a un joven musulmán, Yassine, que estaba tomando algo en un bar con otros dos amigos, y se sorprenden todos de que ella acepte acercarse sin saber quiénes son ellos. La invita a un espectáculo juvenil del que Cèline participa sin demasiado interés. Cuando el muchacho quiere abrazarla, ella le pone límites cortésmente y se despide. Luego la volverá a llamar, ella la invitará a un almuerzo en su casa: el estilo del joven contrasta notablemente con el de la familia de Cèline, ya que no tiene trabajo ni título universitario, es pobre y se maneja transgresoramente en el espacio público.

Ella, que estudia teología, termina interesándose más por el hermano mayor de Yassine, Nassif, a quien conoce yendo de visita a su casa en un barrio sencillo. Nassif da cursos de teología islámica, y entre otras cosas enseña que ‘la presencia de Dios se percibe mayor en su ausencia’. Cèline queda impactada por esa frase y sale al patio del edificio, donde en conversación con Nassif le confiesa que siente la presencia invisible de Cristo, pero la ausencia sensible de su cuerpo.

Si bien a ella se la nota muy serena en su porte, sin advertirlo, genera cierta violencia en el hermano menor, a quien ingenuamente no sólo gusta sino provoca. El menor no es religioso, la quiere y tiende a hablarle con franqueza, pero piensa que en el fondo está loca (!). Sin embargo, se

mantiene en los cánones islámicos de respeto por el mayor, que respetuosamente orienta el interés religioso de la joven por el lado de la violencia fundamentalista.

La lleva presumiblemente a Gaza, donde los musulmanes son agredidos por los occidentales. En su ingenuidad, Cèline se ofrece de modo incondicional y absoluto a Dios en términos aceptables tanto para el Islam como para el Cristianismo. A poco, vemos nuevamente a Nassif y Cèline en un *metrò* de París, y se observa una fuerte explosión cercana al arco de triunfo, en pleno centro de la ciudad.

Una vez más aparece Cèline en las adyacencias del convento. Como empieza a llover torrencialmente, con otra hermana joven van a refugiarse al invernadero, donde también había un conocido trabajador, con el torso desnudo: pese a que él tenía interés por ella, nadie intercambia palabras. Tiempo después, se da a entender que la policía quiere conversar con Cèline.

Las imágenes se concatenan sin demasiadas explicaciones, pero ella se dirige a la ermita en la que siempre oraba, donde había un Cristo yacente, manifestando en su oración afectuosa y conmovedora un profundo sentido de cruz, sufrimiento, agobio y oscuridad, que Cèline entiende, en medio de sollozos, como inherentes al seguimiento de Jesús. Unos instantes después, y sin demasiadas explicaciones, se sumerge en un estanque, y de allí la rescata el trabajador del torso desnudo, a quien abraza, pero sin decir nada: el joven simplemente se limita a quedarse de pie, sosteniéndola con rostro de expresión contenida.

2) *Interpretación teológico-pastoral*. La película presenta los límites de cierta espiritualidad, entre mística flamenco-renana (por ejemplo, J. Ruysbroeck) y *devotio moderna* (por ejemplo, Berulle), con fuertes tintes intimistas y tonos jansenistas, que acentuando la absoluta unidad y trascendencia de Dios (como en el sufismo islámico), y simultáneamente la finitud y fragilidad creatural del hombre, puede resurgir en el desarraigado contexto urbano posmoderno.

Un tema clave en la trama es el del cuerpo: Cèline no toma contacto con su cuerpo, sino al final, cuando abraza al trabajador que la rescata de morir asfixiada por ahogo en el estanque. Sus expresiones afectivas son siempre dosificadas: es una joven bella, pero de ojos melancólicos y mirada que no alcanza a iluminarse más que en contados momentos de amistad con Yassine; y que además se desplaza con cierta pesadez.

C eline no tiene intereses particulares, y cualquier propuesta le da m as o menos lo mismo. Al tener una imagen absoluta del amor de Dios, excesivamente simplificado de toda tensión, desplaza de su mundo psico-espiritual las emociones violentas: sin embargo, éstas terminan expresándose para consigo misma, hasta la pretensión de suicidio; o también para con los demás, sobre todo en su inferida colaboración con el atentado terrorista. O también en la empatía con quienes tienen una imagen casi polarmente opuesta del modo en que Dios desea que los creyentes cumplan su misión en el mundo.

Es interesante notar que, tanto en ella como en la otra joven religiosa que mencion , ambas cristianas, como en los jóvenes hermanos musulmanes, los impulsos libidinosos quedan subordinados a una causa superior: la fe religiosa. En el primer caso, entendida desde la perspectiva de la virginidad, a la que ella hace en un momento explícita referencia en diálogo con Yassine; en el segundo, la *yihad* o guerra santa.

La película intenta mostrar lo aberrante de estos fanatismos extremos, que por diferentes razones, suponen en lo/as creyentes un desarrollo pobre de la dimensión humana y del compromiso concreto por la vida: en el caso de ella, a causa de vínculos familiares y conventuales pobres, con ausencia casi total de comunicación; y en el de los hermanos musulmanes, debido a la marginación cívico-social de los inmigrantes  rabes en Europa, y al sentimiento de humillación y rebeldía violenta que la intervención occidental en sus países de origen les produce.

Para reflexionar:

En los jóvenes protagonistas de las películas percibimos buena disposición hacia el mundo de los valores (espirituales), pero en una/os existe un mayor equipamiento humano que en los otros. Podríamos pensar:  qu  consecuencias tiene esto al momento de desplegar un consistente itinerario vocacional?  Qu  deberemos tener en cuenta al momento de acompañar procesos de maduración vocacional y discernimiento creyente a muchachos y chicas de estas edades?  Qu  deberemos tener presente al momento de releer nuestra propia experiencia e itinerario vocacional?  Ofrecer espacio ilimitado para una libre expresión sin pautas ni normas, o conducir con brazo férreo y manipulador al grupo de alumno/as adolescentes para que no se

desborde? Por último, podríamos preguntarnos: ¿Qué es lo que en definitiva contribuye a una verdadera educación de la personalidad? ¿Qué es lo que posibilita que la misma se vaya abriendo a una experiencia auténtica de fe teologal, y no recaiga en las tentaciones regresivas de absolutizar el propio deseo o adherir a modelos totalitarios e impersonales?

PROYECTOS DE VIDA NO FÁCILES DE CONCRETAR

No siempre resulta fácil concretar un satisfactorio proyecto de vida. No sólo los condicionamientos y déficits personales o interiores, sino también el contexto socio-cultural en el que viven las personas, muchas veces lo dificultan. En *Ajami* queda de manifiesto la presión que ejerce el entorno socio-político violento sobre un par de jóvenes, para quienes la esperanza parece esfumarse. En *Paco* se subrayan las esclavitudes a las que induce esta nueva droga devastadora, pero también se sugiere que el futuro podría no ser determinante y depender de la libertad de cada uno/a. En *Babel* se resalta la incomunicación y soledad a que expone, cada vez más, el mundo globalizado e intercultural; mientras que *El ilusionista* destaca el poder de la creatividad, y la importancia de un buen equipamiento humano para evitar la resiliencia: aquí es donde con mayor dramatismo parece insinuarse la importancia de un orden trascendente al momento de buscar capitalizar la adversidad mediante una laboriosa lógica pascual.

“Ajami” (Y. Shani – S. Copti)

La película se desarrolla en Ajami, uno de los barrios más violentos de la ciudad de Jaffa, compuesta por una población mayoritariamente árabe-musulmán, pero donde también conviven judíos y cristianos árabes. En él se entrecruzarán de un modo provocativo las vidas de los protagonistas.

1) *La trama.* Comienza mostrando a Nasrí, dibujando pensativo e intentando reconstruir recuerdos. Esto nos remite a unos años atrás, cuando él tenía trece años, y con su hermano Omar eran destinatarios inocentes de un clan criminal que buscaba venganza, después de que su tío, para

defenderse de una provocación injusta, disparase hiriendo a uno de sus miembros.

La escalada de violencia, que toma por error la vida de un niño vecino, podría terminar si se paga una suma que resultará bastante abultada para las posibilidades reales de su familia. Como la alternativa de escapar no resulta viable, debido a que tarde o temprano serían hallados por el mencionado clan, Omar se empeña en juntar esa gran cantidad de dinero de forma rápida. Para ello recurre a estrategias ilegales, incluido el tráfico de drogas. De este modo se da a entender que, a causa de estos grupos radicalizados y peligrosos, especialmente los jóvenes palestinos son inducidos a vivir y actuar marginalmente.

Malek, por su parte, trabaja de forma clandestina en un restaurante, cuyo dueño es cristiano. También necesita dinero, pero en este caso es para poder pagar una operación a su madre, que está gravemente enferma. Si bien su jefe parece correcto, la película muestra cómo progresivamente Malek es conducido a una situación de dependencia servil, para él inevitable a causa del dinero que precisa. Es así como a Malek se lo percibe interiormente preocupado, y en definitiva superado por la situación.

Por otra parte, el dueño del restaurante, que parece gozar de una posición social más o menos consolidada y apacible, se opondrá contundentemente a que su hija mantenga un vínculo amoroso con Omar, con quien desde hacía ya algún tiempo se daba un interés recíproco pero clandestino: el padre reaccionará violentamente, y siendo que era él quien había contribuido a negociar la paz de su familia con el clan criminal, se sentirá profundamente desilusionado y echará a Omar.

Binj es un palestino rico que ambiciona con su novia judía un futuro mejor. Se lo percibe como un *dandy*, que viaja a menudo a Tel Aviv. Pero su riqueza parecería haberla conseguido participando de un cartel dedicado al tráfico de drogas, con el que Omar acabará colaborando para conseguir dinero. Presionado por las fuerzas del orden que requisan infructuosamente su casa, Binj acabará muriendo por sobredosis. Y habiendo falsificado cocaína para disimular su responsabilidad legal, terminará poniendo en serio riesgo las vidas de Nasrí y Omar quien, pensando en la autenticidad de la mercadería, buscará ingenuamente comercializarla.

Dando es un policía judío, a quien se muestra haciendo responsablemente su trabajo, incluso a riesgo de descuidar su propia vida

familiar. Sin embargo, un hermano suyo soldado desaparecerá y esto lo mantendrá obsesionado e irritable: hasta que lo hallen asesinado y él desconsoladamente intente acercarse a su cuerpo. Los demás miembros de su fuerza se mostrarán comprensivos, aún sin saber que él pertenecía a la misma.

Lo que llama profundamente la atención, es que Dando no tome actitudes de represalia en el trato con los palestinos, y que incluso arriesgue su vida en la situación sin salida a la que terminaron expuestos Omar, que al final muere, y Nasrí, que gracias al policía logra huir y, en cierto modo, contar la historia.

2) *Lectura interpretativa*. La película muestra permanentemente un clima de tensión, miedo y oscuridad. El aire que se respira es muy denso. En última instancia, la responsabilidad de esta situación es atribuida unilateralmente a ciertos elementos de la cultura árabe-palestinense, que promueven estilos de vida fuertemente corporativos y vengativos. No sólo los árabes comunes, sino también los judíos que moran en la zona aparecen como víctimas ocasionales de modos de vida autodestructivos: por ejemplo, el hermano de Dando.

En contrapartida, el modo de accionar de las fuerzas del orden israelíes es presentado de un modo excesivamente correcto, sin abusos ni atropellos de ningún tipo. Lo cual no parece corresponderse con la política oficial del Estado de Israel al respecto. Por ejemplo, el paso por un puesto de control es presentado como un trámite de rutina llevado a cabo con absoluta corrección y sin hacer uso de ningún tipo de violencia simbólica, lo cual no se condice con la práctica real en los controles militares en las zonas conflictivas del territorio de cara a los palestinos.

A diferencia de Dando, que es presentado con inmejorables sentimientos humanos, los cristianos son escenificados como aquellos que evitan una vinculación familiar estrecha con los árabes-musulmanes, o que se limitan a simularla, haciendo de su generosidad pura pantalla, y eludiendo además las exigencias legales impuestas por el Estado hebreo. Por lo que, en cierto modo, estarían de más en el territorio...

Los judíos, son más bien mostrados como víctimas de los árabes fundamentalistas, o al menos violentos, incluso cuando lo que pretenden, como Dando, sea contribuir a separar los elementos insurgentes o terroristas, para bien de la misma población árabe que, como Nasrí, se encuentra indefensa. En contrapartida, ésta se muestra en cierto modo indolente y

cómplice, ya que facilita la huida de las personas buscadas por las fuerzas del orden israelí.

3) *Reflexiones conclusivas*. La película está muy bien ambientada, y los actores hacen su trabajo con naturalidad. Sin embargo, parece claro que la trama de esta producción israelí (2008) legitima de un modo más o menos abierto la actual política oficial en contra de grupos árabes-musulmanes presentados caricaturescamente, y de un modo generalizado, como fundamentalistas.

En ningún momento se induce a pensar que, por el contrario, este tipo de organizaciones extremas, que evidentemente existen, se nutren de la insoslayable violencia de Estado ejercida por Israel contra una población árabe minoritaria y trabajadora, y de las inhumanas restricciones con que ésta vive en regiones como Gaza o Belén; o también del sentimiento de expatriación que seguramente experimentarán los más de un millón de palestinos emigrados sobre todo a países limítrofes como Jordania.

Desde una perspectiva religiosa, la obra resulta menos elocuente que desde un perfil político: parecería posicionarse desde una hermenéutica de tonalidad agnóstica, o al menos, desde la convicción que esta temática no influye demasiado en la multicultural conformación de la actual población de Israel. Mientras que los rasgos y costumbres socio-culturales de cada grupo en cuestión, salvando las observaciones hechas, están bien caracterizados por la película, la consideración religiosa parece más bien ausente.

“Paco” (D. Rafecas)

La trama nos sumerge en *el mundo del ‘paco’*. Con arraigo en los sectores más pobres y marginales del conurbano de la ciudad, el macabro flagelo no reconoce límites socio-culturales.

1) *Francisco*, el hijo de una Senadora Nacional, estudiante de física cuántica, queda atrapado en esta pesadilla a partir de una vinculación afectiva con Nora, una mujer de rasgos aborígenes que trabaja como miembro del personal de maestranza en el Congreso de la Nación. El hecho de que ella viviera en una villa de emergencia nos pone en contacto con la mafia de una ‘cocina urbana’ de cocaína.

Mujeres que venden su cuerpo para conseguir la droga; violencia que llega fácilmente al homicidio; reacciones intempestivas que afloran por cuestiones nimias; falta de comunicación familiar e instituciones terapéuticas oficiales que no funcionan como deberían, son algunos de los aspectos a los que también accedemos a través de las historias personales de quienes, adicto/as al paco, son admitida/os en un elegante hogar privado en busca de una propia rehabilitación.

2) Es de notar que al final de la película *nadie termina siendo lo que inicialmente parecía*: los personajes que muestran mayor estatura ética provienen de experiencias oscuras comenzando por la directora del centro, que había sido adicta a la heroína y había perdido a su hijo de tres años al ausentarse de su casa para conseguirla. Como acontece en la mística oriental con el emblemático símbolo de la flor de loto, la belleza emerge de lo podrido, lo sublime después de haber tocado fondo, lo cual es reiterado en más de una oportunidad a lo largo de la película.

Esto será cierto no sólo en relación a Nora, sino también a Belén, con quien Francisco establecerá una vinculación afectiva en el hogar de recuperación. Pese a una leve discapacidad mental por ella misma percibida, era la única que podía serenar al hijo de la senadora en sus pesadillas nocturnas de abstinencia y recapacitación. Belén era hija, por otra parte, de Susú, una persona transexual que acabará cumpliendo muy bien su rol materno / paterno.

En esta misma lógica, hay también un crucifijo en la oficina de la directora del centro, en el que la cámara parece detenerse provocativamente, y un sacerdote que acompañará la experiencia, que inicialmente parecía estar entre las personas en recuperación: sin embargo, tanto la fe como su ministro irán siendo posicionados positivamente a medida que avance la película. Lo mismo podría decirse de la figura de la directora, a quien en un comienzo podríamos percibir un tanto autosuficiente y animada por mezquino espíritu comercial al momento de seleccionar las admisiones o negociar con la senadora, pero que luego acabará mostrándose una persona íntegra, afectuosa y creativa, al momento de tener que resolver conflictos delicados.

3) El conjunto de la trama tiene una *impronta pascual*. El mismo Francisco, que para vengar la muerte de Nora hace estallar un explosivo en la cocina de cocaína matando también a una niña inocente que inesperadamente se acercó al lugar, decide presentarse espontáneamente al

fiscal para declarar, pese a que por influencia de su madre la causa estaba a punto de prescribir por falta de mérito. Vario/as de lo/as interno/as se rehabilitan y vuelven a llevar una vida nueva, asociando esto también al amor: el único que parece quedarse en el centro es Juanjo, el médico coordinador del *staff*, que no quiso reconocer su infracción cuando una interna lo sobornó con sexo.

El mensaje de la película es esperanzador: intenta decirnos que puede salirse de las redes del paco con tal que se quiera y se acepte ayuda. El *abc* del camino es la comunicación veraz, como mediación para la recuperación de la autoestima y la capacidad de amar. Es cierto que los resultados no son automáticos, porque dependen de personas dotadas de autodeterminación, llamadas a tomar conciencia responsable de sus actos y adicción: por eso hay quienes reinciden, no aprovechan la oportunidad que se les ofrece, o vuelven 'a hacer la suya'. Pero el anhelo último, expresado en la paciente y amorosa espera de Belén por la salida en libertad de Francisco, es que todo/as lo/as que han conocido las tinieblas logren ver finalmente la luz del sol.

“Babel” (A. González Iñárritu)

Una de las dificultades más significativas para desplegar un proyecto de vida satisfactorio en el mundo actual es la incomunicación con el entorno, padecida por muchas personas obligadas a relacionarse en contextos extraños. *Babel* plantea una serie de situaciones de este tipo, asociadas en lo pragmático por estar vinculadas a la historia de un rifle.

1) Un *matrimonio estadounidense* de viaje turístico por Marruecos, cuya mujer, Susan, es herida por el disparo del rifle en cuestión. El mismo procedía de un *joven beduino*, que estaba jugando con su hermano, con el arma recientemente comprada por su padre para defender su rebaño de cabras de los animales salvajes. Susan deberá quedarse con su marido Richard en una población musulmana, de habla árabe y costumbres muy diferentes: el resto del contingente se marchará antes del atardecer, por temor a los habitantes del lugar que, contra toda previsión, acabarán atendiendo muy bien, y desinteresadamente, a la mujer hasta la llegada del helicóptero de rescate. Entre tanto, el padre de los niños será indagado violentamente por la policía, y el hermano mayor del niño que disparó morirá en un tiroteo.

Quien había vendido el arma la había recibido como obsequio de un hombre japonés, cuya esposa se había suicidado con la misma. Su hija Chieko había quedado sordomuda, impactada por la escena. Ella, a su vez, a causa de su *handicap*, no logra conectarse satisfactoriamente con los jóvenes de su entorno que le atraen, y sólo se comunica con una amiga. Tampoco logra hacerlo con su padre, con quien tiene una relación más o menos formal desde la muerte de su esposa. Su frustrado reclamo de reconocimiento humano-afectivo la conduce a comportamientos poco convenientes (alcohol, drogas, seducción): con la excusa de aportar información, la menor llamará a un agente de policía y lo provocará sexualmente, si bien éste acabará procediendo correctamente. Sólo después de este episodio el padre de Chieko abrazará a su hija con cariño.

Del otro lado del planeta, Amelia, la niñera mexicana a cargo de los hijos de Susan y Richard, recibe la visita e invitación de su sobrino Santiago para participar de una boda en su vecino país de origen. Como están cerca de la frontera, éste último le propone ir y venir en el día con los niños, a quienes evidentemente ella no podía dejar solos. En un contexto diferente, todos lo pasan muy bien, incluidos los pequeños, que al principio estaban un poco sorprendidos a causa de lo que veían.

Pero se acaba haciendo muy tarde, y para entonces, todos habrán bebido demasiado. En la frontera, con el conductor un poco ebrio y los niños sin la documentación requerida, la situación se complica y, evidentemente, son detenidos. Sin pensarlo dos veces, Santiago acelera repentinamente el auto, quiebra la barrera de control, y a los pocos kilómetros sale de la carretera y se introduce en el desierto de Texas: allí deja a Amelia con los niños, claramente aterrados, para evitar que los encuentre el auto policial que los estaba siguiendo. Al otro día, pese al rastreo y pedido de auxilio de la mujer, son hallados con mucha dificultad, y la niñera es deportada por haber quebrantado la ley.

2) *Interpretación (teológica)*. Es interesante notar que, en realidad, todos acaban transgrediendo en cierto modo las leyes, que parecen no ser capaces de regular las nuevas situaciones que se van presentando en el mundo globalizado: no sólo Amelia que cruza la frontera con los niños sin autorización, sino también el policía japonés que dialoga con una menor desnuda en su departamento para tranquilizarla, o el marroquí que interroga violentamente a un mero sospechoso. Sin embargo, son estas situaciones límite las que posibilitan encuentros humanos e interculturales significativos:

el de Susan y Richard entre sí, que hasta el momento venían discutiendo de muy mal humor, y el de ellos con la gente del poblado marroquí; el de los jóvenes hermanos marroquíes, que acaban fortaleciendo su vínculo, sobre todo cuando el menor declara abiertamente su culpabilidad para proteger al mayor; la de los niños con la festiva cultura mexicana; y como dije, la del padre japonés con su hija sordomuda Chieko.

En términos humano-espirituales, las situaciones límites y los obstáculos que hoy se presentan en la comunicación interhumana, pueden convertirse en un llamado a la creatividad, que propicie nuevos modos de comunión. Tender puentes entre lo diverso y conflictivo nos involucra humana y espiritualmente a todo/as. Ponerse en el lugar de las otras personas, individual o colectivamente tomadas, invita a un profundo gesto de solidaridad y amor. En términos cristianos, se convierte en un desafío a recrear la catolicidad del género humano, para descubrirnos todo/as, en el fondo, como una gran familia.

“El Ilusionista” (N. Burger)

1) Ambientada en la Viena de principios de siglo XX, la película nos presenta a Eisenheim, *un misterioso mago* cuyo espectáculo cautiva a la población. Dado que pronto se corre el rumor de que poseía poderes sobrenaturales, el príncipe heredero Leopold, personificación de la racionalidad moderna, decide desenmascarar, con la ayuda del Inspector Uhl, al que para él no sería sino un impostor. Durante una actuación, Leopold induce a su prometida Sophie a subir al escenario como protagonista de un truco de magia. El mago reconoce a Sophie, y ella a él, como el amor de la infancia nunca olvidado y siempre recreado a partir del símbolo de un pequeño camafeo obsequiado a ella por el ilusionista. Y así comienzan con una relación clandestina que permanentemente burlará el control del príncipe.

2) Años atrás, Eisenheim se había marchado muy temprano de aquella ciudad y había recorrido lejanas tierras en oriente, después de que fuera hallado de muy joven con Sophie, en una escena de ingenuo romanticismo, y drásticamente separados ambos por cuestiones de conveniencia social. Este *romance en ciernes* había comenzado por la seducción de la magia, símbolo de un mundo creativo no controlable por un poder temporal, que irrumpe por momentos de modo casi forzado, pero que se opone y trasciende la

pragmática racionalidad de un pensamiento 'claro y distinto', en el que no hay lugar para el verdadero amor. De este mundo, ambos protagonistas quieren, en realidad, desaparecer.

Montado el espectáculo en un teatro de la ciudad, es interesante notar como Eisenheim va progresivamente entusiasmando al público y ganando autoridad ante la gente; mientras que Leopold, por el contrario, va enterrándose cada vez más: a los ojos de su pueblo, y particularmente, a los de Sophie. Lo único de que dispone es de un poder arbitrario, autorreferenciado y autoritario, expresado en la fuerza de la policía. La creatividad del mago le permitirá eludir astutamente las permanentes trampas que le tienda el heredero al trono, e ir ganando cada vez más el corazón de Sophie, que desde el principio le era favorable.

Hasta que la irrealidad de la magia devenga más real que la misma realidad: motivado por el amor profundo al amor de su vida, el ilusionista hará lo necesario para que realmente ambos amantes desaparezcan de la escena, engañando la vigilancia y control del príncipe. Con una ingeniosa trabazón de causas y efectos, simulará la muerte de Sophie, realizará su última actuación de modo ilusorio, y dejará al descubierto ante el pueblo la perversidad asesina del príncipe.

3) En una *perspectiva teologal*, la película evoca la capacidad de autotranscendencia siempre posible que tenemos las personas en situaciones límite. La creatividad humana, abierta a un horizonte de realidad siempre más amplio y posible, es capaz de eludir los márgenes estrechos impuestos muchas veces por las estructuras sociales de pecado; que condicionan, inhiben y bloquean las dimensiones más profundamente humanas de las personas. Pero en cierto modo, esa misma creatividad creyente es capaz de dar sentido también a la muerte.

Para quien está animado por el amor, la fe es capaz de recrear un mundo que en sí mismo parecería agostarse y oscurecerse como consecuencia del cálculo egoísta y la finitud humana, y abrirlo a un sentido pascual de la existencia que, labrado laboriosamente en esperanza, dejará al descubierto la vanidad del mundo y aportará finalmente la anhelada felicidad, expresada ésta en la confluencia fílmica de los símbolos del amor: el caballo (=libertad creativa), la casa (=cálida pertenencia y arraigo) y el campo en primavera (=inminente fecundidad).

Para reflexionar:

Al momento de buscar desplegar un proyecto de vida creyente, los obstáculos siempre aparecerán: de un modo o de otro. Lo importante será capitalizarlos creativamente. Podemos preguntarnos: ¿en qué sentido las películas analizadas me ayudan a descubrir oportunidades en los aparentes determinismos (socio-político-culturales o psico-familiares) que se me presentan? Si soy libre, nada debería determinarme: sobre todo porque siempre puedo dejar que mi vida se recree desde un orden teologal-trascendente.

LA CRISIS DE REALISMO

Habitualmente planteamos la vida con algunas premisas de trasfondo que parecerían tornarse incuestionables. Y alrededor de esas convicciones inmutables, vamos construyendo nuestra existencia. Pero con el paso de los años algo sucede, y esa decidida inercia juvenil parece demorarse, frenarse, o incluso revertirse: ¿es el fin o más bien el comienzo de algo nuevo?

Vincere muestra el enorme riesgo que tiene plantear un proyecto de vida desde la ilusión: *Cisne negro* parecería ir por el mismo lado. Más dosificadamente, *Carancho* nos presenta la necesidad de un cambio profundo en sus dos protagonistas, mientras que *El discurso del rey* nos confronta con el propio límite y la necesidad de abrirnos a los demás.

“Vincere” (M. Bellocchio)

1) La *película* (italiana, 2009) nos presenta la evolución de un romance clandestino entre Ida Dalser y Benito Mussolini, una especie de secreto a voces, históricamente difícil de documentar a causa de la *paura* (=miedo) de los testigos. El por entonces relativamente joven socialista que llegaría a ser el *Duce* de Italia, tiene una aventura amorosa con esta mujer clandestina, de la que nacerá un hijo, quien llevará el nombre de pila de su padre. Sin embargo, su reconocimiento por parte del líder del fascismo italiano ya no

será tan claro. Como tampoco quedará claro en la película si efectivamente hubo un matrimonio oculto y Mussolini fue bígamo.

Lo cierto es que gracias a Ida Dalser, que se enamoró locamente del desafiante *Duce*, quien en una pugna política invitaba a Dios a destruirlo 'en cinco minutos' si de verdad existía, vendió todos sus bienes para que su amante pudiera fundar el diario *Il popolo de Italia*, mediante el cual extender su propaganda partidaria. Él dice tomar el monto 'a préstamo', pero evidentemente nunca lo devolverá... (¡Del mismo modo procederá a futuro con las riendas de la nación!). Y cuando empiece a crecer en fama y poder, ignorará por completo a esa mujer que testimoniará haber creído en él desde el comienzo.

Después de una incursión bélica que conducirá a la anexión de territorios austro-húngaros, Mussolini quedará herido: el mismo Rey Vittorio Emmanuele, a quien él detestaba, lo vendrá a saludar al hospital en donde se recuperaba. También en ese lugar se producirá el episodio decisivo de separación entre el *Duce* e Ida: cuando la legítima esposa con su primer hijo, de quienes Ida no había escuchado hablar, imponga su condición de tal a su amante, y esta última sea retirada por la fuerza. Desde entonces, la vida de Ida comenzará a convertirse en un progresivo infierno: para ella y para el pequeño hijo de ambos, también bautizado como Benito.

2) *Ida* insistirá de muchos modos en ser reconocida como esposa, pero se irá desplegando una calculada y cómplice política de marginación y posterior internación en diferentes psiquiátricos, en donde los mismos médicos, enfermeras y demás internas advertirán, sin dar lugar a dudas, que la mujer no estaba loca, y que decía la verdad. Por supuesto que después de su internación, la madre perderá la tenencia de Benitino, quien quedará a cargo de un tío que manifestaba abierta intención de quedarse con los bienes familiares, pertenecientes también a Ida, bajo el único título y razón que la de declararse fascista...

Si bien a lo largo de la película son muchas las personas que perciben que Ida dice la verdad, nadie se anima a brindarle un apoyo decidido. Uno de los médicos le sugiere que no enfrente a todo el mundo: que se adecue a la situación, que ya llegará el momento de mostrar las cosas como son. Lo que impacta es la creciente cantidad de personas que, a causa de esta incómoda verdad, terminan estando en situación ambigua, o que incluso sufren terriblemente: en primer lugar, la misma Ida, pero también su hijo Benito,

permanentemente llamado con el apellido materno, por más que él insistiera y todos intuyeran que en realidad era Mussolini. De hecho, reproducirá sus discursos de un modo literal, imitando a la perfección los rasgos caracterológicos de su padre.

Ida y Benitino acabarán muriendo en 1945 en sendos psiquiátricos (él a los veintiséis años), sin que la verdad saliera a la luz de un modo nítido. Entre tanto, la imagen del dictador era aclamada en la plaza por una multitudinaria y entusiasta presencia de partidarios; y protegida de todo posible deterioro silenciando los hechos, incluso con sangre.

3) *Interpretación (teológica)*. En la actitud del *Duce* se percibe, desde el comienzo, un afán de abierto auto-endiosamiento, mezcla de megalomanía y locura, equiparada en un diálogo con Ida a la del mismo Napoleón; y curiosamente avalada por la voluntad popular. Nada parece oponérsele en sus años de gloria, ni siquiera la actitud de una Iglesia indirectamente complaciente, que incluso parece beneficiarse políticamente con los Pactos Lateranenses (1929), que acabarán legitimando al Vaticano como Estado autónomo dentro de la ciudad de Roma.

La película plantea una autocrítica colectiva, mostrando cómo la mentira y el robo sólo pueden llevarse a cabo con la complicidad del mismo pueblo, seducido y en cierto modo ultrajado por la prepotencia caudillesca del *Duce*. Esto se ve personificado en la misma figura de Ida; que a medida que evolucione la trama, se irá convirtiendo, a su vez, en la conciencia colectiva de una nación imposibilitada de emerger de su propio sometimiento y redes internas. Siguiendo una interpretación apocalíptica, la película da a entender que sólo Dios, transcurridos los 'cinco minutos de gloria' de quien fue aliado del *Führer*, será capaz de aplastar la figura del dictador y restablecer la verdad: sólo Él será el verdadero 'vencedor'. Mussolini será ejecutado por un grupo de partisanos concluida y perdida la Segunda Guerra Mundial, y todos los símbolos de su poderío serán destruidos inmediatamente.

4) La *moraleja* es clara: si nos dejamos seducir y manipular por un dictador que prometa solucionar todos nuestros problemas y malestares, imponiendo su voluntad por la fuerza, ocultando la verdad y aletargando la conciencia, luego no nos podremos quejar de las consecuencias trágicamente opresivas que de esto se desprendan. Existe una concomitante vertiente teológica en esta última afirmación: una dictadura sólo es posible negando o manipulando la imagen de Dios, según oportunamente convenga. Si no hay

Dios, tampoco las personas podrán esgrimir una dignidad propia, trascendente e inalienable. El dictador se convertirá en demiurgo de un pueblo al que exigirá todo: incluso sacrificios humanos. Es también responsabilidad de la Iglesia que esto “nunca más” ocurra en pueblos de raigambre cristiana.

“Cisne negro” (D. Aronofsky)

1) *La trama.* Nina es una bailarina de una compañía de ballet de Nueva York, completamente absorbida por la danza. Vive con su madre Érica, también ella bailarina, retirada en el preciso momento en que se enteró del embarazo de su hija, lo cual llega en un momento a reprocharle. Es así que Érica proyecta en Nina las expectativas frustradas de su propia carrera, controlándola de cerca y restringiendo su libertad, a tal punto que la muchacha se comenzará a sentir asfixiada y enfermará psíquicamente.

Entre tanto, el director artístico Thomas Leroy decide reemplazar a la bailarina principal en la nueva producción de la temporada, *El lago de los cisnes*, y en el contexto de una feroz competencia por ocupar el puesto del gran cisne, Nina es su primera elección. Sin embargo, existe una objeción: mientras ella interpreta de modo superlativo al cisne blanco, que encarna los valores transparentes y apolíneos de la modernidad, su actuación como cisne negro, símbolo de los oscuros impulsos dionisíacos de la astucia y la sensualidad, a los que la misma ética victoriana se resistía, no deja de ser artificial.

Por eso Nina tiene competencia: una nueva bailarina, Lily, que también ha impresionado significativamente a Leroy, sobre todo por la naturalidad con que interpreta la segunda vertiente del cisne. La rivalidad entre las dos jóvenes bailarinas va transformándose en una vinculación encrespada y tensa. Esto le permitirá a Nina irse conectando con su lado más oscuro, despertando en ella una virulencia tal que amenazará con destruirla.

En efecto, comienza a tener percepciones que el espectador no sabe si realmente acontecen o son producto de su imaginación crecientemente afectada por una psicosis paranoica. El cisne negro es el que podría sustituir al cisne blanco, Lily a Nina en la obra, y por eso el cisne blanco deberá animarse, inevitablemente, a actuar también como cisne negro, anticipándose

enfermizamente a toda posible sustitución. El cisne negro de Nina aflora matando al cisne blanco que había en ella misma: creyendo haber asesinado a Lily en el camarín, en realidad, se había herido a sí misma. Después de una representación espectacular y muy aplaudida, el cisne blanco acaba muriendo... en serio.

2) *Interpretación.* Podría pensarse por una parte en las exigencias a ultranza de un estilo educativo moderno, que ponía el acento en la objetividad de la producción cultural más que en la subjetividad de quien debía salir humanizado por el arte. También en la represión familiar, expresada en la figura de la madre, de todo lo que no fuera limpio y transparente: impulsos sexuales, privacidad, autodeterminación y amistades incluidas, lo cual condujo a una fuerte introyección de un superyo tiránico, que acabará destruyendo a la persona que existía detrás de la máscara de bailarina.

La identificación idolátrica, y no icónica, con el propio arte, conduce a una destrucción de quien, en realidad, debería salir humanizada. Por más que una interpretación artística pueda decir algo del misterio trascendente, es evidente que no se puede dar la vida por algo o alguien que no sea Dios mismo, o su designio salvífico, sin deshumanizarse: e incluso esto habría que entenderlo y discernirlo bien. La secularización idolátrica del martirio conduce a la misma destrucción del arte. Posiblemente, una más humilde aceptación del límite humano que evitara el perfeccionismo a ultranza, hubiera dado a Nina, con menos esfuerzo y más disfrute, un arte capaz de integrar más dosificadamente al cisne blanco con el negro. Y por más tiempo...

Como moraleja, cualquier cosa que anhelemos o hagamos, de modo absoluto y sin referencia icónica a Dios, acabará deshumanizándonos y destruyéndonos. Sólo el justo espacio y perspectiva sacramental respecto de nuestras ocupaciones y afanes, dará trascendencia y significado profundo a nuestra vida... y a nuestro arte.

“Carancho” (P. Trapero)

A partir de la constatación de la enorme cantidad de accidentes de tránsito en Argentina, que deja un saldo promedio de veintidós muertes diarias, la trama de la película pone de manifiesto el tentador negocio que se abre para los ‘caranchos’: abogados que aprovechando la necesidad de

dinero que tienen las víctimas de estos accidentes, se ofrecen para representarlas judicialmente; engañándolas luego para, en su apuro, quedarse con la mejor tajada de las indemnizaciones.

1) *La trama*. En este caso, Sosa (Ricardo Darín), a quien le habían quitado la matrícula, trabaja para una sociedad de tinte mafioso, con “capo”, matón y contactos incluidos; la cual no sólo especula con este tipo de situaciones, sino que además tiende a inducir las, incluso mediante complicidad policial, que acerca información y protege el negocio.

Luján (Martina Guzmán) es una médica joven que trabaja en emergencias viales muchas horas al día. La percibimos ojerosa, agotada, pero dedicada de lleno a lo suyo, si bien en más de una oportunidad comete graves errores al prescribir la medicación: luego nos enteramos que había empezado a inyectarse con el chofer compañero de trabajo.

Las respectivas ocupaciones hacen que Sosa y Luján se encuentren, y se empiece a enhebrar una historia de amor; a partir de la cual ambos querrán salir de sus respectivas situaciones, para iniciar una vida nueva, pero eso no resultará nada fácil: pese a que a Sosa acaben devolviéndole su matrícula y Luján esté a un paso de un mejor nombramiento.

2) *Algunas apreciaciones interpretativas*. La película muestra por dentro este peculiar negocio con la vida humana, uno entre tantos. Los permanentes primeros planos que tienden a generar asfixia en el espectador; la sobreabundancia realista de sangre, desprecio o banalización de la vida; la violencia verbal y física, con y sin armas; las drogas, suturas e inyecciones; algunas escenas en el cementerio y en una sala velatoria; la oscuridad casi permanente y varios accidentes de tránsito filmados desde dentro, además de las numerosas situaciones legalmente irregulares o moralmente transgresoras, hacen que incluso la misma experiencia de amor humano pueda adquirir cierto tinte morboso.

Es cierto que tanto Sosa como Luján acabarán haciendo todo lo posible para salir juntos de sus respectivas situaciones, y que incluso pondrán en práctica, por iniciativa de ella, gestos concretos de ayuda a personas con acento paraguayo socialmente discriminadas, o al menos, no bien asesoradas. También desde esta perspectiva, sin dejar un cine policial, se plantean cuestiones que hacen a lo humano.

Pero el mensaje final acaba siendo el mismo que en muchas películas argentinas de las últimas décadas: las instituciones no funcionan (la policía,

las leyes, la justicia), por lo que no queda otra que hacer justicia por mano propia; la gente que usa cruces cristianas adopta por lema el “no te metas” y “se lava las manos” (por ejemplo, la mujer del banco que paga los abultados cheques a los miembros de la sociedad); la vida termina antes de tiempo casi inevitablemente; la única felicidad posible y luminosa es la que se encuentra en espacios íntimos y casi por azar.

3) *Apreciación conclusiva*. Técnicamente la película es muy buena, los protagonistas actúan con naturalidad, y la trama y mensaje están bien pensados. Pero el resultado final es nuevamente deconstructivo: se achica la esperanza, el aire se enrarece, se imponen los impulsos primarios, prima el determinismo, la gente no acaba de ser feliz...

Es cierto que puede rescatarse el intento de redención recíproco, mediante un amor romántico a partir de sendas situaciones de fragilidad, como así también su incipiente proyección social; y que, mirado teologalmente, en ese don inesperado e iniciativa comunitaria está Dios. Pero falta una perspectiva de trascendencia que logre totalizar la vida, y por eso el esplendor de lo humano acaba reduciéndose drásticamente. Debido a que las personas son físicamente agredidas y están humanamente heridas, la esperanza acaba estrellándose, inesperadamente, en una esquina cualquiera...

“El discurso del Rey” (T. Hooper)

1) *La trama*. Jorge VI debe suceder en el trono del Reino Unido a su hermano Eduardo VIII que abdica, junto con el primer ministro, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, para casarse con una mujer estadounidense que tenía en el haber ya dos divorcios. Lo cierto es que Jorge es tartamudo y no logra leer un discurso. Ningún médico logra dar en la tecla con la cura, ya que evidentemente, no se trataba de un mero problema motriz. Es entonces que su esposa lo conduce a Lionel Logue, presuntamente médico, que intenta con él una original terapia.

De lo que fundamentalmente se trata, es de relacionarse como pares: no sólo el rey debía tratar de tú a tú a un ciudadano del imperio, sino que además, éste era australiano, es decir, miembro de una de las colonias menos prestigiosas... Hay una resistencia inicial muy fuerte, pero luego Jorge

VI se va adaptando, con idas y vueltas, y algún que otro exabrupto, al estilo terapéutico, y ambos se van haciendo amigos. Van emergiendo momentos de diálogo íntimo, que humanizan al monarca a partir del trato directo de Lionel, ofreciéndole a Bertie la posibilidad de recrear lúdica y desinhibidamente experiencias traumáticas y bloqueos afectivos de la temprana edad. Un día, el terapeuta le hará leer y grabar con música fuerte en los oídos, y el mismo rey se sorprenderá con la fluidez con que logra leer un texto de W. Shakespeare. Por su parte, la esposa del presunto médico se asombrará de ver a su marido conversar tan naturalmente con el rey.

Es interesante notar que existe una expectativa importante por parte de los miembros de la corte, del nuevo primer ministro Churchill y sobre todo del pueblo, por oír la voz del rey en vísperas de la Segunda Guerra. Para Jorge VI, poder hablar con cierta fluidez en público resulta un arduo desafío, un ejercicio agobiante. La presencia constante de Lionel, además de su esposa en otros ámbitos, resultarán claves.

2) *Interpretación teológico-pastoral.* Lo que la película parecería sugerir es que, sólo la connaturalidad de vínculos humanos cercanos, que ayuden a consolidar la precaria confianza de base herida por algún motivo en la temprana infancia (v.g., el mismo estilo formativo inglés recibido por el rey, exigente, formal y aristocrático), posibilita la superación de esta discapacidad. Pero para ello, para poder ser rey el rey, debió aceptar en una dimensión concreta de su vida no serlo: debió confiar en un súbdito, renunciar a su omnipotencia, aceptar su condición creatural. Como si el Evangelio le dijese: "El que se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado".

Sólo desde el humilde reconocimiento de la necesidad de ayuda, y sólo desde el encuentro con la propia humanidad profunda que surge de este reconocimiento, puede acogerse el don de la sanación (=salus: sanación, salvación). De este modo, lo que parecía un límite se convierte en una posibilidad: el discurso del rey se torna más elocuente. Es así que la fragilidad del monarca acabará consolidando a los ojos del pueblo su soberanía, en un momento clave de la historia británica: como Jesús en la cruz recreó la imagen de Dios, la *kenosis* personal de Bertie el prestigio imperial.

Para reflexionar:

La crisis de realismo, que se acentúa al promediar la vida, parece hacernos tocar fondo: como si se nos acabaran las herramientas con las que habíamos contado hasta el momento. Si llegamos a tiempo, esto mismo puede convertirse en ocasión de un nuevo comienzo: de una profunda revisión de vida; sobre todo, de las premisas y enfoques que la animan y orientan, a veces de tono idolátrico. ¿Qué me dio a pensar, al respecto, el contenido de las películas analizadas en este párrafo? Si transito por esta etapa del camino, ¿qué parte del equipaje ya no me sirve y debería cambiar? ¿Cuáles serían las nuevas adquisiciones y hallazgos que parecerían insinuarse?

DE LA CRÍTICA A LA MADUREZ

Desde hace algunos decenios, el revisionismo histórico contemporáneo se ha tornado sumamente crítico con el cristianismo y la Iglesia. Inevitablemente, esto provoca dudas en las convicciones que sostienen la vida de muchos creyentes, ganando espacio, por el contrario, las posturas agnósticas y las prácticas relativistas. Sin embargo, estas mismas interpretaciones críticas pueden ofrecer indirectamente al/la cristiano/a un cierto estímulo al momento de purificar y profundizar la fe. Entre las expresiones cinematográficas recientes que plantean este revisionismo radical, sobresale *El Código Da Vinci*: según el mismo, existiría un secreto que, de ser develado, cambiaría la historia de la fe y destruiría a la Iglesia. Un secreto ocultado y una verdad silenciada en el mismo preciso momento (siglo IV d.C.) en que *Ágora* plantea el triunfo decisivo del cristianismo, en Alejandría, por medios *non sanctos*.

Por otro lado, a medida que van pasando los años, el desenlace de la vida parece advenir, inevitablemente, con mayor vehemencia. Lo que en la juventud sólo parecía una remota posibilidad, ahora nos sale al encuentro de variados modos: constatamos que, poco antes o poco después, inexorablemente vamos a morir. *Las playas de Agnès* nos presentan un cierto *flash-back* en la vida de su directora: con relativo optimismo, pero tal vez sin demasiadas preguntas. *Antes de partir*, en cambio, ahonda en las preguntas

decisivas que ineludiblemente todas las personas nos haremos al momento de tener que afrontar nuestro destino final: ese será el momento en que deberemos confrontarnos con el sentido de lo vivido. Pero también el tiempo de constatar la solidez de nuestra esperanza.

“El Código Da Vinci” (R. Howard)

1) *La novela* se presenta enmarcada en la semántica de los símbolos religiosos, los cuales según Robert Langdon, el protagonista que terminará acompañando a Sofía en la tarea de develar el misterio (y que en el fondo es el mismo autor de la novela, Dan Brown), pueden tener el sentido que se les atribuya, en una especie de hermenéutica absoluta. De este modo, el actual subjetivismo y la raigambre positivista (hermética) del pensamiento inglés que anima al autor contribuyeron a plantear la hipótesis de que el crucifijo podría ser reemplazado por un cáliz o grial.

En efecto, aquel símbolo de un cristianismo evocado en reiteradas escenas, sobre todo a través de la autoflagelación de Silas, el fanático albino del *Opus Dei*, colisionaría en la mente del autor con las figuras de María Magdalena y el sagrado femenino, actualizadas en la persona de Sofía. No deja de ser significativo que, mientras en la sugerente secuencia de imágenes en torno al primero podemos muy bien recordar el episodio de la flagelación de Jesús en *La Pasión* de Mel Gibson; con la referencia al símbolo de la ‘rosa’ y al ‘secreto’, podamos hallar significativas referencias a la conocida obra de Umberto Eco.

De este modo, en la propuesta del sagrado femenino, en vez de sufrimiento y persecución, dogmatismo intolerante y obediencia despersonalizada, lo que afloraría sustitutivamente sería la sanación, expresada en la liberación de la claustrofobia del compañero de Sofía, curiosamente originada en un pozo profundo de agua (¿rememora, acaso, una fuente bautismal?).

Según Dan Brown, la Iglesia y en particular el *Opus Dei*, que históricamente tiene en realidad muy pocos años de existencia, de la mano de la ideología patriarcal habrían pretendido eliminar, a cualquier precio, el secreto de la felicidad (¿asociada al ejercicio de la sexualidad humana?). Sin embargo, éste habría sido conservado durante siglos por los miembros del

Priorato de Sión, históricamente inexistente, y hoy podría ser divulgado para que todos hallen liberación en este conocimiento. Éste consistiría en que Jesús habría tenido una esposa / amante, a pesar del deseo en contrario de Pedro (que paradójicamente la tuvo), y de otros discípulos, y habría engendrado descendencia: Sofía sería el último eslabón, y por lo tanto tendría 'sangre divina'.

2) *Mensaje y aporte*. La fenomenología de la obra nos lleva al clásico discurso gnóstico-masónico que, con diversos matices, encarnaron los sucesivos movimientos esotéricos surgidos a lo largo de la historia en Occidente, y que según Dan Brown estaría representado, en línea de continuidad, por el Evangelio de Tomás, el genio de Leonardo y el secreto conservado en algún lugar del museo del Louvre (a su vez, símbolo de las Luces de la razón moderna).

Percibimos que en esta cosmovisión esotérica se encuentra recurrentemente una clara crítica a la cultura de la superficie, expresada paradigmáticamente en forma de pirámides o templos, los cuales según la novela constituirían estructuras preferentemente fálicas (contra la mayoría de las conclusiones de la fenomenología religiosa que ven en estos últimos 'espacios habitados'), y una defensa exacerbada, apologética y unilateral de la cultura de las profundidades: en este caso, anclada en el subsuelo de los templos y de la civilización occidental, con connotaciones marcadamente femeninas.

En el contexto de una crisis cultural sin precedentes, y de la consiguiente anomia institucional que esto genera, la Iglesia parece haber sido la única, o al menos, la más significativa institución sobreviviente a los efectos devastadores del cambio de época, observado en el transcurso de estas últimas décadas. De ahí que en su mismo seno convergiese violentamente el conflicto entre lo patriarcal y lo matriarcal.

Es cierto que históricamente, y en especial desde la época de Constantino (como ya lo destacaban en sus estudios muy seriamente K. Rahner e Y. Congar) el pensamiento teológico y la disciplina canónica de la Iglesia tendieron a enfatizar prevalentemente al *Kyrios* (Señor glorioso) en detrimento de su kénosis (anonadamiento en la Cruz), o una imagen excesivamente institucionalizada de la *Societas Perfecta* a una imagen de la Iglesia como Templo del Espíritu Santo, quien sería en cierto modo lo femenino en Dios. En esta línea, otro teólogo de renombre, H. U. von

Balthasar, habló de las dimensiones mariana y petrina en la Iglesia. Sin embargo, muchos de estos elementos se retomaron en la teología y vida del Pueblo de Dios, de un modo más o menos significativo, solamente a partir del Concilio Vaticano II.

En este sentido, la novela, aún sin pretenderlo, estaría invitando a los cristianos a seguir afianzando la sacramentalidad simbólica de la institución a la que pertenecen. Porque, en efecto, para los cristianos, la Iglesia, a través del *Logos*, conduce al Misterio *semper major* (=siempre mayor). Esta orientación mistagógica (preparatoria o iniciática) evitaría, además, recaer en un nuevo *Deus otiosus* (=Dios ocioso), como lo fue el del deísmo moderno que, gestado en la visión unilateral del Dios-Uno de un tardo medioevo, en detrimento de su carácter trinitario y familiar, y en gran parte institucionalizando lo sagrado, condujo por un lado a las diferentes expresiones de ateísmo moderno y por otro, cuando finalmente se anuló la trascendencia divina, inspiró modalidades totalitarias que aún hoy deploramos.

3) *Los bemoles de la propuesta*. Sin embargo, en la cosmovisión del *Código* podría emerger otro riesgo no menor, inspirado en la negación de la dimensión pascual de la vida, por medio de la cual estamos siempre llamados a la autotranscendencia teocéntrica, y a no dejarnos guiar por una impulsividad ciega.

Un planteo que conduzca a la divinización de la sexualidad femenina, de la mano de un pensamiento agnóstico, hermético o esotérico, o de una cosmovisión unilateralmente ctónico-panteísta (confundiendo la divinidad con la madre-tierra), dejaría a la humanidad inmersa en una situación de 'limbo narcotizante', en última instancia adoradora o adicta a la prostitución sagrada, y (¡curiosamente!) apta para generar ávidos y agresivos consumidores 'de lo que venga'. Esto podría interesar a quienes inescrupulosamente quieren multiplicar exponencialmente sus réditos económicos, pero finalmente perjudicaría el deseo de auténtica integración, desarrollo y felicidad que la mayoría de las personas normalmente tenemos.

Si bien es cierto que por un lado en la novela existe una revalorización de la mujer en la figura de Sofía, incluso en su 'casta' relación fílmica con Robert Langdon, hay que recordar que cuando los parámetros éticos no tienen un sólido y objetivo sustento histórico-religioso, o lo religioso y la moral se convierten en una mera versión diurna y sublimada de nocturnos símbolos

oníricos regresivos, finalmente terminan cayendo de la mano (¡una vez más!) del mito del 'paraíso perdido'. Y la primera que se ve perjudicada por este desmoronamiento es la misma mujer (cf. *Gen 3,16*).

4) *Reflexiones propositivas*. Creo que hoy la cultura global, y de un modo muy particular el hasta hace poco llamado Occidente, vive una seria encrucijada: por una parte, está en la alternativa de elevarse lúcida y pascualmente a lo mejor de sí misma, integrando la riqueza de lo humano (*anima* y *animus*) en cada representante de la humanidad, a partir también de la incorporación en su metafísica y cosmovisión religiosa existencial del realismo de la negatividad y el dolor: esto es lo que rehúsa hacer el *Código* caricaturizando al *Opus*.

Por otra parte, nuestra cultura puede ceder a la ilusoria tentación narcisista y regresiva de aspirar solamente a lo gratificante del *carpe diem* (=vivir el hoy) y del pensamiento débil, de la mano de las nuevas 'diosas' (femeninas) de la fertilidad (por ejemplo, modelos y actrices). Paradójicamente, y como contracara de la misma moneda, esto desencadena y/o afianza procesos incontrolables de violencia (masculina), lo cual es muy fácil de comprobar en el mundo actual. De hecho, los cuatro más grandes mercados internacionales actualmente en expansión son, por una parte, la industria bélica y el comercio de armas (*violencia asociada a lo masculino*), y por otra, el tráfico de drogas y la prostitución (*gratificación asociada a lo femenino*).

No creo que siguiendo por este último camino de ciega expansión económica lleguemos muy lejos como género humano. Por eso en nuestro hoy el rico patrimonio simbólico-sacramental de la tradición cristiana tiene mucho para aportar, tanto en función de una correcta y libre elección de las personas en clave de autotranscendencia teocéntrica como también de una auténtica y profunda liberación e integración de lo humano.

“Ágora” (A. Amenábar)

1) *La película* recrea un hecho histórico: la vida y dramático desenlace de la filósofa neoplatónica Hipatia en Alejandría (siglo IV d.C.); ciudad en donde convivían griegos paganos, judíos y cristianos, estos últimos en clara expansión, en gran parte debido a la nueva política imperial.

Hipatia es presentada como una mujer culta y libre del dominante poder patriarcal, ya que no acepta el casamiento que le ofrece Orestes, futuro prefecto de la ciudad. Pero sobre todo se la muestra libre de la presión que ejerce el patriarca Cirilo por convertir a todos los habitantes de la ciudad al cristianismo.

En el imparable ascenso de esta nueva religión, primero retrocede el paganismo, centrado en el culto a Serapis y otras deidades greco-latinas; luego son atacados en el teatro los judíos, a iniciativa de un tal Amonio que luego arrojará una piedra al prefecto, será ajusticiado y proclamado mártir por Cirilo. Todo esto en un contexto de oscura y fanática violencia que parece contrastar con la sabia y luminosa serenidad de la filósofa.

Finalmente, Cirilo presiona a Orestes para que públicamente abdique de la dependencia afectiva e intelectual que sobre él ejercía Hipatia, reconociendo la primacía de la Palabra de Dios y considerando a ella una bruja, a lo cual él se niega. Eso es lo que provoca el enojo de la multitud, arengada por los parabolanos (un nutrido grupo de monjes fanáticos, que aparecen siempre muy activos), y la agresión física de Amonio (uno de ellos) hacia el prefecto con una piedra. Pero también lo que decide la suerte final de la filósofa, asfixiada por el esclavo Davo para evitarle la cruel lapidación.

2) *Interpretación teológica.* El episodio coincide con la expansión del incipiente modelo de cristiandad que, como otros modelos integristas anteriores, suponía una estrecha vinculación entre política y religión. La película presenta tanto a paganos como a cristianos y judíos con un estilo de comportamiento fanático. Sobre todo, los primeros dos grupos parecen mostrar intolerancia y rivalidad recíproca. En medio de estas tensiones, Hipatia personifica la razón y el diálogo, el sentido común y el equilibrio, el sentido de ciudadanía e institucionalidad. En el fondo, la filósofa es presentada como modelo de la mujer cristiana (!). Por ejemplo, no se venga de Davo cuando, profundamente enamorado y luego decepcionado, intentó abusar de ella, sino que lo perdona y libera.

La imagen que busca dar la película es la de una especie de guerra entre civilización y barbarie: por supuesto que la primera está representada por el grupo neoplatónico que defendía la biblioteca y la ciencia, debatiendo, por ejemplo, sobre geocentrismo y heliocentrismo, con Hipatia a la cabeza; y la segunda, sobre todo por el grupo de cristianos parabolanos, liderados socialmente por Amonio y políticamente por Cirilo de Alejandría: la ilustración

contra el oscurantismo. Así, por ejemplo, esta segunda biblioteca (la primera había sido destruida tiempo atrás por un incendio), una vez ocupada por los cristianos, se convierte en un confuso depósito de animales, tipo establo.

Hipatia aparece como la líder preocupada por rescatar el saber antiguo de las atrocidades cristianas; como la única que acepta ver las cosas como son, sin imponerles modelos preconcebidos. Hipatia está dispuesta a cambiar sus puntos de vista y recomenzar; se muestra rica en humanidad y lúcida en todo momento: por ejemplo, cuando aconsejó a su padre no tomar represalias porque eso conduciría a una peor situación a los griegos paganos. Acepta, además, la imperfección del cosmos y la desarmonía existente en ella misma; si bien en ningún momento se conforma con respuestas fáciles. El mismo Davo parece haber aprendido de ella a ser más sensato que todos los cristianos juntos...

Lo cierto es que, más allá de este evento particular ocurrido en Alejandría, el cristianismo, y en particular el monacato medieval, fueron los más empeñados en rescatar el saber antiguo: sin esta preocupación no habría existido un Renacimiento (en los siglos XV-XVI), y se hubieran perdido las fuentes antiguas después de las invasiones germánicas y el desmoronamiento del mundo antiguo (en los siglos V y VI). Además, nadie como el cristianismo estuvo más empeñado en aceptar la imperfección del mundo presente y, no obstante, hacerlo con paz interior: justamente porque buscó hallar en Dios la única perfección absoluta (¡y no en los astros celestiales!).

En el fondo, la película recrea el viejo mito de una Iglesia oscurantista, contraria a las adquisiciones luminosas de la razón. La presenta como intolerante y caudillezca, liderada por gente ignorante (=los parabolanos) o ávida de poder (=Cirilo de Alejandría). Si algo de esto se filtró en la vida de la incipiente Iglesia medieval, no fue por influjo del cristianismo, sino más bien por herencia romana o pagana. En términos generales, el cristianismo contribuyó al respeto de las instituciones, a promover la paz y a civilizar a los nuevos habitantes de la emergente Europa: esto mismo lo reconoció también en otros contextos incluso el laicismo más recalcitrante (por ejemplo, en referencia a las áreas rurales de la América Latina del siglo XIX).

Por último, la Iglesia también contribuyó a la dignificación de la mujer: el feminismo, como legítima reivindicación de los derechos de la mujer, surgió en contexto cristiano. Además, como ya lo anticipé, la belleza humana y

espiritual con que es presentada Hipatia en la película es más cristiana que pagana: ¡porque en este último contexto las mujeres estaban sometidas al poder despótico del *pater familiae*, y en el primero, en cambio, hallaban la libertad de las hijas de Dios! De modo que el tono general de la película, si bien fundada en acontecimientos reales, no deja de ser un poco tendencioso.

“Las playas de Agnès” (A. Varda)

El documental es una *autobiografía* de su directora Agnès Varda, que integra una variada colección de recuerdos intencionalmente fragmentados y sin orden aparente, captados por la cámara de cine a modo de imágenes, por una mujer inquieta que se había ido de su casa a los dieciocho años, e iniciado en la vida profesional como fotógrafa en blanco y negro.

1) El lugar ocasional de la original (y rica en recursos) puesta en escena, es *una playa* belga del mar del Norte, donde ella transcurrió su infancia. Allí, arena, viento y mar se combinan con una amplia cantidad de espejos que, como el cine, reflejan las vivencias y recuerdos de la vida. Porque la vida es, para Agnès, como la arena, el viento y el mar: va y viene de un modo cambiante, a veces fascinante y poético, pero sin demasiado orden ni sentido decisivo. Incluso con quiebres no deseados y anhelos no cumplidos. Desde esta perspectiva, la obra refleja una cosmovisión de tonalidad agnóstico-nihilista, que sin embargo la directora afronta con humor y entereza admirables.

Un símbolo de esto último aparece hacia el final, en la metáfora de una choza en la que Agnès se sitúa: está construida con el celuloide de una película suya que fracasó. Sonriente, dice habitar allí: esa es la sugerente metáfora de su vida.

2) Las *constataciones paradójales* no están ausentes de la obra: por un lado, los ochenta años toman a la directora con un envidiable caudal de experiencias y personas conocidas (incluyendo a Gérard Depardieu y Harrison Ford); lugares exóticos o exclusivos visitados y vividos (China, Cuba, Estados Unidos); vitalidad, iniciativas originales y logros destacados (es la creadora de la llamada *Nouvelle Vague* en cine).

Por otro, todo esto nos deja un cierto sabor a nada, o a muy poco. De lo mucho acopiado por la cámara, ya sea a manera de fotografías o de

filmación, el único recuerdo medianamente significativo parecería ser, además de su familia evocada en términos generales, el segundo compañero Jacques Demy: no el padre de sus hijos, que finalmente se alejó, sino un coproductor de cine con el que vivió en las inmediaciones de las playas de California.

3) Es así como la vida aparece para ella *permanente imagen*, y si bien siempre sorprendente, sin aparente profundidad, orientación ni trascendencia: una mera colección de vivencias y percepciones, a lo sumo, poéticas (propio de artistas). La película integra en su anecdotario fragmentos de producciones anteriores, que a su vez son como una manifestación de la vida de Agnès: pero parece no ir más allá de un registro empírico, y a veces hasta banal, de lo cotidiano, de lo transcurrido, de lo pasado. En todo caso, muestra la vida sin buscar interpretarla.

Resulta interesante destacar que en el recuerdo de una persona ya anciana emerjan muchas figuras de personas mayores, muchas ya difuntas; evocaciones de lugares antiguos y enumeración de intrascendentes cosas vetustas: esto no se ve mucho en cine, donde más bien tiende a prevalecer la cultura juvenil.

En síntesis, el documental autobiográfico es un largo elenco de *realidades que han ido fluyendo como el mar, el viento y la arena*, en la vida de una mujer octogenaria y libre; que vivió y registró con su cámara la Segunda Guerra Mundial, el “Mayo francés” y la ardua liberación femenina; pero también el transcurso del tiempo en la casa de su niñez, en la vida de personas afectivamente cercanas, y en el mismo arte de producir cine.

“Antes de partir” (R. Reiner)

Esta película (estadounidense, 2007) merece ser rescatada debido a la distendida profundidad con que aborda el tema de la *muerte*.

1) *Carter Chambers* ha trabajado durante toda su vida en un modesto taller mecánico para mantener a su familia, postergando la realización de algunas cosas que hubiera deseado hacer o experimentar. Sin embargo, a los sesenta años recibe la noticia de que tiene cáncer y debe ser internado de urgencia: le quedan sólo seis meses de vida. A poco, es internado en su misma habitación *Edward Cole*, senador de los Estados Unidos, dueño del hospital, que poco antes defendía despreocupadamente la idea de que por ley

no podía haber menos de dos personas por habitación: su diagnóstico clínico era similar.

Y aquí aparecen dos estereotipos de personas. Mientras que Carter es un hombre negro y delgado, bondadoso y paciente, rodeado de afectos familiares; Edward es un millonario excéntrico, blanco y obeso, que vive aislado y resulta sumamente desagradable en la convivencia. Sin embargo, se irán conociendo y, gracias a la paciencia de Carter, estrechando amistad: jugando a los naipes, padeciendo, ayudándose y bromeando juntos.

2) En un momento de ocio, Carter escribe algo en un papel amarillo. Más tarde, con desagradable curiosidad, Edward leerá irrespetuosamente lo allí escrito, estando el mismo Carter presente. Se trataba de algunas cosas que él hubiera deseado haber hecho a lo largo de sus cuarenta y cinco años de trabajo y no hizo (*the bucket list*, que bien podría ser traducido como 'lo que quedó en el tintero'). Edward decide que lo mejor era llevar a la práctica estos anhelos: escribe también los suyos a insistencia de Carter, pero omite el que finalmente será más significativo. Por su parte, se compromete a financiar los costos y juntos emprenden la tarea de cumplirlos.

Es interesante notar como a lo largo de la película, quien parece económicamente pobre está lleno, en realidad, de riqueza humana; y el que parece rico, es en realidad, un pobre diablo. Sin embargo, a medida que evoluciona la trama se va dando un *intercambio de dones*, en donde Edward, que había vivido siempre para sí, acaba haciendo feliz a una persona concreta: su amigo. Carter morirá poco antes de concluir con sus propósitos, incluso aceptando que para él ya era suficiente: en previsión de ello, regresará a su casa, donde su esposa y familia lo recibirán sin reproches y con una fiesta. La escena final tiene significativas connotaciones románticas, signo de que la vida triunfó.

Es de notar que, a lo largo del viaje, y pese a las propuestas en contrario de su amigo, Carter expresamente mantendrá su fidelidad a la esposa, y procurará que Edward se anime a volver a hablar con su hija, con la que estaba enemistado y a quien rehusaba visitar: hacerlo debía ser, en realidad, su mayor anhelo. Antes de morir, Carter puede liberarse de la deuda pendiente por gustos no dados en vida (que en cierto modo es un dejarse querer), y Edward reconocer en las exequias que los últimos tres meses de su amigo fueron los mejores tres de su vida. De hecho, para aquel momento

habrá superado las resistencias de su orgullo y habrá ido a ver a su hija: lo cual sí transformará su vida.

3) *Interpretación teológica*. La película está llena de ironías: pinta el trato groseramente desigual que en la institución hospitalaria recibe uno y otro a causa de su posición, ingresos y vinculaciones; la autosuficiencia, desconfianza y aislamiento del rico y la mansedumbre serena y optimismo poblado de rostros del pobre; la obsecuencia de quienes trabajan por una paga aguantando lo indecible (desde el asistente personal hasta la azafata de su avión privado), y el desinterés de quienes rodean o conocen a Carter. Pero en el fondo, la trama termina mostrando cómo las preguntas decisivas de la existencia humana son las mismas para todos, y que además se tornan inevitables: “Allegados son lo mismo, los que viven por sus manos y los ricos”, decía J. Manrique en las *Coplas por la muerte de su padre*.

Si bien el trasfondo es tragicómico, ya que en cierto modo se ironiza permanentemente con las miserias humanas y corporales asociadas al inevitable deterioro producido por una enfermedad terminal, la esperanza teológica está implícita en la serenidad, humor y confianza de Carter; como así también encontramos su contrapartida en el temor e impotencia inicial, de cara a un final decisivo, expresada en la rigidez, prepotencia e irritabilidad de Edward. Pero una vez que Edward hubo ayudado a Carter a cumplir con sus deseos postergados, también él pudo realizar el sueño más anhelado de su vida: no sólo reconciliarse con su hija, que era su deseo inconfesado y conscientemente rechazado, sino ‘darle un beso a la mujer más hermosa’, que acabaría siendo su pequeña nieta.

Es que Dios acaba dando siempre más, y en vida, de aquello que podemos imaginar... En cierto modo, Carter fue para Edward como Jesús: le fue mostrando pacientemente y en su propia carne como asumir creativa y pascualmente el sufrimiento humano, y cómo aprender a compartir, para que la aparente catástrofe de la muerte constituyera el mejor aprendizaje posible para vivir de un modo pleno.

Para reflexionar:

¿En qué sentido me afectan los actuales cuestionamientos al cristianismo y a la Iglesia? ¿Tengo una postura crítica y bien informada al

respecto? ¿En qué sentido todo esto me ayuda a profundizar mis convicciones como creyente y bautizado/a? ¿Me preocupo seriamente por hacerlo, a saber, por adquirir una fe más madura y fundamentada? Por otra parte, se puede llegar al final de la vida de muchas maneras; pero en la eterna, entrar sólo de una: ¿qué me sugieren las películas comentadas en torno a esta última etapa del camino? ¿En qué sentido me sirven para intentar vivir, de ahora en más, un poco más sabiamente los años que me resten?

Haciéndonos amigos de Dios

No resulta fácil llegar a ser amigos/as de Dios. La Biblia está llena de historias de personas concretas que emprendieron este exigente, pero también apasionante, desafío. Cada uno de ellos y de ellas fue llamado por el Señor, en circunstancias concretas, en algún momento de sus vidas. Este encuentro transformó radicalmente los horizontes de sus existencias. Comenzaron a caminar de un modo nuevo, no sin resistencias y dificultades.

En cada uno de estos itinerantes podemos vernos reflejados nosotros/as mismos/as: como acontecía en cierto modo con el cine, pero ahora desde una perspectiva estrictamente teologal, también aquí sus historias son las nuestras. Mirados así, devienen nuestros compañeros/as de camino, parte de esa “*nube de testigos*” (Hb 12,1) que nos estimulan a perseverar en la fe.

De entre la abarrotada multitud de personajes, vamos a detenernos y profundizar seis historias. Tres de la primera Alianza y tres de la segunda y definitiva. Lo haremos por medio de una *lectio* bíblica, en la que trataremos de comprender ‘desde dentro’ a cada uno de estos personajes.

Todos ellos nos introducirán en el amplio mundo de la vocación y la respuesta, de la santidad y el pecado, de la iniciativa y la duda, del servicio y la mezquindad, de la abnegación y el desconcierto. En el fondo, en el discipulado misionero (DA I). Nos permitirán descubrir cómo todo lo humano profundo que nos habita entra en juego al momento de emprender un itinerario de fe, y cómo todo eso deberá ser transformado y transfigurado por la mano paciente de Dios para que se convierta, a su vez, en un testimonio elocuente capaz de despertar la vida teologal también en otras personas.

Metodológicamente, la aproximación a los personajes partirá de alguna forma de exégesis de los textos, que progresivamente devendrá *lectio* ignaciana con aplicación de sentidos (cf. EE 121). La interiorización de lo atinente a cada personaje será inducida mediante observaciones de carácter psico-espirituales y algunas preguntas mediante las cuales podremos hacer nuestras sus experiencias y vicisitudes.

En el modo de proceder, reconozco un significativo pero ya remoto influjo del Cardenal Carlo María Martini, a quien leí profusamente hace más de treinta años.

ABRAHAM, PEREGRINO EN LA FE³

Nos acercamos a este ancestral personaje bíblico desde Gn 12-25. Abraham es el primer ‘peregrino de la fe’ de que tengamos referencia cierta. Su figura nos sorprende a causa de las exigencias extremas a que fue sometida su confianza en Dios. Ciertamente que como ‘padre en la fe’ su figura fue idealizada por la tradición hebrea.

El relato bíblico nos dice que Abraham recibió un llamado de Yahveh y que le fue fiel hasta las últimas consecuencias. Dios pactó con él una alianza, que se extenderá a su descendencia y se convertirá en paradigmática para todo el pueblo de Dios. Como luego a Israel, fue primero a él que Yahveh lo puso a prueba, para luego bendecirlo según la promesa que le hiciera una y otra vez. Más allá de las pequeñas debilidades y dudas humanas, Abraham se mostró un hombre generoso y magnánimo, lleno de nobleza y espíritu de sacrificio; un hombre sobre todo de fe. Posiblemente por esto, pasó a la posteridad como el icono creyente de una más que trimilenaria tradición judeocristiana.

“La *peregrinación abrahámica* es el paradigma de la historia de salvación, a la que el creyente se adhiere. Por el lenguaje con que se la describe (“*sal de tu tierra*”), por las etapas de su itinerario y por los acontecimientos vividos, es en sí mismo éxodo de salvación, anticipación ideal del éxodo del pueblo entero. Abraham, dejando su tierra, su patria y la casa paterna, se pone en camino, con fe y esperanza, hacia el horizonte que el Señor le ha indicado, como nos recuerda la carta a los Hebreos: “*Por la fe respondió Abraham al llamamiento de salir para la tierra que iba a recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba. Por la fe emigró a la tierra prometida como un extranjero, habitando en tiendas lo mismo que Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa. Esperaban la ciudad con cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios [...]. Con fe murieron todos estos, sin recibir lo prometido, confesando ser extranjeros y peregrinos en la tierra*” (ver Hb 11,8-13). No

³ Cf. C. MARTINI, *Abraham, nuestro padre en la fe*, Paulinas, Bogotá, 1989.

sin razón el mismo patriarca se define *“forastero residente”* (Gn 23,4) incluso en la tierra prometida⁴.

Vocación y promesa

1) Tomando el relato tal como nos viene referido en la Biblia, la historia de Abraham comienza con un llamado y una promesa, a los que él responde con generosidad y confianza: *“Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre (...). Marchó, pues, Abram, como se lo había dicho Yahveh”* (Gn 12,1-4).

Para la gente del tiempo de Abraham, tanto el lugar como la familia de origen eran su más firme seguridad, y que abandonarlas era exponerse a ser atacado o esclavizado por el primer clan que se le cruzara. Como aún hoy acontece, las migraciones en la antigüedad eran solo el último de los recursos, al que se apelaba en caso de hambrunas o invasiones. Sin embargo, Abraham lo deja todo por seguir una promesa que acabará por concretizarse en tierra cananea: *“A tu descendencia he de dar esta tierra”* (v.7).

Esta promesa inicial irá chocando progresivamente con una limitación humana aparentemente infranqueable: la esterilidad de Sara, esposa de Abraham, y la edad avanzada de ambos. Es evidente que sin hijos no puede surgir de Abraham una nación innumerable como las estrellas del cielo, pero tampoco existe posibilidad alguna de poseer la tierra que Yahveh le promete, ya que el único modo de hacerlo es ‘con gente propia’. *“Mi Señor, Yahveh, ¿qué me vas a dar si me voy sin hijos...?”. Dijo Abram: ‘He aquí que no me has dado descendencia, y un criado de mi casa me va a heredar”* (Gn 15, 1-3). No tener hijos: ese es el gran escollo en la vida de Abraham; pero a la vez la experiencia de finitud que le irá haciendo madurar la fe y confianza en Yahveh. En este ‘escollo’ se revelará simultáneamente la grandeza de la fe de Abraham y la fragilidad de sus dudas muy humanas. *“¿A un hombre de cien años va a nacerle un hijo?, ¿y Sara, a sus noventa años, va a dar a luz?”* (Gn 17,17).

⁴ CONSEJO PONTIFICIO PARA LA PASTORAL DE LOS EMIGRANTES E ITINERANTES, *La Peregrinación en el gran jubileo del año 2000*, en: L'Oss.Rom., 8/5/98, p.9, n.5.

Sin embargo, Yahveh le saldrá al encuentro y renovará una y otra vez la promesa, ya que así lo requerirá la fe endeble de los creyentes que le sucedan: cada uno de nosotros necesitamos que el Señor renueve la promesa de un modo vivo y existencial, una y otra vez, casi periódicamente: *“Yo soy Él Saddy, anda en mi presencia y sé perfecto. Yo establezco mi alianza entre nosotros dos, y te multiplicaré sobremanera’. Cayó Abram rostro en tierra, y Dios le habló así: ‘Por mi parte he aquí mi alianza contigo: serás padre de una muchedumbre de pueblos (...). Te haré fecundo sobremanera, te convertiré en pueblos, y reyes saldrán de ti. Y estableceré mi alianza entre nosotros dos, y con tu descendencia después de ti, de generación en generación: una alianza eterna, de ser yo el Dios tuyo y el de tu posteridad”* (Gn 17,1-10).

2) Lo cierto es que hasta el momento el único hijo que Abraham había tenido era Ismael. De acuerdo con la tradición de por entonces y a pedido de Sara, su mujer, lo había tenido con Agar, esclava de ésta última. Por eso Abraham, casi como queriéndole simplificar las cosas a Dios, le hará una cierta ‘contrapropuesta’, a manera de insinuación: *“¡Si al menos Ismael viviera en tu presencia!”* (Gn 17,18). Como si Abraham pensase que Yahveh se metió en un brete del que no sabría bien cómo salir, y entonces él intenta buscarle un atajo más plausible.

Sin embargo, y pese a augurarle a Ismael un próspero futuro, Yahveh se mantendrá firme en la promesa, a la que ahora pondrá plazo: *“Mi alianza la estableceré con Isaac, el que Sara te dará a luz el año que viene por este tiempo”* (Gn 17,21). Y pese a que esta nueva y definitiva confirmación parecía humanamente imposible, en Abraham podrá más la fe que la incredulidad. Dice el texto que *“creyó él en Yahveh, el cual se lo reputó por justicia”* (Gn 15,6; ver Gal 3,6ss.). Transcurrió así un año, y efectivamente, como lo atestigua el relato en 21,1-3, *“Yahveh visitó a Sara como lo había dicho, e hizo Yahveh por Sara lo que había prometido. Concibió Sara y dio a Abraham un hijo en su vejez, en el plazo predicho por Dios. Abraham puso al hijo que le había nacido y que le trajo Sara el nombre de Isaac”*. De modo que, en estas circunstancias, Abraham casi que podría refrendar las sentidas palabras de Simeón, al momento de ver a Jesús en el Templo: *“Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz, porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos”* (Lc 2,29-31).

Magnanimidad y gratitud

1) El libro del Génesis ilustra también otros aspectos de la vida de Abraham, los cuales van entretendiéndose a partir de aquella fundamental actitud de fe que lo convierte en ‘padre de los creyentes’. Por ejemplo, llama la atención su *generosidad*. Cuando los pastores suyos tuvieron altercados con los de su sobrino Lot por la posesión de la tierra, Abraham fue capaz de ceder la mejor parte a su pariente, para evitar conflictos innecesarios. La renuncia a bienes presentes estará en función de los bienes de la promesa: si Abraham resigna es porque espera. Es así como le dice a Lot: *“No haya disputa entre nosotros ni entre mis pastores y tus pastores, pues somos hermanos. ¿No tienes todo el país por delante? Pues bien, apártate de mi lado. Si tomas por la izquierda, yo iré por la derecha; y si tú por la derecha, yo por la izquierda”* (Gn 13,8-9).

Incluso más. Sin desentenderse de él, irá a rescatarlo cuando se encuentre en problemas, apresado por los que habían tomado Sodoma y Gomorra: *“Al oír Abram que su hermano había sido hecho cautivo, movilizó la tropa de gente nacida en su casa, en número de trescientos dieciocho, y persiguió a aquéllos hasta Dan [...]; recuperó toda la hacienda, y también a su hermano Lot con su hacienda así como a las mujeres y a la gente”* (Gn 14, 14ss.). La moraleja indirecta es que Lot no había sabido elegir bien, ya que pensó que el territorio cercano a la ciudad era mejor. Pero para la mentalidad bíblica antigua la ciudad es lugar de perdición, y está alejada de la sabiduría.

La generosidad de Abraham queda también de relieve en la hospitalidad con que recibe a los tres forasteros en Mambré: *“Que traigan un poco de agua. Lávense los pies y recuéstense bajo este árbol, que yo iré a traer un bocado de pan, y repondrán las fuerzas”* (Gn 18,4), hecho que le valdrá la referida promesa del hijo para el año siguiente. Pero sobre todo en la sorprendente insistencia con que intercede por Sodoma y Gomorra, ciudades que, como vimos, habían sido causa de perdición para Lot, y respecto a las cuales, para salvarlas, despliega ante Dios todas sus dotes de negociador: *“¿Es que vas a borrarlos, y no perdonarás a aquel lugar por los cincuenta [cuarenta y cinco, treinta, veinte, diez] justos que hubiere dentro?”* (Gn 18,24).

Otra virtud de Abraham es su *nobleza de espíritu*. Sin negar alguna ‘debilidad’ (ver Gn 20, 1ss., *“decía Abraham de su mujer Sara: ‘Es mi hermana’*” [v.2]) que podríamos tratar de entender en el marco cultural de

aquel entonces, o alguna ‘perplejidad’ en la que podría haber incurrido a causa de la rivalidad de Sara y Agar (cf. Gn 21,8ss. *“Se levantó, Abraham de mañana, tomó pan y un odre de agua, y se lo dio a Agar, le puso al hombro el niño y la despidió”* [v.14]), Abraham se manifiesta en todo como un hombre recto y cabal.

Por ejemplo, no acepta nada del rey de Sodoma como retribución por su ayuda: *“Alzo mi mano ante el Dios Altísimo, creador de cielos y tierra: ni un hilo, ni la correa de un zapato, ni nada de lo tuyo tomaré, y así no dirás: ‘Yo he enriquecido a Abram’”* (Gn 14,22-23); trata de quedar en buena relación con Abimélek, como conviene en Oriente (*“Abraham tomó unas ovejas y vacas, se las dio a Abimélek, e hicieron los dos un pacto”* [Gn 21,27]); se preocupa por adquirir una parcela que será cementerio de su familia, y paga por ella lo que corresponde (Gn 23,1ss.); procura que su hijo Isaac se case con algún pariente suyo, pese a la dificultad que esto suponía (ir a buscarlo a Aram), porque así correspondía (cf. Gn 24,1ss.).

2) Sin embargo, donde más se manifiesta la grandeza de espíritu de Abraham, y su fidelidad a Yahveh juntamente con su magnanimidad, es en la *disponibilidad para sacrificar a su hijo Isaac*: esto es lo que hace ‘heroica’ la fe de Abraham. Contra todas las expectativas, Dios le pide –o él piensa que Dios le pide, como veremos– el sacrificio de su hijo, del que dependía la alianza y la promesa, y que por lo mismo él tanto amaba: *“Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac, vete al país de Moria y ofrécele allí en holocausto en uno de los montes, el que yo te diga”* (Gn 22,2).

Desde ese momento hasta que escuchó las palabras del ángel: *“No alargues tu mano contra el niño, ni le hagas nada, que ahora ya sé que tú eres temeroso de Dios, ya que no me has negado tu hijo, tu único”* (v.12), Abraham pasó, seguramente, la ‘oscuridad de espíritu’ más terrible de su vida. En su disponibilidad siempre esperanzada (*“Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío”* [v.8]), se convirtió en *“padre de todos nosotros”* (Rom 4,16). *“Esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones”* (v.18).

Evidentemente y gracias a su fe, Abraham descubrió que Yahveh no se complace en sacrificios ni holocaustos, como acostumbraban a ofrecerlos a sus propias deidades de la fertilidad los pueblos cananeos que rodeaban a Israel. Por eso Dios lo bendijo inmensamente y cumplió sobradamente su promesa para con él en las generaciones posteriores. Y él mismo *“expiró, y*

murió en buena ancianidad, viejo y lleno de días, y fue a juntarse con su pueblo. (...) En la finca que Abraham había comprado a los hijos de Het, allí fue sepultado Abraham con su mujer Sara” (Gn 25,8.10). Todo salió de acuerdo con los cánones bíblicos de retribución por entonces vigentes...

Para reflexionar:

¿En qué circunstancias concretas de mi vida he vivido más la tensión propia de una generosa fidelidad vocacional? ¿Cuáles fueron mis dudas y temores? ¿Cómo los he ‘manejado’? ¿Cómo hablo de ellos hoy a Dios en la oración? ¿Cuáles son los signos que el Señor me ha enviado de su presencia y cercanía?

Observando la magnanimidad de Abraham, también podemos preguntarnos: ¿En qué expresiones concretas voy notando un crecimiento en mi generosidad? ¿En qué circunstancias sigo siendo un poco mezquino? ¿Percibo que voy madurando una más evangélica nobleza de espíritu, o más bien descubro en mi una tendencia arraigada a acomodarme al ‘espíritu de este mundo’, donde lo que importa es buscar consenso? ¿Cómo podría sopesar la calidad de mi fe, esperanza y amor ‘hasta el fin’ (cf. Jn 13,1)? ¿Percibo un cierto ‘heroísmo’ en el modo en que vivo estas virtudes?

MOISÉS Y LA LIBERACIÓN DE SU PUEBLO⁵

Vamos a aproximarnos a otro personaje significativo de la historia veterotestamentaria, a través del cual Yahveh se manifestará como un Dios liberador: Moisés. Lo haremos en cinco puntos, que enhebran toda una historia: 1) la formación de un elegido; 2) un llamado resistido; 3) el Éxodo, don y desafío; 4) el desierto y 5) la Alianza.

⁵ Cf. C. MARTINI, *Vida de Moisés*, Paulinas, Bogotá, 1985.

La formación de un elegido

La historia tiene siempre un contexto. Dice *Ex 1,13-14* que los egipcios “*redujeron a cruel servidumbre a los israelitas, les amargaron la vida con toda suerte de labores del campo y toda clase de servidumbre que les imponían por crueldad*”; y que el Faraón llegó a ordenar incluso que “*todo niño [israelita] que nazca lo debían echar al Río*” (cf. v.22).

Porque no hay vocación sin contexto socio-cultural, es que solo en este entorno de injusticia y opresión podemos comprender la vida y el llamado de Moisés. Criado y educado en la corte del Faraón (cf. *Hch 7,22*), y con un nombre que le confería una identidad más egipcia que hebrea (=Mose), Moisés fue, no obstante, “*a visitar a sus hermanos y comprobó sus penosos trabajos*”. Más aún, dice el relato que “*vio también cómo un egipcio golpeaba a un hebreo, a uno de sus hermanos*” (2,11); y que queriendo hacer justicia por mano propia “*mató al egipcio y lo escondió en la arena*” (v.12).

Tiene lugar así la primera intervención política de Moisés, realizada en plena juventud, y de la que no saldrá indemne. En efecto, al día siguiente y ante una situación análoga, notará que su acción fue descubierta, y acabará teniendo que huir: “*Se fue al país de Madián y se sentó junto a un pozo*” (v.15).

Podríamos decir que éste es el primer impacto de Moisés con la dura realidad. Su generosidad inicial era evidente: “*Moisés, ya adulto, rehusó ser llamado hijo de una hija del Faraón, prefiriendo ser maltratado con el pueblo de Dios a disfrutar el efímero goce del pecado*” (*Hb 11,24-25*). No obstante el texto neotestamentario idealice ya como ‘épica’ la vida de Moisés, la actitud que se resalta de él no deja de ser significativa. Moisés no se queda encerrado en la corte, “*va a visitar a los suyos*”. Posiblemente él estaba bien al tanto de lo que acontecía, y llegado el momento se indigna ante la injusticia, se pone del lado de su pueblo y esto le termina costando caro.

De la mañana a la noche cambia la vida de Moisés, que ‘mata’, ‘esconde’, ‘huye’ y ‘se sienta junto a un pozo’ sin saber qué hacer, como queriendo entender lo sucedido y actuado tan repentinamente. Gracias a su buena fe y a la cordialidad de Jetró (=Reuel), sobrevivirá cuidando rebaños en Madián (3,1), aunque como “*forastero en tierra extraña*” (2,22): porque nadie que huye habita ‘su propia tierra’. Moisés tendrá que rumiar largamente los acontecimientos para reconocer que ése no era el camino correcto. Y tal vez

ese tiempo lo fue teniendo como pastor, amalgamando su vida sencilla y anónima de beduino con una revisión sapiencial de lo vivido. Así se fue formando el elegido de Yahveh..., porque nuestros aparentes fracasos son, desde la perspectiva de Dios, oportunidades para madurar una visión más teológica y sapiencial de la vida.

Un llamado resistido

Después de muchos años, el mismo Moisés que otrora había querido tomar por manos propias la iniciativa de una difícil liberación, es sacado de su tranquilidad por el Señor. Yahveh lo sorprende, en medio de su trabajo, desde una zarza: *“Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel”* (Ex 3,7-8; ver 6,2-9). Ahora será Yahveh, y no Moisés, el encargado de liberar a los israelitas que *“gimiendo bajo la servidumbre, habían clamado a Dios desde el fondo de su esclavitud”* (cf. 2,23). Pero esta liberación no la hará sin Moisés: *“Yo te envío a Faraón, para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto”* (3,10).

Y aquí comenzará la exposición de una variada gama de resistencias y excusas que ofrecerá Moisés, quien ya tenía ‘enterrados’ hace rato sus ideales de héroe. *“¿Quién soy yo para ir a Faraón y sacar de Egipto a los israelitas?”* (v.11); *“si voy a los israelitas y les digo: ‘El Dios de sus padres me ha enviado a ustedes’; cuando me pregunten: ‘¿Cuál es su nombre?’, ¿qué les responderé?”* (v.13); *“no van a creerme, ni escucharán mi voz”* (4,11); *“si los israelitas no me hacen caso, ¿cómo me va a escuchar el Faraón?”* (6,13); *“no he sido nunca hombre de palabra fácil”* (4,10). Yahveh irá despejando una a una estas objeciones, le mostrará su cercanía y poder, y le terminará dando un cayado con el que *“ha de hacer las señales”* (ver v.17). Ahora sí Moisés tendrá autoridad...

Así, tal vez con algo de resignación, *“tomó Moisés a su mujer y a su hijo y, montándolos sobre un asno, volvió a la tierra de Egipto”* (v.20).

El éxodo: don y desafío

Moisés comenzará entonces un largo, difícil y aparentemente estéril esfuerzo por convencer al Faraón que deje salir a Israel de Egipto para rendir culto a Yahveh. *“Se presentaron Moisés y Aarón y le dijeron: ‘Así dice Yahveh, el Dios de Israel: Deja salir a mi pueblo para que me celebre una fiesta en el desierto’. Respondió Faraón: ‘¿Quién es Yahveh para que yo escuche su voz y deje salir a Israel? No conozco a Yahveh y no dejaré salir a Israel’”* (5,1-2). Y a cada signo que intente ‘darle a conocer’ a Yahveh, mediante un arsenal de plagas vinculadas a fenómenos naturales recogidas por diferentes tradiciones, el texto bíblico dirá, a modo de estribillo: *“El corazón del Faraón se endureció, y no los escuchó, conforme había predicho Yahveh”* (7,13.22; 8,11.15).

Es cierto que el Faraón intentará pactar: *“Vayan y ofrezcan sacrificios a su Dios en este país”* (8,21); *“les dejaré ir (...) con tal que no vayan demasiado lejos”* (v.24); *“salgan si quieren los varones solos y den culto a Yahveh, pues eso es lo que buscaban”* (10,11); *“vayan y den culto a Yahveh; que se queden solamente sus ovejas y sus vacadas. También sus pequeños podrán ir con ustedes”* (10,24). Apremiado por las circunstancias y tratando de salir al paso, el Faraón llegará incluso a reconocer su ‘pecado’: *“Ahora sí he pecado; Yahveh es el justo, y yo y mi pueblo somos inicuos. Rueguen a Yahveh que cesen ya los truenos y el granizado; y los dejaré salir”* (9,27-28); *“he pecado contra Yahveh, el Dios de ustedes. Perdonen por favor mi pecado, siquiera por esta vez; rueguen a Yahveh que aparte de mí al menos esta mortandad”* (10,17).

Pero en lo concreto, la actitud de fondo del Faraón no se modificará en nada: *“También esta vez endureció Faraón su corazón y no dejó salir al pueblo”* (8,28; 9,12.35; 10,20; 11,10), pese a que sus mismos consejeros buscaban abrirle los ojos: *“¡Es el dedo de Dios!”* (8,15); *“¿te vas a dar cuenta a tiempo de que Egipto se pierde?”* (10,7). Por el contrario, en la última entrevista con Moisés el Faraón fue contundente: *“¡Retírate de mi presencia! ¡Guárdate de volver a ver mi rostro, pues el día en que veas mi rostro, morirás!”* (10,28). Y así es que uno se queda con la impresión de que ¡hubiera sido tan sencillo dejar salir a los hebreos de Egipto...! ¿Por qué, en cambio, complicó tanto las cosas este nefasto Faraón, no queriendo ‘dar el brazo a

torcer'? Tal vez porque llegó a considerarse a sí mismo una especie de 'dios'...

Esta última y decisiva manifestación de dureza por parte del rey de Egipto dará pie para los 'signos' finales de Dios. Según la tradición vinculada a la pascua-expulsión, propia de las tribus pastoriles, *"Yahveh hirió en el país de Egipto a todos los primogénitos, desde el primogénito de Faraón, que se sienta sobre su trono, hasta el primogénito del preso en la cárcel, y a todo primer nacido del ganado (...). Y hubo grande alarido en Egipto. Llamó Faraón a Moisés y a Aarón, durante la noche les dijo: 'levántense y salgan de en medio de mi pueblo, ustedes y los israelitas, y vayan a dar culto a Yahveh (...). Tomen también sus rebaños y vacadas como dijeron"* (12,29-32).

Según la otra tradición, más significativa y vinculada a los ácidos-huida, propia de las tribus agrarias, *"cuando anunciaron al rey de Egipto que había huido el pueblo, se mudó el corazón del Faraón y de sus servidores respecto del pueblo, y dijeron: ¿Qué es lo que hemos hecho dejando que Israel salga de nuestro servicio? (...) Endureció Yahveh el corazón de Faraón (...) el cual persiguió a los israelitas"* (14,5-8). Ya conocemos el final: éstos cruzaron el mar, y aquél con sus guerreros murieron: *"no escapó ni uno siquiera; mas los israelitas pasaron a pie enjuto por en medio del mar"* (vv.28-29).

La *Epístola a los Hebreos* recoge esta gesta heroica de Moisés y la convierte en figura teológica, cuando dice que *"por la fe, salió de Egipto sin temer la ira del rey; se mantuvo firme como si viera al invisible (...); celebró la Pascua e hizo la aspersion de la sangre para que el Exterminador no tocara a los primogénitos de Israel";* y que *"por la fe atravesaron el mar Rojo como por una tierra seca; mientras que los egipcios, intentando lo mismo, fueron tragados"* (Hb 11,27-29).

La aridez del desierto

1) Después de la salida de Egipto, el camino hacia la tierra prometida no fue fácil. El pueblo permanentemente 'murmuraba' contra Moisés por haberlo llevado al desierto, donde no había agua, ni pan, ni carne, ni nada de lo que se tenía y extrañaba de Egipto. Moisés, por su parte, se veía constantemente obligado a recurrir a Yahveh: *"Llegaron a Mará, pero no pudieron beber el agua de Mará, porque era amarga (...). El pueblo murmuró contra Moisés*

diciendo: *‘¿Qué vamos a beber?’ Entonces Moisés invocó a Yahveh, y Yahveh le mostró un madero que Moisés echó al agua, y el agua se volvió dulce” (Ex 15,23-25). También en Sin, “toda la comunidad de los israelitas empezó a murmurar contra Moisés y Aarón en el desierto. Les decían: ‘¡Ojalá hubiéramos muerto a manos de Yahveh en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta hartarnos! Ustedes nos han traído a este desierto para matar de hambre a toda la asamblea’. Yahveh dijo a Moisés: ‘Mira, yo haré llover sobre ustedes pan del cielo” (16,2-4). En Refidim, “donde el pueblo no encontró agua para beber (...), se querelló contra Moisés: ‘Danos agua para beber”” (17,1-2). Y Moisés, convencido de ser solo instrumento de Dios les dirá: “‘¿Por qué tientan a Yahveh?’ Pero el pueblo, torturado por la sed, siguió murmurando contra Moisés: ‘¿Nos has hecho salir de Egipto para hacernos morir de sed, a mí, a mis hijos y a mis ganados?’ Clamó Moisés a Yahveh y dijo: ‘¿Qué puedo hacer con este pueblo? Poco falta para que me apedreen”” (vv.2-3).*

Los ejemplos pueden multiplicarse. Podríamos citar de un modo particular el relato de las serpientes de *Núm 21,4-9*, donde la impaciencia y desconfianza del pueblo genera la ira de Yahveh, la cual sólo es aplacada por la intercesión de Moisés (v.7): en todos ellos queda de manifiesto la delicada tarea de Moisés como intercesor. Él es, por una parte, el hombre elegido por Dios para hablarle a su pueblo, proponiéndole vivir una liberación difícil con la menor cantidad de ‘dádivas divinas’ posibles. Por otra parte, Moisés es el hombre a través del cual el pueblo se comunica con Dios, recriminándole la aridez de ese camino de liberación y pidiéndole una mayor cantidad de ‘signos’.

En esta misión, incluso la misma vida de Moisés correrá riesgo. Incluso María y Aarón, sus colaboradores más estrechos, le objetarán su autoridad: *“¿Es que Yahveh no ha hablado más que con Moisés? ¿No ha hablado también con nosotros?” (Núm 12,2). El hecho dará pie para que el texto bíblico afirme que “Moisés era un hombre humilde, más que hombre alguno sobre la faz de la tierra” (v.3), y para que este demuestre su magnanimidad intercediendo en favor de María (v.13: “Oh Dios, cúrala por favor [de la lepra]”). Entre otros, también Coré y Abirón “se alzaron contra Moisés y Aarón y les dijeron: ‘Esto ya pasa de la raya. Toda la comunidad entera, todos ellos están consagrados y Yahveh está en medio de ellos. ¿Por qué se encumbran por encima de la asamblea de Yahveh?’” (16,1-3). Yahveh responde haciendo*

que la tierra se los trague vivos (v.30), y Moisés tendrá oportunidad de mostrar que su autoridad no era 'ocurrencia' propia (v.28).

2) Después de la presentación de estos relatos podríamos preguntarnos, nuevamente, qué significa para Moisés el desierto. Parecería que el pueblo estaba haciendo en él una experiencia análoga a la que él ya había hecho en Madián: aprender a conocer a Yahveh y a confiar más en Él que en sí mismo. En referencia a esta experiencia Moisés tiene 'autoridad' porque en cierto modo recorrió antes ese camino. Así, se ve invitado a ejercer una misión de paternidad respecto a Israel, ayudándolo a crecer en su capacidad de abandonarse a Dios, y 'protegiéndolo' de su 'ira'. Esta vocación de 'padre', que tendrá en la tradición posterior una función pedagógica en el descubrimiento del 'Padre' con mayúsculas, comprometerá la vida misma de Moisés; la cual Yahveh mismo defenderá en orden a conducir a su pueblo a la tierra prometida.

El camino de Israel es en cierto modo nuestro camino: en el desierto de la vida también nosotros vamos aprendiendo a conocer y confiar en Dios. A cada uno en particular le toca vivir un desierto muy concreto en el decurso irrepetible de su existencia, en el cual también la tentación de murmurar en vez de crecer podrá ser frecuente. Será la tentación de no asumir, en el fondo, las exigencias y desafíos de la realidad. En cierto sentido y parafraseando a S. Freud, será caer en la tentación del 'infantilismo neurótico', viendo en la vida más bien problemas que desafíos a crecer.

Por otra parte, y siguiendo lo que nos sugiere la vida de Moisés, también cada uno de nosotros está llamado a hacerse cargo progresivamente de los demás, en el sentido de ponerse de su lado y acompañarlos en su crecimiento. Una vocación que se hace manifiesta desde el día en que se tiene el primer hijo (los laicos), o desde el día en que somos ordenados sacerdotes (los presbíteros) o comenzamos a ejercer alguna forma de paternidad-maternidad (los religiosos/as); pero que vamos preparando desde el noviazgo, desde el seminario o desde la casa de formación, y de una manera más intensiva en los últimos años de formación matrimonial, ministerial o religiosa. Hacerse cargo del hermano (actitud contraria a la de Caín, que se preguntaba y le preguntaba a Dios: "*¿Soy yo acaso el guarda de mi hermano?*") es una misión que se asume sobre todo con actitudes ejemplares, con mucha humildad (como Moisés), y desde la convicción de haber sido elegidos por Dios para ello (también como Moisés).

La fidelidad a la alianza

1) En el desierto Dios sella la alianza con su pueblo, a partir del modelo de vasallaje vigente en la época. Dios se compromete a bendecir a Israel con amor de predilección, e Israel se compromete a guardar sus preceptos: *“Si de veras escuchan mi voz y guardan mi alianza, ustedes serán mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; serán para mí un reino de sacerdotes y una nación santa (...). Haremos todo cuanto ha dicho Yahveh”* (Ex 19,5-6.8). Y Moisés fue el único mediador de esa alianza (ver vv.3 y 7): él era el único que podía acercarse al monte sin morir (vv.20-22).

La alianza se centraba en el decálogo (cf. 20,1-20; Dt 5,1-22), teniendo como eje vertebrador el amor a Yahveh *“con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza”* (Dt 6,5). Se apoyaba en el ‘recuerdo’ de los acontecimientos salvíficos obrados por Yahveh en presencia del pueblo y puestos en boca de Moisés a manera de recapitulación en Dt 1-11. Y a condición de una obediencia fiel, la alianza incluía una promesa de ‘vida’: *“Si de verdad guardan todos estos mandamientos que yo les mando practicar, amando a Yahveh el Dios de ustedes, siguiendo todos sus caminos y viviendo unidos a él, Yahveh desalojará delante de ustedes a todas esas naciones, y ustedes desalojarán a naciones más numerosas y fuertes que ustedes”* (11,22-23). O también: *“Yo pongo hoy ante ustedes bendición y maldición. Bendición si escuchan los mandamientos de Yahveh su Dios que yo les prescribo hoy, maldición si desoyen los mandamientos de Yahveh su Dios, si se apartan del camino que les prescribo hoy para seguir a otros dioses que no conocen”* (vv.26-28; cf. Lev 26,3ss).

2) La vida de Israel transcurrirá entre la presencia y consuelo de Dios y la infidelidad y veleidad del pueblo. Yahveh se hará presente sobre todo en la ‘tienda del Encuentro’ (cf. Ex 33,7-11), en la cual *“hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo”* (v.11); pero también en la nube y el fuego que de día y de noche acompañaban la ‘peregrinación’ del pueblo de la antigua alianza (cf. Ex 40,36-38; Núm 9,5-23).

En muchas ocasiones Israel pecará quebrando el pacto con Yahveh. Al respecto, es significativo, por ejemplo, el episodio del becerro de oro (cf. Ex 32,1-7), en donde el pueblo, queriendo tener una imagen asible de su dios, atribuye a una creación propia la salvación obrada por Yahveh. Cuando Dios decida destruir a su pueblo y así se lo comunique a Moisés, éste asumirá una

plegaria de intercesión más necesaria e insistente: “¿Por qué, Yahveh, ha de encenderse tu ira contra el pueblo, el que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y mano fuerte? (...). Abandona el ardor de tu cólera y renuncia a lanzar el mal contra tu pueblo” (vv.11-12). “¿En qué podrá conocerse que he hallado gracia a tus ojos (...) sino en eso, en que tú marches con nosotros?” (33,18). “Dígnese mi Señor venir en medio de nosotros, aunque sea un pueblo de dura cerviz; perdona nuestra iniquidad y nuestro pecado, y recíbenos por herencia tuya” (33,9).

En realidad, mirada desde esta perspectiva de Moisés como intercesor, el conjunto de su vida será una gran bendición para su pueblo, que expresamente recreará esta experiencia en Dt 33, pasaje en donde cada una de las tribus se apropiará esa bendición de su ‘padre’. Y la última referencia del Pentateuco a Moisés quedará registrada allí mismo, a continuación y a manera de panegírico: “No ha vuelto a surgir en Israel un profeta como Moisés, a quien Yahveh trataba cara a cara, nadie como él en todas las señales y prodigios que Yahveh le envió a realizar en el país de Egipto, contra Faraón, todos sus siervos y todo su país, y en la mano tan fuerte y el gran terror que Moisés puso por obra a los ojos de Israel” (Dt 34,10-12).

Para reflexionar:

Podríamos preguntarnos: ¿Cuáles son las situaciones de injusticia que me han indignado en la vida? ¿Cuáles fueron mis respuestas equivocadas? Como Moisés, también nosotros vamos experimentando ‘resistencias’ a la llamada que el Señor nos dirige: limitaciones internas o externas que terminan convirtiéndose en pretextos para permanecer en actitud pasiva o resignada de cara a la vida. ¿Cuáles son mis resistencias o excusas? ¿Qué situaciones vividas conflictivamente en el pasado tengo hoy que desempolvar y revisar?

En el contexto del Éxodo: ¿Cuál es esa figura del ‘Faraón que se endurece’ y me impide dar culto al Dios vivo? No sólo el Faraón externo, ligado a estructuras de pecado que manifiestan el misterio de iniquidad presente en el mundo; sino sobre todo mi ‘pequeño’ y ‘tiránico’ Faraón interno. Por otra parte, ¿cuál es ese culto que Dios quiere celebrar en el desierto, y en el que “no sabemos todavía qué hemos de ofrecer a Yahveh hasta que llegemos allá” (Ex 10,26; cf. Rom 12,1; 1Pe 2,5; Hb 12,28)? ¿Cómo vivo yo ese culto ‘en espíritu y verdad’?

Desde el espíritu de la Cuaresma: ¿En qué consiste hoy el desierto de mi vida? ¿Cuáles son mis ‘murmuraciones’? De igual modo, y desde el gozo transfigurador de la Pascua: ¿Qué signos positivos veo en la maduración de mi vocación de intercesor entre Dios y los hombres? ¿En qué sentido me voy sintiendo más ‘hijo’ y más ‘padre’? ¿De qué hermanos concretos me estoy haciendo cargo?

¿En qué aspectos de mi vida personal, familiar, comunitaria y pastoral he crecido en fidelidad a la nueva alianza y por eso tengo que agradecer a Dios? ¿Cuáles son los ‘becerros de oro’ que me apartaron o apartan del verdadero culto ‘en espíritu y verdad’? ¿Por qué o por quiénes oro e intercedo en concreto? ¿Qué otros desafíos me quedan pendientes para que mi vida sea una verdadera ‘bendición’ para los demás?

DAVID: GRANDEZA E INIQUIDAD DE UN REY⁶

Vamos a tratar de acercarnos a David desde una doble perspectiva: la de su grandeza y la de su iniquidad. Así lo hace la tradición deuteronomística (=D) de los libros primero y segundo de Samuel y el comienzo del primero de los Reyes, donde el redactor busca hacer una lectura de causalidades y consecuencias, es decir, de bendiciones y maldiciones, en conformidad a la fidelidad o no de David a la alianza. A diferencia de lo visto con Abraham y Moisés, la mayor proximidad entre los hechos y la redacción (D) permiten considerar en nuestra meditación una mayor cantidad de detalles históricos. Esto le confiere al relato una tonalidad mucho más dramática y emotiva.

Elegido y bendecido

Comenzaremos por una lectura del *mysterium pietatis* (=misterio de misericordia) referido a la persona de David, en donde percibiremos a nuestro personaje como bendecido por el Señor. Su elección inicial, la creciente tensión en su relación con Saúl que desembocará en abierta persecución, y la nobleza de espíritu que manifiesta David hacia el final del reinado de éste acabarán por manifestarlo como el arquetipo de la realeza en Israel.

⁶ Cf. C. MARTINI, *David: pecador y creyente*, Paulinas, Bogotá, 1991.

El primer libro de Samuel nos refiere que Saúl fue abandonado por Yahveh por no haber hecho las cosas conforme al querer de Dios. Éste le encomienda a Samuel que unja otro rey, y escoge de entre los hijos de Jesé – la más pequeña familia de Judá, de la más pequeña tribu de Israel– a David, el menor de los hermanos: *“Levántate y úngelo porque es éste”* (16,12).

David halla gracia a los ojos de Saúl por ser *“valeroso, buen guerrero, de palabra amena, de agradable presencia”*, y porque *“Yahveh está con él”* (v.18); y así entra en la casa real. En ocasión de la provocación de Goliat, David se ofrece espontáneamente para la lucha, confiando en que *“Yahveh que me ha librado de las garras del león y del oso, me libraré de la mano de ese filisteo”* (17,37; cf. v.45). Con este hecho crecerá notablemente la popularidad de David, especialmente entre las mujeres (18,7).

De la simpatía a la persecución

Pero a raíz de esto, *“desde aquel día miraba Saúl a David con ojos de envidia”* (18,6). Dice el texto Sagrado que *“alejó Saúl de junto a sí [a David], nombrándolo jefe de mil”* (v.13), con la intención de que *“no muera por mi mano, sino por mano de los filisteos”*. Incluso se vale del señuelo de su hija Mikal, a quien ofrece como esposa a precio de la vida de cien filisteos. Todos estos desafíos le van dando a David la oportunidad de crecer en renombre, ganándose particularmente la amistad de Jonatán, hijo de Saúl; pero simultáneamente van madurando una cruel actitud persecutoria en su contra por parte del rey.

“¿Qué he hecho, cuál es mi falta y en qué he pecado contra tu padre para que busque mi muerte?” (20,1). Este es el drama que David, fiel servidor de Saúl, comparte con su amigo. Jonatán podrá convencerse él mismo de la intención de su padre de matar a David (vv.30-33). Y a partir de aquí, David tendrá que llevar una vida errante y valerse de la astucia para subsistir: tiene que mentir (21,3ss); tiene que fingir estar loco (21,13ss); vivirá a la intemperie (22,1) y se hará jefe de una pandilla (v.2). Llegará incluso a pactar con los filisteos uniéndose a ellos (27,1), donde será siempre un extraño del que se desconfiará: pese a todo lo que él haga por este nuevo pueblo, *“no bajará al combate con nosotros”* (29,9). Y al retornar a Siquelag, la encontrarán incendiada por los amalecitas, los cuales habían huido llevándose *“las mujeres y cuanto allí había, pequeños y grandes”*. La situación de angustioso

dramatismo queda expresada en el hecho de que *“David y las tropas que con él estaban alzaron su voz y lloraron hasta quedar sin aliento”*, y en que también *“habían sido llevadas las dos mujeres de David”* (30,4-5).

David, perseguido por Saúl y víctima del uso injusto de su poder real, lo había perdido todo: bienes, tranquilidad, familia, prestigio, nación y religión, dado que Yahveh no lo escucharía en tierra extranjera. Había quedado reducido a jefe de ‘piqueteros’, y una amenaza inminente pendía sobre su vida. En este contexto, se comprende mejor la grandeza del gesto que tendrá con Saúl.

Grandeza y bajezas del rey

1) El relato está duplicado en 1 Sam 24,1-23 y 26,1-25, con algunas variantes redaccionales. La trama se desarrolla en el contexto de una persecución abierta: Saúl y sus hombres están persiguiendo a David que debe refugiarse en el desierto. En una oportunidad, ya sea mientras Saúl dormía o cuando ingresaba en una cueva para hacer sus necesidades, David tiene la posibilidad concreta de librarse de su enemigo, pero opta por no atentar contra el Ungido de Yahveh y le perdona la vida. Se contenta tan sólo con una irónica agresión a la gente de Saúl o con cortar el borde del vestido de éste. Saúl reconoce su culpa (*“He pecado”* (v.21)) y bendice a David: *“Que Yahveh te premie por el bien que hoy me has hecho. Ahora tengo por cierto que reinarás y que el reino de Israel se afirmará en tus manos”* (24,20-21); o también: *“Bendito seas, hijo mío, David. Triunfarás en todas las empresas”* (26,25). Sabemos que en la tradición véterotestamentaria las bendiciones son siempre eficaces. Después de estos acontecimientos, cada cual seguirá su camino.

Por diferentes motivos, a lo largo de la vida también nosotros podemos ir acumulando situaciones injustas en las que nos podemos sentir agraviados o incluso perseguidos. Estas situaciones pueden tener, muchas veces, un fundamento más o menos real: incomprendiones, desaires, indiferencias, rechazos, etc., originados por limitaciones humanas de otras personas, si bien pueden también ser magnificadas por una particular susceptibilidad de nuestra parte. Lo cierto es que la situación puede llegar a ser particularmente dolorosa cuando esta experiencia de rechazo viene originada por la misma autoridad.

Como David, presumiendo inocencia, podemos llegar a preguntarnos el 'por qué' de todo eso, e incluso entrar en crisis. Podemos caer nosotros mismos en la rueda de la iniquidad y 'envenenar' nuestra vida, o podemos abrirnos a Dios que tiene siempre un 'para qué' pascual misteriosamente previsto. David optó por esta segunda posibilidad cuando dijo: *"No alzaré mi mano contra mi señor, porque es el ungido de Yahveh"* (24,11); aunque más no sea por temor de Dios: *"¿Quién atentó contra el ungido de Yahveh y quedó impune?"* (26,9). Si en vez de dejarnos llevar por un deseo de venganza inmediata, evidentemente no evangélica, ponemos las cosas en manos de Dios, las oscuridades más espesas terminan mostrando un despuntar luminoso. Con la muerte de Saúl, David terminará manifestando su unción regia.

2) Pero junto a las actitudes de generosidad y nobleza que percibimos en David la tradición deuteronomística destaca limitaciones e incluso iniquidades. Algunas abiertamente, y otras las sugiere. A partir de este *mysterium iniquitatis* (=misterio de iniquidad) presente en David podemos descubrir también algunas facetas de nuestra vida que tenemos que convertir.

Otro David parece comenzar a manifestarse cuando muere Saúl. Hay algunos gestos que en el contexto de su época podrían parecer nobles, como es el de aniquilar al amalecita que alzó su mano para matar a Saúl (ver 2 Sam 1,14); la consulta que hace a Yahveh sobre lo que debe hacer (2,1); o la misma aceptación de David *"como rey sobre la casa de Judá"* (2,4). Pero en todo esto podríamos percibir también, con cierta malicia o al menos bastante astucia, una segunda intención que iba vinculada a su aspiración a la corona.

Esto queda de manifiesto cuando bendice a los habitantes de Yabes por haber enterrado a Saúl, pero diciéndoles simultáneamente: *"Y ahora tengan fortaleza y sean valerosos, porque murió Saúl su Señor, pero la casa de Judá me ha ungido a mí por rey suyo"* (v.7). Cuando mata al que le anuncia la muerte de Isbaal, hijo de Saúl, tal vez su solapada intención era ganar popularidad entre los partidarios de Saúl. Y de hecho lo logra: *"Vinieron de todas las tribus de Israel y le dijeron: 'Tú apacentarás a mi pueblo Israel, tú serás el caudillo de Israel'"* (5,2).

Su actitud doblez y hasta 'maquiavélica' se trasluce después de recuperar el arca, batiendo a los filisteos (5,25): *"¿Cómo voy a llevar a mi casa el arca de Yahveh?"* (6,9). En esta aparente actitud de humildad se percibe lo que con claridad afirma el cronista: *"Tuvo David miedo a Dios"*,

porque su 'ira' había matado a Uzzá que sin mala voluntad había tocado el arca (cf. 1 Cr 13,12). Y la prueba de ello es que cuando vio que la casa de Obededón, donde había ordenado que quedara el arca, era bendecida, *“hizo subir el arca de Dios de casa de Obededón a la ciudad de David”* (2 Sam 6,12). Algo parecido podría presuponerse en su venganza contra Saúl en su hija Mikal, bajo una aparente acción de 'alabanza' a Dios (6,21-23): el redactor parecería dejar entrever, con evidente ironía, que David no tuvo más relaciones sexuales con ella y sí en cambio con las criadas.

Un texto clave para entender lo que estaba sucediendo con David es el relato de la profecía de Natán. Aparentemente con muy buena intención y disposición, David quiere edificar un templo para Yahveh. Pero Yahveh no acepta: *“¿Me vas a edificar tú una casa para que yo habite?”* (7,5). Podríamos preguntarnos por qué.

David se iba afianzando en el poder gracias a su astucia y a sus logros militares y políticos (8,1ss; 10,1ss). Sólo le faltaba poder 'controlar' mejor la cuestión religiosa, tan significativa en los resortes culturales de la nación hebrea o en los de cualquier otro pueblo circundante. Y para ello, nada mejor que 'invitar' a Yahveh a morar en el templo y lugar que el nuevo rey propone. De este modo, todo quedaría finalmente organizado. En David estaba aflorando una actitud de autosuficiencia análoga a la que anteriormente había sufrido de Saúl: estaba copiando sus defectos. Y por eso Yahveh lo busca corregir: *“Yahveh te anuncia que Él te edificará una casa”* (v.11). La cosa era al revés: es Yahveh el que lo eligió de entre los rebaños y lo ungió, y el que a través de las vicisitudes de su historia personal y colectiva lo afianzó en la realeza. Por eso David no tendrá otra salida que pedir humildemente a Yahveh que se digne *“bendecir la casa de tu siervo para que permanezca por siempre en tu presencia”* (v.29).

El pecado de David y la casa real

1) Esta lectura 'maquiavélica' del reinado de David halla una constatación existencial en el relato que nos describe 2 Sam 11,1-12,15; el cual a su vez se desarrolla en un contexto de intrigas (capítulos 9-20). La destemplanza (lujuria) lleva a David a la injusticia (=inequitas): esta injusticia resalta tanto más cuanto mayor es la nobleza de Urías que no quiere

transgredir una norma que, comparativamente hablando, es menos importante.

Podríamos pensar que David quiso ‘darse el gusto’ acostándose con Betsabé, pero percibimos además una clara intención de convertirse en arbitrario legislador de lo bueno y lo malo, buscando eliminar todo lo que se oponía a sus caprichosos anhelos, incluso a un fiel servidor suyo. Detrás del adulterio está el deseo de expresar ‘aquí mando yo’ y hago lo que quiero: así desvincula el servicio real del sentido que su realeza debía tener de cara al pueblo y, sobre todo, de cara a Yahveh, y cae en el mismo pecado que Saúl.

“Aquella acción que David había hecho desagradó a Yahveh” (11,27). En la analogía que le propone el profeta Natán, David se da cuenta que lo hecho es un pecado que merece la muerte (12,5). Y aquél se lo hace ver: *“Tú eres ese hombre”* (v.7); *“nunca se apartará la espada de tu casa”* (v.10). La diferencia entre Saúl y David es que éste último reconoció su pecado: *“He pecado contra Yahveh”* (v.13). No obstante, la indulgencia de Yahveh que le perdona la vida, la tradición deuteronomística verá en este hecho la causa de desgracias posteriores: índice de ello es la muerte del hijo del adulterio.

Así comienzan a sucederse una serie de intrigas e iniquidades en la casa real: Amnón ultraja a su hermana Tamar (13,1ss); Absalón hace asesinar a Amnón y huye. Al tiempo David hace regresar a Absalón tal como Joab quería (14,21ss). A los dos años, David lo perdona; pero merced a una serie de intrigas Absalón organiza exitosamente una revolución y David debe huir con sus servidores (15,1ss).

2) Es en este nuevo exilio que David recapacita y en esto vuelve a mostrar su grandeza de ánimo. Por ejemplo, ordena a Sadoq volver el arca de Dios a la ciudad: *“Si he hallado gracia a los ojos de Yahveh, me hará volver y me permitirá ver el arca y su morada. Y si dice: ‘No me has agradado, que me haga lo que mejor le parezca’”* (vv.25-26). En una nueva muestra de humildad penitencial, *“David subía la cuesta de los Olivos, subía llorando con la cabeza cubierta y los pies desnudos; y toda la gente que estaba con él había cubierto su cabeza y subía la cuesta llorando”* (v.30).

En el camino, Semeí, que era miembro del clan de Saúl, interceptó a los fugitivos y maldijo a David y a los suyos; y él nuevamente, como otrora con Saúl, no se dejó ganar por la violencia matándolo: *“Acaso Yahveh mire mi aflicción y me devuelva bien por las maldiciones de este día”* (16,12). Por

último, Absalón buscará afirmar su derecho sucesorio tomando posesión del harén de su padre tal como lo había predicho Natán (16,20).

Gracias a una hábil táctica de espionaje, Jusay trastorna los planes de Ajitófel, y logra avisar por medio de Sadoq y Abiatar acerca de los planes de Absalón (17,1ss). Cuando llega el momento del combate, David ordena tratar bien a este último. Y cuando sus tropas lo venzan, David llorará su muerte: *“¡Hijo mío, Absalón; hijo mío, Absalón! ¡Quién me diera haber muerto en tu lugar!”* (19,1). Podríamos percibir en todo esto una evolución muy positiva de David que llega a perdonar de corazón a su hijo, superándose a sí mismo en lo que ya de noble había manifestado con Saúl⁷. El sufrimiento por las consecuencias de su pecado lo habían purificado y lo habían hecho crecer.

También nosotros podemos caer en el pecado de la autosuficiencia. A medida que nos vamos afianzando en la vida, podemos olvidarnos de nuestro origen y del sentido último de nuestro llamado. Podemos comenzar a construir una vida en torno a nuestros intereses y gustos, apartándonos insensiblemente del proyecto de Dios. Vamos eligiendo actividades, personas, tiempos, y al mismo Dios queremos asignarle un lugar.

Y puede pasar que también alguna caída grave genere en nosotros una serie de sufrimientos que nos pueden llevar a una cerrazón mayor –como a Saúl–, o que nos muevan a la conversión y al crecimiento –como a David. La cruz asumida desde esta perspectiva de redención nos libera en primer lugar a nosotros mismos *de* nosotros mismos, y nos da una posibilidad inefable de crecimiento humano y cristiano.

Interpretación psico-espiritual

Al finalizar la reflexión sobre este tercer icono nos podemos volver a preguntar quién era David. Hemos percibido en él gestos magnánimos, pero

⁷ No se puede decir lo mismo respecto a Semeí; quien habiéndolo maldecido le pedía ahora perdón. David aparentemente se lo concede (*“¿Ha de morir hoy alguien en Israel?”*), pero se guarda una venganza para el final, como veremos. Porque tal vez, una vez más, el aparente perdón fue una estrategia política para volver a recuperar su popularidad y afianzar su reinado (*“¿Acaso no conozco que hoy vuelvo a ser rey de Israel?”*, vv.23-24). En esta línea más crítica de interpretación, también podría ser objetable la compasión de David hacia su hijo, que no dejaba de ser un traidor por el que había muerto mucha gente del pueblo del que él era responsable como rey.

también miserias; un noble deseo de servir a Dios unido a mezquindades personales.

Tal vez David sufrió una tentación de fondo *sub angelo lucis*⁸ motivada por lo que podemos llamar, en lenguaje psicológico, una 'inconsistencia de base'. Probablemente, no terminó de superar el desprecio de Saúl que seguramente se sumó a su condición de hijo menor de una humilde familia de una humilde tribu. En su 'celo' por la gloria de Yahveh, inconscientemente o incluso con cierta astucia, buscó el engrandecimiento y afianzamiento de sí a través de la realeza, y la destrucción de todo lo que se le oponía o le recordaba su humillación pasada.

Podrían confirmar esta 'teoría' la venganza de sangre mediante siete descendientes de Saúl (2 Sam 21,1ss); el censo (24,1ss) aparentemente pedido por Yahveh ("Yahveh incitó a David contra los israelitas, diciendo: 'Anda, haz el censo de Israel y de Judá'"), pero del que luego tiene que arrepentirse ("He cometido un gran pecado [...]. Yo fui quien pequé, yo cometí el mal"); y por último las recomendaciones finales a su heredero Salomón respecto a Joab y Semeí (1 Re 2,5ss).

Para reflexionar:

Podríamos preguntarnos: ¿Cuáles son actualmente las 'heridas' que arrastro? ¿Qué actitudes estoy tomando respecto a ellas? ¿Me dejo ganar por el resentimiento o puede en mí más la justicia y la misericordia? ¿Cuál va siendo el 'para qué' de esas situaciones injustas vividas?

¿Cuál fue el pecado más grave de mi vida? ¿Cuáles fueron sus consecuencias sensibles? ¿En qué sentido utilicé esa situación de pecado para constatar que allí donde reinó el pecado sobreabundó la gracia; o que donde se expresó el 'mysterium iniquitatis' (=misterio de iniquidad) se reveló el 'mysterium pietatis' (=misterio de misericordia)? ¿En qué sentido puedo decir existencialmente 'feliz culpa que mereció tan gran Redentor' (Pregón Pascual)?

⁸ A decir de Ignacio de Loyola, "es propio del ángel malo, que se disfraza de ángel de luz, entrar con lo que gusta al alma devota y salir con el mal que él pretende; es a saber, traer pensamientos buenos y santos conforme a esa alma justa; y después, poco a poco, procura salirse con la suya, trayendo al alma a sus engaños cubiertos y perversas intenciones" (EE 332). Cf. EE 333 y 334.

PEDRO: LA CRISIS EN EL DISCIPULADO⁹

En orden a introducirnos lo mejor posible en la psicología espiritual de Pedro, vamos a detenernos solamente en dos episodios de su vida: el del llamado vocacional y el de las negaciones. Solo a partir de ellos haremos referencia a otras escenas que de él nos refiere el Nuevo Testamento y que nos ayudarán a percibir en el Príncipe de los Apóstoles al discípulo que, particularmente en la crisis, va madurando su fe.

Llamado a ser pescador de hombres

1) Los cuatro evangelios nos refieren el llamado de Pedro, si bien con algunos matices diferentes en cada uno de ellos. Vamos a detenernos en esos matices y luego procuraremos ‘entrar’ en la persona de Pedro.

Mc dice que Jesús “vio” a Simón y a su hermano Andrés cuando estaban echando las redes y les dijo: “*Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres*” (1,17). Ellos, dejando las redes, lo siguieron (v.18). *Mt*, por su parte, sigue literalmente a *Mc* (4,18-23). En ambos evangelios, este llamado constituyó la primera acción de Jesús después de ser tentado en el desierto y comenzar a exhortar a la conversión.

Lc, en cambio, sitúa el relato después de varias acciones ministeriales en Galilea, incluyendo la misma curación de la suegra de Simón (4,38-39). En él se incorpora la referencia a una pesca milagrosa. En efecto, Simón, acompañado de Santiago y Juan entre otros, había estado intentando pescar durante toda la noche y no había sacado nada (5,5). Jesús, después de predicar desde su barca, le dijo que navegara hacia adentro del lago y echara las redes. Al hacerlo “*pescaron gran cantidad de peces, de modo que las redes amenazaban con romperse*” (v.6). Ante este hecho prodigioso, Simón exclamará: “*Aléjate de mí, Señor, que soy un pecador*” (v.8). Jesús le dirá: “*Desde ahora serás pescador de hombres*” (v.10). Y “*dejándolo todo, le siguieron*” (v.11).

Por último, en *Jn* es Andrés, hermano de Simón Pedro, quien le dice: “*Hemos encontrado al Mesías*” (v.41), y lo lleva hasta Jesús. Y allí mismo el

⁹ Cf. C. MARTINI, *Las confesiones de Pedro*, San Pablo, Bogotá, 1995.

Señor le cambiará el nombre: *“Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas”* (v.42).

2) Tratemos ahora de adentrarnos en la persona de Simón, recurriendo a un comentario de tipo *‘midráshico’*, a partir de una cierta “composición de lugar” (EE 47).

Pedro estaba en su trabajo, en aquello que siempre hizo y conocía bien; lo mismo que sus compañeros. Estaba limpiando las redes porque ya habían finalizado la pesca, si bien prácticamente sin resultados. Estaban ya en la orilla, después de toda una noche de esfuerzo estéril; probablemente, pues, bastante fastidiados y desanimados. En eso se acerca Jesús, de quien ya algo habían escuchado decir. Había bastante gente reunida, y Jesús le pide al fatigado Simón subirse en su barca para ser mejor escuchado por la multitud. Simón, pese al cansancio, accede con generosa disponibilidad. Probablemente, además, se habría sentado para escucharlo hablar sobre el misterio del Reino de Dios. Pensaría que así, al menos, habría valido la pena la jornada. Podríamos suponer, incluso, que su actitud sería seguramente más cordial si, como dice Lc, Jesús hubiese curado ya para ese momento a su suegra. La escena tuvo que haber durado al menos una hora.

Luego, cuando ya todo parecía finalizar y los agotados pescadores tendrían más que ganas de irse a descansar, Jesús pide a Pedro navegar nuevamente hacia adentro y echar las redes. Evidentemente esto les tomaría su tiempo: volver a remar, volver a echar las redes –lo que supone un trabajo de equipo bastante desgastante–, y sobre todo tener que limpiarlas después nuevamente. En esto Simón podría pensar que Jesús hablaba bien y con la sabiduría propia de un Rabí, pero en el fondo, por provenir de una familia de carpinteros, podría preguntarse: *‘¿Sabrá más que yo acerca de cómo pescar?’* En efecto, era él con sus compañeros, y no Jesús, los que pasaban noche tras noche pescando justamente en aquel lago (de Genesaret). Simón podría estar tentado de pensar que en esto Jesús exageraba, que en esto parecía un *‘charlatán’* y que el esfuerzo, en realidad, no valía la pena. Total, ya había tenido una actitud de cordialidad para con Jesús, al permitirle hablar desde su barca. *¿Se iba a arriesgar a hacer ahora un ‘papelón’ ante todos sus compañeros yendo a pescar cuando ‘todos saben’ que por la mañana no se pesca, sobre todo si la noche no fue buena?*

Y no obstante todo esto, Simón accedió: *“Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero en tu palabra, echaré*

las redes” (Lc 5,5). Simón acepta el desafío de dejarse llevar más allá de su experiencia. Tal vez por un incipiente respeto y cariño hacia el Maestro, tal vez por curiosidad, tal vez porque ‘ya estaban en el baile’. Y cuál no habrá sido su sorpresa cuando empezó a darse cuenta de que las redes casi no podían subirse por la gran cantidad de peces que tenían. ¡Jamás se hubiera imaginado poder recoger tanto pescado junto en aquél lago! ¡Y de mañana! Era un milagro: *“El asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban, a causa de los peces que habían pescado”* (v.9).

Se trataba del asombro que aflora en quien/es se encuentra/n con un evento de otro orden; del ‘temor y temblor’ vinculado a la experiencia numinosa de lo divino que irrumpe en la cotidianeidad de lo profano. Por esta razón, Simón dirá: *“Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador”* (v.8). Porque *“no puede ver el hombre a Dios y seguir viviendo”* (Ex 33,20). Como había sucedido con la hierofanía vinculada a la vocación de Isaías: *“¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de manos impuras, y entre un pueblo de labios impuros habito: que al rey Yahveh Sebaot han visto mis ojos!”* (Is 6,5); o con la montaña santa del Sinaí, a la que nadie podía acercarse: *“Todo aquel que toque el monte morirá”* (Ex 19,12).

Por eso Jesús le dirá: *“No temas”*, como ocurría siempre que Dios quería comunicarse con los hombres a través de sus ángeles (por ejemplo, con Zacarías, en Lc 1,13; o con María, en Lc 1,30). Y a continuación le dirá, como lo hacía Dios en aquellas circunstancias para encomendar una misión (cf. Is 6,8): *“Desde ahora serás pescador de hombres”* (Lc 5,10).

3) Esta experiencia y esta misión cambiarán la vida a Simón. Este cambio existencial lo expresa Jn, donde Jesús le dice: *“Tú te llamarás Cefas”* (1,42). En Mt este cambio de nombre está vinculado a la profesión de fe: *“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”* (16,16). Allí Jesús le dirá: *“Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”* (vv.17-18). Para Pedro, ser pescador de hombres será una misión vinculada, por una parte, a su experiencia de fe, don gratuito por el que reconoce en Jesús de Nazaret al Hijo de Dios; y por otra, a la incipiente comunidad eclesial, a la cual tendrá que más adelante confirmar en la fe (cf. Lc 22,31; Hch 2,14ss; 3,11ss).

El desconcierto y la negación

El episodio de las negaciones es otro relato que nos llega en las cuatro versiones evangélicas; donde cada uno de los autores expresa algún matiz propio y original.

Según *Mc*, una criada del Sumo Sacerdote le dice a Pedro: “*Tú también estabas con Jesús de Nazaret*” (14,67). Pero él lo negó: “*Ni sé ni entiendo qué dices*”. Por segunda vez lo vio y se puso a decir a los que estaban allí: “*Éste es uno de ellos*” (v.69). Pero él lo negaba de nuevo. Poco después, los que estaban allí volvieron a decir a Pedro: “*Ciertamente eres de ellos pues además eres galileo*” (v.70). “*Pero él se puso a echar imprecaciones y a jurar: ‘Yo no conozco a ese hombre del cual hablan’*” (v.71). Cantó el gallo por segunda vez y Pedro se acordó de que Jesús le había predicho la negación. “*Y rompió a llorar*” (v.72).

Mt subraya un poco más la progresividad de la negación; se introduce una criada más en la trama y se resalta el arrepentimiento: “*No sé qué dices*” (26,70); “*¡Yo no conozco a ese hombre!*”; y cuando le digan: “*Tu misma habla [dialectal de Galilea] te descubre*”, Pedro se pondrá a “*echar imprecaciones y a jurar: ‘¡Yo no conozco a ese hombre!’*” (v.74). Inmediatamente cantó el gallo, Pedro se acordó de aquello que le había dicho Jesús, “*y saliendo fuera, rompió a llorar amargamente*” (v.75).

Lc agrega algunos detalles: “*Pedro le iba siguiendo de lejos [a Jesús]*” (22,54), y estaba sentado en el patio junto a una hoguera con los servidores del Sumo Sacerdote (v.55); y las acusaciones y acusadores en su contra se presentan con vehemencia y autoridad crecientes, cada vez más desafiantes (cf. vv.56.58.59). Además, después de las negaciones se afirma que “*el Señor se volvió y miró a Pedro, y recordó Pedro las palabras del Señor*”, etc. (v.61), de modo que lo que a Pedro le hace recordar esas palabras no es tanto el canto del gallo –como en los otros relatos– cuanto la misma mirada del Señor. En efecto, también en otros relatos *Lc* destaca la mirada misericordiosa de quienes son iconos del Señor (cf. 10,33; 15,20).

Jn afirma más claramente que mientras el Sumo Sacerdote interrogaba a Jesús sobre “*sus discípulos y su doctrina*” (v.19), “*Pedro estaba con ellos [los siervos y los guardas del mismo Sumo Sacerdote] calentándose*” porque hacía frío (18,18); de modo que Pedro aparece como cómplice de aquellos que estaban “*fuera*” (v.16) y por tanto con una ‘interioridad helada’. Está “*con*

ellos” porque tiene miedo de que lo pongan en el otro grupo, el de Jesús, convirtiéndose en blanco de un aspecto del proceso inquisitorial del Sumo Sacerdote. Por eso las negaciones resaltan el no ser discípulo de Jesús ni haber estado con él (vv.17.25.27).

Psicología de una negación

1) Podemos intentar interpretar ahora lo que ocurrió con Pedro. Es indudable que él era un hombre de buena voluntad, y por eso siguió a Jesús hasta el Palacio del Sumo Sacerdote, cosa que no hicieron la gran mayoría de los discípulos. Según *Jn*, fue incluso Pedro el que en el momento del prendimiento de Jesús sacó la espada para defenderlo (18,10). Además, con anterioridad, durante la cena, había manifestado públicamente estar *“dispuesto a ir”* con Jesús *“hasta la cárcel y la muerte”* (*Lc 22,33*); y había afirmado que *“aunque todos se escandalicen, yo no”* (*Mc 14,29*).

Pedro evidentemente quería el bien de su Maestro, aunque algunas veces no terminaba de entenderlo. Cuando después de su profesión de fe (cf. *Mc 8,29*) tomó aparte a Jesús y buscó disuadirlo de aceptar el ‘sufrimiento’ y el ‘rechazo’ (v.32), Aquél lo reprenderá ante los demás discípulos, haciéndole ver que sus pensamientos se parecen más a los de Satanás que a los de Dios (v.33).

Por otra parte, parece claro que Pedro confiaba en Jesús. Cuando él estaba con los demás discípulos en el lago y Jesús se les acercó caminando por el agua, él fue el primero en decir: *“Señor, si eres tú, mándame ir donde ti sobre las aguas”* (*Mt 14,28*). Pero curiosamente, también aquí su buena voluntad termina en un reproche: *“Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?”* (v.31).

¿Qué fue lo que pasó con Pedro? ¿Por qué si apreciaba tanto al Señor lo niega en un momento clave? ¿Por qué si era él mismo el que había hecho la profesión de fe y había sido elegido entre los Doce *“para estar con Él”* (cf. *Mc 3,14*) niega ahora conocerlo y ser de ellos?

2) Cuando observamos cuidadosamente la relación de Pedro con Jesús vemos que generalmente no terminan sintonizando en el modo de pensar. Ya vimos algunos ejemplos, pero hay algunos más. En el monte de la transfiguración, por ejemplo, Pedro dirá: *“Señor, bueno es estarnos aquí. Si*

quieres, haré aquí tres carpas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías” (Mt 17,4). Es evidente la buena voluntad de Pedro, que no quiere hacer ninguna para sí y se ofrece generosamente para construir las de los demás. Pero *“mientras estaba todavía hablando”* continúa el desarrollo de los acontecimientos como ignorando Dios lo que Pedro proponía (v.5).

En otra parte, Pedro piensa que hay que perdonar hasta siete veces, y Jesús lo corregirá: hasta *“setenta veces siete”* (Mt 18,22). En la última cena, cuando Jesús le quiera lavar los pies, él se negará (Jn 13,6): sólo después de decirle que de otro modo no tendrá parte con Él, accederá (v.9). En Getsemaní, los discípulos que participan más de cerca de la escena con Jesús –Pedro, Santiago y Juan– se quedarán dormidos, pero el reproche se dirigirá en concreto a Pedro: *“¿Con que no han podido velar una hora conmigo?”* (Mt 26,40). Y en el mismo capítulo 21 añadido al Evangelio de Juan, cuando Pedro pregunte por la suerte del discípulo amado, Jesús le responderá: *“¿Qué te importa? Tú sígueme”* (v.22).

En realidad, vemos que Pedro queda muchas veces desconcertado, como en *off-side* (=fuera de juego). Su temperamento impulsivo le impide intuir mejor lo que el Señor piensa y quiere. Al respecto, su estilo parece diferenciarse y casi oponerse al del llamado ‘discípulo amado’, que siempre se da cuenta de todo: por ejemplo, en Jn 20,8 (*“Vio y creyó”*) o en 21,7 (*“Es el Señor”*). Por una parte, vemos que Pedro sabe que el Maestro lo aprecia: lo eligió de entre los primeros discípulos; habló desde su barca y probablemente en Cafarnaum se alojó en su casa; quiere edificar su Iglesia sobre él y pide que él mismo confirme a sus hermanos; lo hace partícipe de su transfiguración y de su agonía en Getsemaní; paga por él el tributo del Templo (Mt 17,24-27). Pero por otra, vemos que en las situaciones claves queda desconcertado, no entiende el proceder de su Maestro, lo ‘desconoce’.

Mirado así, Pedro dice la verdad cuando afirma en pleno proceso a Jesús: *“No lo conozco”, “no soy”* de ellos. Aunque haya profesado correctamente la fe en Él, no puede terminar de asegurar que conoce a Jesús, ni que se identifica con el grupo que comparte plenamente su proyecto, aunque sea un destacado miembro del de los Doce. Jesús lo desconcertó en muchas situaciones y verdaderamente, en aquel momento, llega a dudar de quién es él mismo: como afirma C. Martini, si en esos momentos le hubiéramos preguntado a Pedro: *“¿Quién eres?”*, probablemente no podría contestarnos debido a su confusión mental y

existencial. Quién era Jesús y quién era él: esto es lo que podría estar pensando Pedro junto al fuego en el patio del Sumo Sacerdote¹⁰.

Es por todo esto que la comunión de Pedro con Jesús no podía darse en la identificación de pensamiento o en el plano de las actitudes. En este contexto psicológico, cuanto más le afirmen que él era de los discípulos, a saber, que conoce y está con Jesús, él más tenderá a negarlo, pese a que su forma de hablar de galileo testifique que de hecho había querido conocerlo y estar con Él hasta las últimas consecuencias. En la oscuridad de la pasión le pasó lo que en el lago de Genesaret: se hundió por la poca fe, o por la fe inmadura o inconsistente (cf. *Mt 14,30*).

3) En realidad, Pedro sólo recapacitará después de la mirada de amor de Jesús; mirada que le recordará el afecto y la confianza que el Señor había depositado sobre él, pese a que sabía que Satanás lo cribaría como el trigo (cf. *Lc 22,31; Mt 16,23*); confianza y amor que se habían traducido en el encomendarle una misión: *“Cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos”* (*Lc 22,32*). Por eso es que Pedro llorará amargamente: se arrepentirá de no haber confiado él mismo en Jesús *“hasta el fin”* (*Jn 13,1*).

De este modo captamos más plenamente el sentido del epílogo añadido al Evangelio de Juan, que viene a ser como una recapitulación de la experiencia creyente de Pedro. Las circunstancias de la pesca nos recuerdan su llamado inicial; la comida, los momentos de fraternidad compartidos (cf. *Jn 6,1ss; 13,1ss*) como parte del grupo de los Doce; el diálogo que renueva su misión eclesial y se centra en el amor a Jesús *“más que a estos”*, nos testimonia que sólo quien ama conoce verdaderamente y se hace presente: como el discípulo amado al pie de la cruz. Por último, el llamado a dejarse *“ceñir y llevar a donde no quieras”* (cf. *21,18*), nos recuerda el aprendizaje fundamental de su seguimiento.

Lo esencial de nuestro seguimiento está en amar con el amor con que Jesús nos ama. Él nos tiene paciencia en nuestro crecimiento. Incluso en nuestros desconciertos Él nos mira y nos espera con cariño. Porque lo importante no es que nosotros hayamos amado primero y que demos la vida por Él, sino que Él ame en nosotros con el Corazón de Dios y dé en nosotros la vida por los demás. Esto sólo es posible si aceptamos que Él nos ame y dé su vida por nosotros.

¹⁰ Entre paréntesis, el desconcierto no era sólo de Pedro, como puede verse en *Jn 14,5*.

Para reflexionar:

La experiencia vocacional de Pedro nos pone frente a nuestra propia experiencia vocacional. La misma está vinculada indefectiblemente al conocimiento del Hijo de Dios y a una misión eclesial precisa. De aquí que podamos preguntarnos: ¿Cuáles fueron mis intuiciones vocacionales más significativas? ¿Qué me fascinó más de la persona de Jesucristo? ¿A qué, en concreto, me sentí llamado por aquél entonces? ¿Cómo estoy viviendo la fidelidad a esa incipiente experiencia fundante?

En contrapartida: ¿En qué circunstancias de mi vida he experimentado que no sintonicé con el concreto proyecto de Dios y que por eso quedé desconcertado? ¿Cuándo percibí la mirada misericordiosa del Señor que me animó a recapacitar y a mirar para adelante, consolidando mi experiencia creyente. ¿Qué es lo que aprendí en todo este proceso?

PABLO: ‘HABER SIDO ALCANZADO POR CRISTO’¹¹

El segundo icono neotestamentario en el cual nos vamos a detener es el de Pablo. De él poseemos los primeros escritos del Nuevo Testamento: en sus cartas queda plasmada la originalidad de la experiencia cristiana. Tomaremos como referencia el texto de *Gál* 1,11-24, en el cual Pablo relata cómo fue llamado por el Señor; y a partir de allí procuraremos percibir las consecuencias que ello tuvo en su vida personal y pastoral.

Comentaré los textos preferentemente en referencia a las que hoy son consideradas cartas auténticas de Pablo: *1 Tes* (del año 50, aproximadamente), *Fp*, *1 Cor*, *Gál*, *2 Cor*, *Rom* y *Fm* (más o menos del 63). El *Libro de los Hechos*, escrito unos diez años después de la muerte del Apóstol, puede darnos alguna información complementaria respecto a la recepción que la Iglesia hizo de su persona y mensaje.

¹¹ Cf. C. MARTINI, *Las confesiones de san Pablo*, San Pablo, Bogotá, 1994.

El Evangelio de Pablo

1) El relato de *Gal 1,11-24* se inscribe en el contexto de una apología personal de Pablo, en la que frente a la tendencia judaizante que estaba surgiendo en la comunidad de Galacia, el apóstol de los gentiles se ve obligado a recordarles la originalidad del verdadero Evangelio. Para ello recurre a su testimonio personal de encuentro con Jesucristo. *“El Evangelio anunciado por mí no es de orden humano, pues yo no lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo”* (v.12). Y más adelante: *“Cuando Aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo”* (vv.15-16).

Pablo subraya la gratuidad de la revelación por parte de Dios. Afirma claramente que no es de orden humano ni aprendido de hombre alguno. De hecho, se considera *“apóstol no de parte de los hombres ni por mediación de hombre alguno”* (1,1). Incluso más adelante Pablo se jacta de *“no pedir consejo ni a la carne ni a la sangre”*, y de *“no subir a Jerusalén donde los apóstoles anteriores a mí”* (vv.16-17). Sólo después de tres años dice haber visto a Cefas y a Santiago (vv.18-19), y las mismas Iglesias de Judea, vinculadas a una lógica tradición judaizante, no lo conocerán personalmente al menos hasta por aquel tiempo (v.22). La única referencia que tenían de él era que *“el que antes nos perseguía ahora anuncia la buena nueva de la fe [=euangelízetai] que entonces quería destruir”* (v.23).

Vinculado a esto último, Pablo da personalmente testimonio de su cambio. *“Ya están enterados de mi conducta anterior en el judaísmo, cuán encarnizadamente perseguía a la Iglesia de Dios y la devastaba, y cómo sobrepasaba en el judaísmo a muchos de mis compatriotas contemporáneos, superándolos en el celo por las tradiciones de mis padres”* (v.13-14). Esto mismo atestiguará la tradición lucana, vinculada precisamente a la predicación paulina, en *Hch 9,1-2.20-21*: *“¿No es éste el que en Jerusalén perseguía encarnizadamente a los que invocaban ese nombre?”¹²*.

Pablo hace referencia a su modo de vida anterior en el judaísmo, expresión que utiliza dos veces. La persecución de la Iglesia de Dios no era sino una manifestación de ese celo *“por las tradiciones de mis padres”*. Evidentemente, el Apóstol quiere mostrar con claridad la transformación que

¹² Cf. *Hch 22,4* y *26,9*.

Dios ha obrado en él, la cual divide su vida en un antes y un después. El ‘hacer’ –primero perseguir y después anunciar– es tan solo una expresión de esa experiencia de ‘revelación en él del Hijo’ que llegó a transfigurarle la vida. Como dirá más adelante en la misma carta, la experiencia de que *“no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí”* (2,20).

2) Decía que Pablo esgrime este testimonio personal en el marco de una tendencia judaizante en la comunidad de Galacia. Ella insistirá en la necesidad de las obras de la ley, sobre todo de la circuncisión de los conversos venidos del paganismo. Se trata de la tendencia de los de Santiago, propia de la Iglesia en Jerusalén. Frente a ella, Pablo afirmará la gratuidad del Evangelio que él predica y la libertad respecto de la ley antigua con que hay que vivirlo.

Estas diferencias serán fuente de serios conflictos: *“Hay algunos que los perturban y quieren deformar el Evangelio de Cristo”*, dirá en 1,7. Y más adelante retomará el tema: *“El hombre no se justifica por las obras de la ley sino sólo por la fe en Jesucristo”* (2,16); *“si por la ley se obtuviera la justificación, entonces hubiera muerto Cristo en vano”* (2,21). Llega incluso a reprender con fuerza a la comunidad: *“¿Tan insensatos son? Comenzando por espíritu, ¿terminan ahora en carne?”* (3,3). Y acaba mostrando cómo en el fondo son motivos de reconocimiento humano los que animan a quienes promueven estas antiguas costumbres: *“Los que quieren ser bien vistos en lo humano, esos los fuerzan a circuncidarse”* (6,12). De este conflicto da prueba también Hch 15, donde incluso pese al talante conciliador de Lc se perciben las dos facciones opuestas de la Iglesia primitiva, que en referencia a Pablo queda plasmada en su separación de Bernabé: *“Se produjo una tirantez tal que acabaron por separarse el uno del otro”* (Hch 15,39). La tirantez justamente se producía porque Bernabé quería llevar consigo a Juan, llamado Marcos (v.37), hermano de Santiago (!) (12,2).

“No con la justicia mía [...], sino por la fe en Cristo”

1) Pablo atestigua en diferentes oportunidades la transformación profunda que produjo la experiencia de ‘revelación en él del Hijo’. Transformación vinculada a la convicción de una vocación personal y de una misión entre los gentiles, la cual le hace relativizar lo que antes consideraba

importante: el celo por la ley. Algunos textos nos pueden ayudar a ‘entrar’ en el Pablo convertido a Cristo.

El primero tiene que ver con el mismo acontecimiento *kerymático* de Cristo, convertido en central en la experiencia creyente del Apóstol: *“Les transmití [...] lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez [...], y en último término se me apareció también a mí”* (1 Co 15,3-8). Este evento tiene para Pablo consecuencias ético-antropológicas decisivas: *“El que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo”* (2 Co 5,17), lo cual hace entender que *“ninguna condenación pesa ya sobre los que están en Cristo Jesús. Porque la ley del espíritu que da vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte”* (Rom 8,1-2).

De cara al evento Jesucristo, todo aquello que con anterioridad a la conversión se valoraba, ahora deberá ser relativizado. Sobre todo, la tendencia a justificar la vida mediante el propio esfuerzo, sin percibir en ella que existe un ‘don’ radical. Al respecto, Pablo dirá de sí mismo: *“Circuncidado el octavo día; del linaje de Israel; de la tribu de Benjamín; hebreo e hijo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la Iglesia; en cuanto a la justicia de la ley, irreprochable. Pero lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no con la justicia mía, la que viene de la ley, sino la que viene por la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios, apoyada en la fe”* (Fp 3,5-9).

La experiencia de la revelación en él del Hijo hace vivir a Pablo una más profunda conciencia vocacional y misionera, centrada en el anuncio del Evangelio a los gentiles: *“Llamado a ser apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios”* (1 Co 1,1; cf. 2 Co 1,1; Rom 1,1); *“Dios, a quien venero en mi espíritu, predicando el Evangelio de su Hijo”* (Rom 1,9); *“No me envió Cristo a bautizar sino a predicar el Evangelio”* (1 Co 1,17); *“Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!”* (1 Co 9,16-17); *“Les he escrito (...) en virtud de la gracia que me ha sido otorgada por Dios, de ser para los gentiles ministro de Cristo Jesús”* (Rom 15,15-17).

Sin embargo, Pablo sabe muy bien que la misión de anunciar el Evangelio no es una tarea que exima del conflicto. Todo lo contrario: él mismo deberá predicarlo en medio de tribulaciones. *“No me avergüenzo del Evangelio, que es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree”* (v.16); *“Con sumo gusto seguiré glorificándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo (...). Cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte”* (2 Co 12,9-10); *“Sé andar escaso y sobrado (...). Todo lo puedo en Aquel que me conforta”* (Fp 4,12-13).

2) Desde los textos que acabo de transcribir podemos intentar hacer una más minuciosa aproximación psico-espiritual a la experiencia fundante de fe en Pablo.

Pienso que hasta la ‘revelación en él del Hijo, Pablo tenía dos títulos de gloria para apoyar su autoestima. El primero, secular y menos importante, era el de haber nacido en Tarso (cf. *Hch* 9,11; 21,39; 22,3), lugar que automáticamente otorgaba ciudadanía romana. Esto le confería un cierto reconocimiento en la sociedad de su tiempo, especialmente en relación a las autoridades romanas.

El segundo, mucho más significativo, era el de ser fariseo ‘de pura cepa’, educado a los pies de Gamaliel, un reconocidísimo rabino de su tiempo, y un fiel practicante de las tradiciones de los Padres. El ideal de vida en Pablo se apoyaba sobre todo en este segundo motivo de gloria; y lo llevaba hasta las últimas consecuencias persiguiendo a quienes se apartasen de este camino.

Pero en un determinado momento de su vida, cuando Dios lo *“llamó por su gracia y tuvo a bien revelar[le] a su Hijo”*, la vida de Pablo sufrió una profunda mutación. Pablo no da muchos detalles de este proceso de transformación en su *in fieri*. El *Libro de los Hechos*, en cambio, nos ofrece algunos detalles teológicos significativos. Dice que *“le rodeó una luz venida del cielo”* (9,3); y luego *“aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada”* (v.8).

Estas imágenes, que no hay que tomar necesariamente de un modo histórico-literal, expresan lo propio de un proceso de conversión. Algo muy importante, una experiencia ‘tremenda y fascinante’ de Cristo ilumina la vida, pero todavía no se está plenamente capacitado para recibir esa novedad, y se experimenta una ‘ceguera’ por ‘exceso de luminosidad’, por inadecuación personal a esa nueva luz que irrumpe. Pablo ya no puede ver con los ojos de

antes (según él, ‘carnales’), pero tampoco puede todavía ver con los ojos transfigurados de la fe (según él ‘espirituales’, cf. *Gal 5*).

San Juan de la Cruz describe este proceso ‘pasivo’ de crecimiento con la noción de ‘noche oscura’:

“Por tres cosas podemos decir que se llama *noche* este tránsito que hace el alma a la unión de Dios: La primera, por parte del término [de] donde el alma sale, porque ha de ir careciendo el apetito de todas las cosas del mundo que poseía, en negación de ellas [...]. La segunda, por parte del medio o camino por donde ha de ir el alma a esta unión, lo cual es la fe, que es también oscura para el entendimiento como noche. La tercera, por parte del término adonde va, que es Dios, el cual ni más ni menos es noche oscura para el alma en esta vida. Las cuales tres noches han de pasar por el alma, o por mejor decir, el alma por ellas, para venir a la divina unión con Dios” (*Subida al monte Carmelo*, I, 2,1)¹³.

Los *Hechos de los Apóstoles* dicen que Pablo “*pasó tres días sin ver, sin comer y sin beber*” (9,9); un número simbólico que lo asocia al misterio pascual de Cristo: “*El Hijo del hombre debe sufrir mucho, y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar el tercer día*” (*Lc 9,22*; cf. 9,44; 12,50; 17,25; 18,31-33). Se trata más bien de un tiempo psicológico, necesario para reestructurar la propia personalidad en torno a un nuevo ideal: no ya el de la ley por las obras, a la cual considerará ‘basura’ y a éstas ‘necedad’, sino el de Cristo por la fe –‘fuerza y sabiduría de Dios’ y al que se accede ‘gratuitamente’. Pablo hace el descubrimiento de que el hombre no justifica su existencia por lo que hace, sino por el don gratuito de Dios en él. Esto es lo que verdaderamente libera al hombre: experimentar la ‘amabilidad intrínseca’ (A. Cencini) del propio ser, lo cual surge del sentirse y ser en verdad plenamente agraciado como hijo de Dios en el Hijo “*que me amó y se entregó a sí mismo por mí*” (*Gal 2,20*).

Pablo consignará por escrito esta experiencia en la misma carta: “*Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido*

¹³ “La *oscuridad* que aquí dice [...] es acerca de los apetitos y potencias sensitivas, interiores y espirituales, porque todas se escurecen de su natural lumbre en esta noche, por que, purgándose acerca della, puedan ser ilustrados acerca de lo sobrenatural; porque los apetitos sensitivos y espirituales están dormidos y amortiguados, sin poder gustar la cosa ni divina ni humana; las afecciones del alma oprimidas y apretadas, sin poderse mover a ella ni hallar arrimo en nada; la imaginación atada, sin poder hacer algún discurso de bien; la memoria acabada, el entendimiento entenebrecido, sin poder entender cosa, y de aquí también la voluntad seca y apretada y todas las potencias vacías y inútiles; y, sobre todo esto, una espesa y pesada nube sobre el alma, que la tiene angustiada y ajena de Dios. Desta manera, a *escuras*, dice aquí el alma que iba *segura*” (*Noche oscura*, II, 16,1).

bajo la Ley, para rescatar a los que se hallan bajo la Ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva. La prueba de que somos hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios” (4,4-7). Esta experiencia fundante le hará vivir a Pablo en la acción de gracias, y le dará una profunda libertad interior, gozo y una dedicación a pleno –pese a todas sus tribulaciones– al ministerio de evangelización que Dios le encomendara. No será más él quien viva, sino Cristo en él (ver 2,20).

De Pablo a nosotros

También nosotros vamos haciendo a lo largo de la vida un proceso de conversión e iluminación progresivo que se inscribe dentro del dinamismo pascual (bautismal) de nuestra vida de hijos de Dios, y que nos lleva a una plena transfiguración en Cristo. Es un proceso animado ante todo por la libre y gratuita iniciativa de Dios, a la que nosotros estamos llamados a corresponder, pero nunca a reemplazar ni a anticipar. En este itinerario hay etapas, jalónadas por momentos fuertes en los cuales nuestra transformación interior es más notoria.

Un momento clave es el llamado vocacional, vinculado a un encuentro mucho más personalizado con el Señor hacia finales de la adolescencia. Otro, la experiencia de cercanía a una opción de vida definitiva (matrimonio, ordenación, profesión perpetua). Luego, unos años después, la confrontación existencial entre el ideal y la realidad. Más tarde, la crisis de la mitad de la vida. Por último, la experiencia de la ancianidad, y la del paso definitivo a la casa del Padre.

Cada uno de estos momentos evolutivos en la psicología de la persona se ve introducido por una cierta ‘crisis vital’, vinculada a un tiempo de ceguera o ‘noche’ que pone en juego la fe acrisolada por el individuo hasta el momento, las mejores fuerzas de su libertad personal, y la acción sanante y elevante de Dios que obra con su gracia. El fruto de este pasaje es, Dios mediante, un crecimiento humano y espiritual, un redimensionamiento pascual de la persona en relación al cual se comienza a considerar menos importante (“*basura*”) todo lo hecho y vivido hasta el momento. Cuando así “*Dios tiene a*

bien revelar en mí a su Hijo” mi vida cambia cualitativamente: todo lo anterior se relativiza y aparece como de inferior valor.

Estas experiencias pueden darse con mayor o menor intensidad y consecuencias, de acuerdo con la gracia de Dios y a la mayor o menor generosidad y apertura de cada uno de nosotros al Espíritu.

Para reflexionar:

Podemos preguntarnos ahora acerca de nuestra propia experiencia de conversión, iluminación y transfiguración. Mirando a Pablo, nos vemos invitados a tomar conciencia de los momentos de crecimiento y maduración en la fe más significativos que cada uno ha vivido en este último tiempo. ¿En qué sentido voy internalizando en Jesucristo una vivencia más agradecida y gratuita de la vida? ¿Puedo ir diciendo “no soy yo, sino Cristo quien vive en mí”? ¿O todavía percibo en mí una necesidad imperiosa de apoyarme en otras seguridades, más bien humanas y ‘legales’, para dar sentido a mi existencia y sentirme más a gusto conmigo mismo?

¿Cuál es, hoy por hoy, mi ‘real ideal’ de vida? La experiencia de vida gratuita (=en la gracia), ¿me hace vivir con gozo? ¿Me conduce al reconocimiento, aceptación y valoración de los demás? ¿Me fortalece en las pruebas? ¿Me ayuda a dedicarme con libertad interior y entusiasmo a lo que la Iglesia y los hombres de hoy me van pidiendo?

Por último, ¿qué cosas que antes eran importantes para mí hoy ya no lo son tanto, o incluso son ‘basura a causa del conocimiento de Jesucristo’?

MARÍA, DISCÍPULA MISIONERA

Tanto la Sagrada Escritura como la *Lumen Gentium* (capítulo VIII) o la encíclica *Redemptoris Mater* (=RMa) presentan a la ‘mujer-madre’ asociada a Jesucristo y a la Iglesia. Con este marco de referencia, nos adentraremos a la figura creyente y eclesial de María como discípula misionera (DA 266-272). Intentaremos esta aproximación siguiendo las sugerencias que san Ignacio de Loyola da para la meditación contemplativa: *ver* a las personas (EE 106); *oír*

lo que hablan (EE 107); *mirar* lo que hacen (EE 108); *reflexionar*, de modo orante, *para sacar provecho* (EE 106-109).

El silencio de María

Este era el título de un conocido libro de I. Larrañaga. Expresa el talante contemplativo que tuvo la vida de la humilde hija de Sión. Pocas palabras nos refieren *de y sobre* María los libros bíblicos. De ahí que tengamos que detenernos ‘delicadamente’ sobre cada una de ellas para llegar al corazón creyente y maternal (cf. LG 60-61) de “la hija predilecta del Padre” (LG 53), quien por su “obediencia de fe” se convirtió en mediadora universal (ver LG 62).

“María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón” (Lc 2,19). *“Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón”* (2,51). El silencio de María no es solamente la ausencia de una actitud locuaz. Es un silencio meditativo y contemplativo para ‘rumiar’ cuidadosamente *“todas estas cosas”* en su corazón. En griego, *rémata* significa ‘cosas’, ‘palabras’, ‘eventos’, ‘acontecimientos’: es el equivalente al hebreo *dabar*. El silencio de María es el que le permite ubicarse con toda su existencia desde una perspectiva teologal, desentrañando la riqueza de lo que sucede para que no se le pase desapercibida la historia sagrada, el tiempo salvífico o *kairós* que constituye cada pequeño y aparentemente insignificante hecho de la vida cotidiana.

Por supuesto que en la vida de María hay una experiencia fundante, que es la que le permite, como a nosotros, hacer luego una lectura creyente de lo de cada día. De hecho, la primera vez que se afirma que María *“guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón”* (Lc 2,19), se lo hace en relación a lo que los pastores decían haber escuchado: *“Hoy les ha nacido un Salvador”*. La experiencia de la maternidad divina es el centro hermenéutico de la vida de María, tanto para ella como para nosotros: *“Al llegar a la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer”* (Gál 4,4).

Esta experiencia de ser madre del Altísimo es la que le permite seguir descubriendo en lo de todos los días la presencia del Dios-con-nosotros. Por eso la segunda vez que se afirma que *“su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón”* (2,51), se lo hace en relación con su vida

cotidiana en Nazaret, donde *“Jesús crecía en edad, estatura, sabiduría y gracia”*.

Así podríamos decir que lo que María conservaba y rumiaba estaba vinculado fundamentalmente al misterio del Hijo de Dios: en relación a él meditará contemplativamente lo importante de la fe y de los hombres.

Mujer de escucha

En el marco de una fundamental actitud contemplativa, María escucha algunas palabras que la Sagrada Escritura nos transmite.

1) *“Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo [...]. Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo”* (Lc 1,28.31). Estas son las palabras más significativas que María escuchó y acogió en su corazón. Son palabras que transmiten entusiasmo: *“¡Alégrate!”* Con la palabra *jaíre* se saludaban las buenas noticias: era un saludo de paz, optimismo y gozo. *“Llena de gracia”* (*kejaristomene*). María es preparada desde su concepción (inmaculada) para ser Madre de Dios; el Espíritu de Dios la inunda de su presencia; en ella se realiza anticipadamente el ideal de la humanidad nueva. *“Vas a concebir en el seno [...]. Le pondrás por nombre Jesús (Ieshúa)”*. María es la Madre de Dios (*Theotokos*), esposa del Altísimo. En ella se realiza ‘admirablemente’ el misterio de la Encarnación, y así se convierte en ‘arca de la nueva alianza’. De ella nos nace el Salvador, motivo de ‘alegría para todo el pueblo’. En María llega a su cumplimiento la promesa mesiánica, a través de ella se manifiesta *la plenitud de los tiempos*” (RMa 8).

Con estas palabras se profundiza en la Virgen-Madre la experiencia del don de Dios en su vida y en la vida de su pueblo. Desde esta experiencia cumbre de sentirse agraciada en el Hijo es que se irá gestando el cántico de alabanza que hoy la Iglesia canta diariamente en la Liturgia de Vísperas.

2) *“Feliz la que ha creído, que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor”* (Lc 1,45). Isabel descubre en María a aquella que es feliz por haber creído; por haberse fiado de lo que le fue dicho de parte del Señor. Con Isabel, la Iglesia reconoce en María el ejemplo más preclaro de la fe; de aquella que realizó con fidelidad su “peregrinación de la fe”, incluso llegada la “hora” (cf. LG 58; RMa 17).

“En la anunciación María se ha *abandonado en Dios* completamente, manifestando ‘la obediencia de la fe’ a aquel que le hablaba a través de su mensajero y prestando ‘el homenaje del entendimiento y de la voluntad’ (DV 5). Ha respondido, por tanto, con todo su ‘yo’ humano, femenino, y en esta respuesta de fe estaban contenidas una cooperación perfecta con ‘la gracia de Dios que previene y socorre’, y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, que ‘perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones’ (*ib.*)” (RMa 13b).

Es esa actitud de autotranscendencia teocéntrica, que se expresa en un abandono total en las manos de Dios, la condición última que posibilita vivir en el verdadero gozo: en el ‘sí’ generoso de cada creyente la Iglesia sigue haciéndose eco del gozo de María.

3) “*Y a ti misma, una espada de dolor te atravesará el alma*” (Lc 2,35). “*¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debía estar en la casa de mi Padre?*” (2,49). María no sólo escuchará en su vida palabras agradables. Tendrá que escuchar también palabras duras, difíciles de entender. Particularmente las que provengan de su propio Hijo. En todo caso, las palabras de Simeón en el Templo serán tan sólo un anticipo del misterio de la cruz que acompañará su peregrinación creyente.

Y esto porque la vida de Jesús se abre al servicio de Dios. Nadie lo posee ni por nadie puede ser poseído. Ir aprendiendo estas cosas fue difícil para María, que de momento ‘no entendía’. Ella deberá ir asumiendo que su felicidad no tendrá que estar prioritariamente en el haber llevado en su seno a Jesús y haberlo amamantado, como lo proclamaba una mujer de la zona (cf. Lc 11,27), sino en escuchar sus palabras y ponerlas en práctica, permaneciendo también en la ‘casa del Padre’. Esta nueva experiencia la vinculará de una manera más significativa y decisiva a su Hijo en la nueva familia de los hijos de Dios (“*¿Quiénes son mi madre y mis hermanos...?*” [ver Lc 8,20-21]).

4) “*Mujer, ahí tienes a tu hijo*” (Jn 19,26). Al pie de la cruz, María comparte corredentoramente la ‘noche de la fe’ junto a su Hijo. Desde el inmenso dolor de la Madre que contempla a su Hijo sin “*apariencia ni presencia*”, sin “*aspecto que pudiésemos estimar, despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro*” (Is 53,2-3), María acoge las últimas palabras que Jesús le dirige y que la Biblia nos transmite: “*Mujer, ahí tienes a tu hijo*”.

En ese desprendimiento que María hace del Hijo por la fe, asume simultánea y libremente la vocación de ser madre de cada discípulo amado que permanezca de pie junto a la cruz. Madre de todo creyente y de cada representante del género humano que pasa por la 'hora del dolor'. Como se lo dirá María misma a Juan Diego en Guadalupe: "Escucha, ponlo en tu corazón, ¿no estoy aquí, que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos?".

En esta actitud materna, María es icono de la Iglesia Madre, sacramento de la íntima comunión entre Dios y los hombres, llamada a acoger a *hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación* para que descubran su dignidad y vocación a ser hijos en el Hijo, particularmente participando de su Pascua. Esta vocación eclesial la realiza privilegiadamente cada mujer que, por la propia experiencia o apertura a la maternidad, como María, queda vinculada a cada hombre "real", "concreto", "histórico" (cf. *RH* 13). En los 'dolores de parto' de la 'madre' –que es la mujer cuando da a luz, María al pie de la cruz, la Iglesia cuando es perseguida, o cada uno de nosotros en las tribulaciones de su vida– 'ella' descubre el llamado a realizarse en el "don sincero de sí misma a los demás", 'haciéndose cargo' del hermano que sufre y del pobre.

Creyente que toma la palabra

María no es solamente la mujer del silencio y la escucha: también 'toma la palabra'. Y lo hace para preguntar por la fe a la que asiente, para asentir a la fe por la que pregunta, y para alabar agradecida y testimonialmente al Señor.

1) "*¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?*" (Lc 1,34). "*Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?*" (2,48). María pregunta por la fe que no comprende. No se trata de la actitud escéptica del anciano Zacarías ("*¿En qué lo conoceré?*" [Lc 1,18]) que pide un signo para dar el paso de la fe; sino la de la joven María que creyendo busca entender lo que cree. La pregunta de María es la de la nueva Iglesia, y no la del antiguo Israel. Esta misma pregunta es la que hace a su Hijo en el Templo ("*¿Por qué nos has hecho esto?*"), donde aceptando su conducta inquiere por el sentido de lo que hace Jesús. En ambos casos, se trata de la palabra puesta al servicio de un acto de fe más pleno y totalizante.

2) *“He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”* (Lc 1,38). En segundo lugar, la palabra de María expresa la dimensión autoimplicativa de la fe. Por la palabra, María consigna totalmente el propio ser a Dios, y se entrega a su misterioso proyecto incondicionalmente “sin reserva, sin retorno, sin volver atrás, por amor más que por cualquier otro motivo” (S. Miguel Garicoïts).

“Este *fiat* de María –‘hágase en mí’– ha decidido, desde el punto de vista humano, la realización del misterio divino. Se da una plena consonancia con las palabras del Hijo que, según la *Carta a los hebreos*, al venir al mundo dice al Padre: ‘Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo... He aquí que vengo... a hacer, oh, Dios, tu voluntad’ (Hb 10,5-7) [...]. María ha pronunciado este *fiat* por medio de la fe. Por medio de la fe se confió a Dios sin reservas y ‘se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo’ (LG 56)” (RMa 13c).

En María queda de manifiesto cómo la persona humana sólo se encuentra con lo mejor de sí misma en la entrega irrevocable de sí a Dios y por amor a Él.

3) *“Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava”* (Lc 1,47-48). María toma la palabra también para alabar a Dios, para relatar los acontecimientos salvíficos en su historia personal y colectiva, para proclamar su fe y expresar su confianza incondicional en el Dios fiel y misericordioso de la Alianza. El gozo de la alabanza es el resultado de constatar que en la vida de la ‘humilde esclava’ todo es don del ‘Dios-Salvador’.

“Las palabras usadas por María en el umbral de la casa de Isabel constituyen una *inspirada profesión de su fe*, en la que *la respuesta a la palabra de la revelación* se expresa con la elevación espiritual y poética de todo su ser hacia Dios. En estas sublimes palabras, que son al mismo tiempo muy sencillas y totalmente inspiradas por los textos sagrados del pueblo de Israel, se vislumbra la experiencia personal de María, el éxtasis de su corazón” (RMa 36a).

4) *“No tienen vino [...]. Hagan lo que Él les diga”* (Jn 2,3.5). Por último, María toma la palabra para solidarizarse con quienes están amenazados de perder la alegría, y los invita a confiar en su Hijo y a hacer lo que Él les diga. La palabra de María conduce a quien se siente pobre, frágil y limitado al seno de Dios. La palabra de María, acompañada por su testimonio personal, invita

a cada hombre y mujer al seguimiento de su Hijo, a poner lo mejor de sí para que la vida se vaya transfigurando cada vez más en una existencia ‘mejor que la del principio’.

“María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. *Se pone ‘en medio’, o sea, hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre*, consciente de que como tal puede –más bien ‘tiene el derecho de’– hacer presente al hijo las necesidades de los hombres [...]. *‘Hagan lo que él les diga’*. La madre de Cristo se presenta ante los hombres como *portavoz de la voluntad del Hijo*, indicadora de aquellas exigencias que deben cumplirse para que pueda manifestarse el poder salvífico del Mesías” (RMa 21).

Las actitudes de la Madre

Decía que la palabra de María es autoimplicativa. Su *“aquí está la servidora del Señor”* se expresará en la disponibilidad para compartir el servicio y el gozo de la fe; en su fortaleza para permanecer de pie y firme en la prueba; y en el sentido comunitario con que animará a la naciente Iglesia.

1) *“Se levantó María y fue con prontitud”* (Lc 1,39). María hace unos 100 km para ir a visitar a su prima. Se había enterado de que ella, ya anciana, estaba en los últimos tramos del embarazo. Y además tenía una alegría para compartir con Isabel: demasiado grande y misteriosa para una joven de quince años, demasiado buena e importante para no compartirse con otra mujer de más experiencia. La ‘prontitud’ de María sólo se entiende desde ambas urgencias: la necesidad de su prima anciana y el inmenso gozo que no podía dejar de comunicar.

No dice el texto bíblico con quién fue María. Lo cierto es que era raro que una mujer joven hiciese semejante viaje, aunque sea en una caravana, sin nadie que la acompañase, y más aún estando comprometida.

2) *“Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren verte”* (Lc 8,20). La segunda actitud de María es la de buscar a Jesús. Lo buscó en el templo cuando Él tenía doce años; y lo buscó de grande, durante su ministerio público. La vida de María fue una permanente búsqueda existencial de su Hijo, un continuo ‘avanzar en la fe’.

3) *“Estaba su madre junto a la cruz”* (Jn 19,25). María, que busca durante toda su vida al Hijo, lo termina encontrando al pie de la cruz. Allí ‘está’

con Él, y participa más que cualquier otra creatura del misterio de la Redención: porque normalmente la vida se redime en el sufrimiento si contamos con la presencia y cercanía de alguien que nos ama. María presente y cercana al Hijo se convierte en Madre presente y cercana a los hijos: al Corazón de Jesús que habiendo amado a los suyos los amó hasta el fin (*“Hasta la muerte y muerte en cruz”* [Fp 2,8]), se asoció corredentoramente el Corazón de María. De este modo, ella se convirtió en ‘medianera de todas las gracias’.

“Por medio de esta fe María está unida perfectamente a Cristo en su despojamiento [...]. A los pies de la cruz María participa por medio de la fe en el desconcertante misterio de este despojamiento. Es ésta tal vez la más profunda kénosis de la fe en la historia de la humanidad. Por medio de la fe la madre participa en la muerte del hijo, en su muerte redentora” (RMa 18c).

4) *“Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, de María, la Madre de Jesús”* (Hch 2,14). Por último, después de la resurrección, María persevera en oración con la comunidad, a la espera de Pentecostés. Se convierte así en Madre de la Iglesia naciente: del mismo modo que ella, animada por el Espíritu, agradecía y proclamaba su fe, también ahora la Iglesia tendrá esa misión. Y María será su modelo y ‘paradigma’.

“La Iglesia, edificada por Cristo sobre los apóstoles, se hace plenamente consciente de estas grandes obras de Dios el día de Pentecostés, cuando los reunidos en el cenáculo ‘quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse’ (Hch 2,4). Desde aquel momento *inicia* también aquel camino de fe, *la peregrinación de la Iglesia* a través de la historia de los hombres y de los pueblos. Se sabe que al comienzo de este camino está presente María, que vemos en medio de los apóstoles en el cenáculo *‘implorando con sus ruegos el don del Espíritu’* (LG 59)” (RMa 26a).

María en nuestra vida

“La Inmaculada, éste es nuestro ideal. Acercarnos a ella, hacernos semejantes a ella, permitir que ella tome posesión de nuestro corazón y de todo nuestro ser, que ella viva y actúe en nosotros y por medio nuestro, que pertenezcamos a ella sin restricción alguna: éste es nuestro ideal” (S. Maximiliano Kolbe).

“Apareció en el cielo una mujer vestida de sol” (Ap 12,1). La imagen del Apocalipsis es preferentemente eclesiológica: la mujer vestida de sol es la Iglesia que ha triunfado en las persecuciones; tiene doce estrellas como diadema que hacen referencia implícita al grupo de los Doce, expresión del ‘nuevo Israel’. Pero esta mujer también está por dar a luz a sus hijos y sufre dolores de parto: las persecuciones del mundo y sobre todo el Dragón quieren devorarlos. No obstante, el Dragón, la Serpiente antigua, no prevalecerá.

Esta imagen de la mujer también puede aplicarse análogamente a María (ver *RMa* 11), y así en referencia al anuncio escatológico del tiempo de una nueva humanidad María se convierte en su anticipo y en su expresión más plena: asunta al cielo en cuerpo y alma, “en ella la Iglesia ya llegó a la perfección” (*LG* 65). Este anuncio escatológico ya se hallaba prefigurado en el protoevangelio del libro del Génesis: *“Enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su talón”* (3,15). María es así “signo de esperanza cierta y consuelo para el pueblo de Dios peregrinante” (*LG* 68). De esto da testimonio la fe de nuestro pueblo latinoamericano:

“En nuestros pueblos, el Evangelio ha sido anunciado, presentando a la Virgen María como su realización más alta. Desde los orígenes –en su aparición y advocación de Guadalupe–, María constituyó el gran signo, de rostro maternal y misericordioso, de la cercanía del Padre y de Cristo con quienes ella nos invita a entrar en comunión. María fue también la voz que impulsó a la unión entre los hombres y los pueblos. Como el de Guadalupe, los otros santuarios marianos del continente son signos del encuentro de la fe de la Iglesia con la historia latinoamericana” (*DP* 282).

Para reflexionar:

Podríamos preguntarnos: ¿Tengo una mirada de fe sobre lo que me toca vivir? ¿Trato de desentrañar desde esa mirada el misterioso proyecto de Dios oculto en la cotidianidad de la vida?

Tomar conciencia del don de Dios en nuestra vida es condición indispensable para vivir en actitud agradecida de alabanza, para aceptar las leyes del desprendimiento, y para asumir la vocación de acoger al hermano menesteroso. ¿Cuál es hoy mi acción de gracias existencial? ¿Qué motivos tengo para alabar a Dios? ¿En qué desprendimiento concreto el Señor me

invita a crecer? ¿De qué persona ‘concreta, real, histórica’ me invita a hacerme cargo?

María compartió su fe, se mantuvo disponible, buscó al Señor durante toda la vida y lo halló al pie de la cruz, convirtiéndose así en icono de la Iglesia naciente. ¿Qué estoy haciendo hoy de ‘significativo’, no humanamente hablando, sino a la luz de la fe, en relación a los hermanos, a Jesús y a la Iglesia?

Por último: ¿Qué lugar ocupa María en mi vida? ¿Qué significación existencial tiene en mi profesión de fe?

* * *

Conclusión

Podríamos intentar una mirada de conjunto sobre los seis personajes bíblicos en los que nos hemos detenido.

Mientras que en *Abraham* se nos presenta de un modo radical el ideal y las exigencias de todo itinerario vocacional, en *Moisés* aparecen las dificultades y desafíos inherentes a todo discipulado misionero: para poder acompañar pacientemente a los demás, primero tenemos que haber hecho nosotros mismos esa experiencia fascinante y tremenda de convertirnos en auténticos creyentes.

En *David* convergen tanto la grandeza humana como el pecado, ese amplio abanico de actitudes que suele jalonar la vida de todo itinerante en la fe y que surgen de lo profundo del propio ser, muchas veces misteriosa e incomprensiblemente. También en *Pedro*, en cierto modo, colisionan las generosas iniciativas humanas del amigo de Jesús con el duro aprendizaje espiritual y el desconcierto por el que deberá transitar en la noche oscura de la fe.

En *Pablo* sale a la luz lo que podríamos denominar el corazón del Evangelio, eso más importante que estamos llamados a descubrir y comunicar: que la vida es ante todo un don de lo alto, y no tanto una conquista personal. En efecto, para el Apóstol de los gentiles lo más

importante es que el Señor nos haya amado y se haya entregado por nosotros/as.

Por último, en *María* aparece el ideal abrahámico plenamente vivido y redimensionado. En ella podrían espejarse todos los demás itinerantes bíblicos y también nosotros para dejar obrar al Espíritu con docilidad: la vocación y misión de Moisés, la grandeza y misericordia de cara a David, la sabiduría profunda en referencia a Pedro, el Evangelio hecho carne de cara a Pablo.

A nosotros, peregrinos del siglo XXI, su ejemplo creyente y su intercesión materna nos permitirá llegar más fácilmente a la meta a la que aspira todo hombre y mujer de fe: el servicio dócil, desinteresado y gozoso a los hermanos y hermanas, como experiencia anticipada del Reino definitivo ya presente entre nosotros. Y como manifestación elocuente e incontrastable de que, verdaderamente, hemos llegado a ser amigos de Dios...

Discerniendo signos de los tiempos

OTRA CARTA DEL DIABLO A SU SOBRINO

A las conocidas cartas de C. S. Lewis (1942) habrá que añadir de ahora en más un nuevo texto de 1989 recientemente desclasificado. Se trata de un e-mail enviado por el Diablo a su archiconocido sobrino en donde le ofrece algunos consejos más para actualizar sus perversas estrategias del anti-Reino, con un proyecto a 30 años. Reconozco que de haber interceptado esta carta tres décadas atrás podría haber hecho muchísimo dinero.

* * *

Abominable sobrino:

Concluyendo ya tu MBA [=*Master in Business Administration*], me pedís consejos sobre algunos cauces prometedores para llevar adelante exitosamente tu diabólica carrera en los próximos años. Con mucho gusto, no podría ser de otro modo, te indicaré a continuación 12 estrategias de maldad creciente que mi larga y maléfica carrera me permite considerar como las más adecuadas para desterrar la presencia de nuestro Enemigo en el mundo y asfixiar definitivamente la vida humana en el planeta. Vos después hacé lo que puedas y hasta donde te dé el cuero, pero ya conocés el refrán: “El Diablo sabe por diablo, pero más sabe por viejo”...

En realidad, las claves son siempre las mismas:

(A) Hacer pasar un “bien aparente” como “bien real”: que algo parezca atrayente y conveniente para que los incautos se traguen el anzuelo. Para esto hay que dar por descontada la mediocridad generalizada de los humanos.

(B) Convencer a la gente de que “lo legal” es “lo moral”. Esto último nunca lo vas a poder modificar porque está impreso en la conciencia de las personas, pero lo primero es fácilmente manipulable y disponemos de muchas estrategias para corromperlo. Principalmente de dinero.

1) Hay que comenzar siempre por lo más sencillo e imperceptible. Te recomiendo los *créditos bancarios*. Por supuesto que son legales y muchas veces necesarios. La gente se tiente muy fácilmente, por eso para nosotros es casi un juego de niños. Hacés una publicidad insistente, llamás a domicilio en diferentes horarios, sobre todo cuando ves a la gente desanimada o en problemas. Las huellas digitales que en los próximos 30 años dejarán tus potenciales víctimas (los llaman clientes) te instruirán al respecto. Mandáles tarjetas a sus domicilios, decíles que han sido elegidos o que califican para un “beneficio” (¡la palabra “maleficio” espanta, ni se te ocurra usarla!), procurá a toda costa que te firmen la recepción de la misma, cualquiera de la casa (para eso, los ancianos son los más fáciles de convencer o engañar). Que siempre tengan disponible la tarjeta, para que en algún momento de debilidad... la activen. ¡Y vas a ver lo que pasa!

La ventaja de los créditos es el interés compuesto. La idea es que nunca puedan cancelarlos: el día que lo hagan, los “clientes” se liberarán, y eso es lo que ciertamente no queremos. Lo ideal es que siempre estén dispuestos a renegociar de acuerdo a sus posibilidades, sin perder nunca la voluntad de pago (ya que, si deben mucho y la pierden, entonces el problema pasará a ser nuestro). Y así, progresivamente, irán dedicando todas sus horas de trabajo, una tras otra, día tras día, año tras año, a ganar dinero para cancelar la deuda contraída: se convertirán en nuestros rehenes o esclavos. A quienes sean más prudentes y no quieran pactar con nosotros se los podrá maniatar a través de sus políticos, siempre dispuestos a contraer exorbitantes y por lo general injustificadas deudas públicas, para beneficio de unos pocos y pesada carga de muchos.

2) Un segundo “curro” es el de la *seguridad*. En la era líquida, la gente se siente insegura porque la falta de convicciones profundas y trascendentes pone de manifiesto la finitud y fragilidad humana. En esto estamos plenamente de acuerdo con nuestro Enemigo. Pero podríamos derivar esta percepción a cuestiones vinculadas con el contexto social, político, económico, etc. Y entonces, en lugar de rezar más (lo que para nosotros sería un rotundo fracaso), la gente estaría preocupada por contratar más seguros, poner más rejas, blindar sus puertas, contratar custodios, engrosar las fuerzas de seguridad, instalar cámaras, mejorar la seguridad informática, construir barrios cerrados, aislarse socialmente, edificar muros, desconfiar de todos, etc., iniciativas todas que mueven la economía.

Pero para que el negocio de la seguridad funcione, hay que instalar la sensación de inseguridad. Para eso tenés que valerte de los MCS y de periodistas inclinados a los escándalos, que fácilmente magnifican los problemas y conflictos porque en eso prosperan sus ganancias. La inseguridad real podés fogonearla con la difusión de drogas (¡los adictos están dispuestos a cualquier irracionalidad para conseguirlas!) y la venta de armas (¡el hombre las carga y yo las descargo!). Pero la forma más sencilla de propiciar inseguridad es creando disparidades sociales: si hacés crecer el coeficiente Gini en los pueblos del mundo y las desigualdades entre naciones, ¡el crecimiento de la violencia estará asegurado! “La inequidad es el nombre que siempre tuvo la violencia”.

3) Si querés tener éxito, hay que ir de a poco. Un tercer paso es la *industria del descarte*. Cuando las fábricas vendían todo lo que producían porque había demanda suficiente, los ingenieros se esforzaban por hacer bien las cosas para que duraran. Pero ahora que todo el mundo ya tiene algo, cada vez se complica más la venta de nuevos productos análogos. Esto impide que podamos seguir llenando y contaminando el medio ambiente con chatarra, desperdicios tóxicos y anhídrido carbónico.

Para solucionar este inconveniente hay dos estrategias: (A) una es la del *marketing* clásico, a saber, “lo que usted adquirió ya no sirve, no es lo mejor, es antiguo, compre nuevo”. ¿Quién podrá negar que fuimos honestos cuando Mundial tras Mundial hemos ido convenciendo a fanáticos del fútbol en todo el mundo de que en sus viejos televisores nunca podrían ver salir campeones a sus respectivos seleccionados? (B) Pero como lo anterior tiene su límite, lo mejor es programar la caducidad de los productos ya en fábrica. Que las cosas no duren, que se descompongan a tiempo y no puedan repararse. Que haya que descartar y volver a fabricar, consumir materias primas y contaminar el aire, el agua y la tierra. Para eso hay que mejorar más y más el diseño de lo que ofrecemos (que parezca más atractivo y apetitoso) y devaluar la calidad del trabajo y los insumos. Con esto se consigue además abaratar los costos y abreviar el tiempo que antiguamente consumía la investigación o los pacientes tiempos de prueba de los productos que se lanzaban al mercado, y que tanta y tan buena mano de obra generaban.

De este modo, siempre se podrán crear y promover marcas nuevas como las mejores y más convenientes del momento, sabiendo que en unos años agotarán su vida útil, haciendo el desprestigio que les llegue el tiempo de caducidad como a las que las precedieron, para ser reemplazadas por

otras que resultarán a futuro igualmente fugaces. También puede inducirse indirectamente el reemplazo voluntario de los artefactos por parte de los usuarios haciendo que identifiquen autoestima, reconocimiento social e imagen pública con capacidad de compra; o provocando su obsolescencia con un nuevo *software* que exija más memoria para su almacenamiento o funcionamiento.

4) Un pasito más es el de los *transgénicos*. Dentro de unos años la biogenética se habrá desarrollado de un modo hasta ahora impensado. La nueva tecnología se podrá aplicar tanto a los cultivos como a razas animales y humanos. En nuestro plan de trastocar la obra creacional del Enemigo, ¡no me digas que no constituye una magnífica herramienta! Pero como siempre, comencemos de a poco, en este caso por las semillas. No será difícil convencer a la gente de que se trata, en sí mismo, de un plan loable. Los campos rendirán más, y con las semillas modificadas podrá alimentarse a un número cada vez mayor de personas hambrientas. Solo más tarde advertirán que los nuevos cultivos irán siendo cada vez más *commodities* destinados a la producción del biodiesel utilizado por automóviles en regiones desarrolladas, y cada vez menos a producir alimentos para los países pobres que los generen.

Nuestra estrategia principal será la de adueñarnos de las patentes, después de fabricar semillas que sirvan para una sola campaña sin posibilidad de reproducirse en la siguiente. De este modo, iremos creando un monopolio. Los agricultores irán perdiendo de a poco la diversidad de semillas que fueron descubriendo, seleccionando y en cierto modo produciendo sus ancestros generación tras generación. La resistencia a las inclemencias del tiempo y el rinde de nuestros nuevos productos, compatibles a su vez con la utilización de plaguicidas que contaminan las napas de agua y los ríos, hará muy seductora nuestra propuesta. Países enteros dedicarán sus tierras a monocultivos y acorralarán a su población en megalópolis, en las que el anonimato, las desigualdades, el estrés y la violencia irán en aumento. Por lo demás, cuando logremos reunir toda la información y beneficio de las patentes en una o dos corporaciones mundiales ya no dependerá del Otro, sino de nuestro mero interés comercial, “dar el pan de cada día”.

5) El *agua* es el gran negocio del futuro, de ahí que te recomiendo los negocios inmobiliarios vinculados a zonas con grandes acuíferos, glaciales y ríos. Con el crecimiento de la población mundial (que por un lado la requiere y por otro la contamina con sus heces y deshechos), el cambio climático que

derretirá hielos polares y glaciales, la demanda hídrica de empresas mineras, y la progresiva contaminación de napas y ríos por efecto de nuestros agroquímicos, el agua dulce comenzará a escasear: el filtrado natural de la misma no dará a basto. Entones se verá algo absolutamente novedoso: ¡comenzaremos a vender agua en botellas! El agua comenzará a tener precio y a cotizar en bolsa, y el uso del *Pet* acabará contaminando los mares (¡habrá más toneladas de plástico que de peces en los océanos del mundo!). Los más pobres ya no podrán acceder al agua de calidad, y entonces padecerán de viejas o nuevas enfermedades relacionadas con su falta de potabilidad. Esto reducirá notoriamente la calidad y expectativas de vida de las poblaciones con mayor sabiduría ancestral y sensibilidad social para limitar nuestro maligno accionar en el mundo.

6) Como habrás notado, un negocio vinculado al agua es el de la *tierra*. Gran parte de las mejores tierras serán las que tengan agua. Se cotizarán cada vez mejor. Incluso podrías adquirir tierras aparentemente estériles, y luego asociarte a *lobbies* empresariales con políticos que desarrollen obra pública a nivel de infraestructura (vg., represas, caminos, electricidad), aumentando de ese modo exponencialmente el valor de las antiguas, y ahora tuyas, tierras fiscales con recursos o endeudamientos de los respectivos Estados. Los inmuebles, y de un modo particular la tierra, no solo mantendrán su valor, sino que lo multiplicarán. Ofrecé a cambio de estos tesoros algunos billetes de papel, en el color, nacionalidad e idioma que te parezca, porque todos ellos inevitablemente irán perdiendo por completo su valor. Y luego ya sabés: especulá con la necesidad. Tanto personas privadas como gobiernos estarán dispuestos a pagarte más y más por tus propiedades compradas a precio de ganga. ¡Habrá familias que con el trabajo de toda sus vidas no conseguirán acceder a una sencilla vivienda! Ya verás que será un juego muy divertido.

7) Por supuesto, entonces, junto al negocio de la tierra el de la *vivienda*. Si la gente se siente insegura en un barrio, tratará de irse a vivir a otro. Si también allí se siente insegura (aseguráte que la desigualdad incrementa la violencia), buscará zonas residenciales cerradas. En alguna de tus muchas hectáreas previamente adquiridas, construí a bajo precio y vendé a montos exorbitantes elegantes viviendas (no importa que después duren poco, sino que el deterioro comience una vez vencida la garantía). Declará un costo mayor de construcción, y aprovechá la diferencia para lavar dinero sucio (en los puntos siguientes te daré algunas nuevas ideas de cómo producirlo).

En todo caso, tratá de que sus compradores sean personas de extracciones diversas pero de lo más *top*, para que queden “en el mismo lodo todos manoseaos”: actores del mundo de la política y la farándula, habilidosos del deporte y las finanzas, ingenieros de la justicia y la industria. Que para compensar su inversión declaren sus propiedades por menos, evadan impuestos a lo grande, y que en lo posible mantengan a su personal en negro. Llegado el caso, tolerá que se construya un templo en honor del Enemigo: ¡para que ofrezca esa cínica imagen de santidad que a nosotros tanto nos complace y beneficia! Ya conocés el clásico adagio latino: *Pessima corruptio optimi* (“Lo pésimo es la corrupción de lo óptimo”): siempre encontrarás algún “líder religioso” cuya vida y decisiones te ayude a recordarlo. Al respecto, algún escandalete *grosso* en el seno de la Iglesia Católica nos vendría “como anillo al dedo”.

8) ¿No me digas que no se están poniendo interesantes mis consejos? El Viejo Vizcacha es un poroto al lado nuestro. Pero no nos conformemos solo con esto y vayamos por más. Algo de lo que las personas son muy recelosas es de su propia *libertad*. Las personas quieren vivir bien. Por eso migran a países donde las condiciones de vida son mejores, buscan empleos que les permitan prosperar, y sobre todo, no quieren ir a la cárcel. El negocio está claro: vendéles libertad. Vendéles (A) la posibilidad de emigrar y acceder a una visa o documento de residencia que les permita trabajar, (B) contactos prometedores en universidades prestigiosas aunque luego queden desocupados, (C) el futuro a cambio de su presente, y así aceptarán condiciones de trabajo inhumanas, (D) ilusiones a cambio de sus vidas reales.

Sobre todo, vendéles no ir a la cárcel por corrupción. Cualquier abogado penalista sabe lo lucrativo que resulta defender a un criminal “consumado” [=con-sumas de dinero en su haber]: narcotraficantes, estafadores, funcionarios públicos inescrupulosos, delincuentes de guantes blancos, encubridores profesionales, etc. Inducí a las personas a identificar libertad (“bien real”) con transgresión (“bien aparente”), y abrirás un creativo mundo de posibilidades insospechadas.

9) Pasemos ahora a la *trata de personas*. Como sos mi sobrino, te hablo abiertamente: los eufemismos los buscaremos después. Está claro que la prostitución es un buen negocio: pero en esto no hay nada nuevo bajo el sol, ya que es la profesión más antigua del mundo y además se la tolera en casi todos lados como mal menor. Lo nuestro es emprender e innovar: eso ya funciona y por eso no nos interesa. La explotación laboral es más sutil e

interesante. Por un futuro mejor las personas son capaces de hipotecar su presente. Estarán dispuestas a trabajar duro y en condiciones inhumanas, a cambio de la más tenue esperanza, aunque luego ésta siempre se les esfume y los defraude. Al fin de cuentas, le echarán la culpa al Adversario.

Las mejores víctimas son los inmigrantes, especialmente los indocumentados: tendrán todas las obligaciones y ningún derecho. Al trabajar en negro se les podrá pagar mucho menos, no asumir responsabilidades patronales, y en caso de problemas, denunciarlos y expulsarlos del país: ya saben casi todos, que de regreso a sus lugares de origen puede esperarles la muerte, el hambre, o en el mejor de los casos, una marginación social absoluta. De modo que sin duda aceptarán sin retobarse. Si se rebelan y aspiran a mejorar sus condiciones, basta con convencer a las personas más influyentes del entorno para que nadie más las contrate: así se curará el mal de raíz y habrás desterrado por completo el anhelo de trabajo digno.

Sin embargo, no te entusiasmes demasiado, ya que en algunos casos habrá que hacer las cosas legalmente, lo cual no quiere decir (¡por supuesto!) de modo ético o moral. Por ejemplo, hay trabajos “prometedores” en el mundo de la moda, el turismo, la política, las corporaciones empresariales y los grandes medios de comunicación (¡los he visto hasta en el mundo religioso!) que se prestan para una encubierta o sutil “trata de personas”: siempre habrá gente dispuesta a dejarse prostituir, en un sentido literal o alegórico, por necesidad [=tiene que mantener una familia] o ambición [=aspira a llegar lejos], porque no le queda otra alternativa mejor o para escalar, y que terminará por aceptar el trato y el sueldo que sea cuando sea. Como luego no podrá protestar, el pacto de silencio que tanto nos conviene quedará sellado. Lo mío fue siempre prometerlo todo para quitarlo todo (y si no preguntáale al ingenuo de Fausto...).

10) Estamos llegando a las propuestas más fascinantes y destructivas. Hablemos del *narcotráfico*. El alejamiento del Enemigo, el individualismo moderno, la crisis de los Estados y el consumismo a ultranza (entre otros factores) habrán generado para ese momento un vacío existencial inimaginable e inmanejable para las personas. Agotadas las expectativas en torno a todo tipo de terapias formales y alternativas, éste será el mejor contexto para que prolifere la industria de las drogas, comenzando por los denominados países desarrollados del primer mundo. Ellos se encargarán de traccionar a sus pares emergentes o subdesarrollados, requiriéndoles materias primas, o mejor aún, drogas ya refinadas.

Muy pronto todo esto se convertirá en una industria que ningún gobierno podrá controlar, aunque en serio se lo proponga. Por el contrario, en algunos casos incluso legalizarán el uso de estupefacientes, alentando el consumo “seguro”. El narcotráfico aumentará la violencia social, los deshechos de la cocaína enloquecerán a los adolescentes de barrios pobres (¡que a su vez exponerán los niveles de inseguridad con crímenes innecesarios de un modo asombroso!), la creatividad científica se utilizará en la fabricación de drogas sintéticas, ya que evidentemente resultará mucho más redituable que ponerse a pensar tratamientos para la malaria, la tuberculosis o el mal de Chagas. Los narcotraficantes se organizarán en carteles, requerirán armas, contratarán gente sin formación ni empleo que se eliminarán unos a otros, se instalarán en las cercanías de las escuelas y corromperán a menores, fomentarán la prostitución como modo de pago, serán los financistas de los más pobres y olvidados por los Estados.

En este rubro, tu trabajo consistirá únicamente en asegurarte que las drogas se fabriquen, diversifiquen y distribuyan en modos más y más creativos: lo demás lo hará por vos la adicción de los consumidores, que intentarán lo imposible para adquirir tus codiciados productos. Robarán, matarán, profanarán: abandonarán todo tipo de interés por la vida para abocarse devotamente a tus preciados ídolos químicos, y desconocerán todo tipo de códigos incluso para con sus familiares más cercanos. A modo de cáncer o “soldaditos” nuestros, los adictos harán implosionar lo sano y bueno de cualquier contexto. Ya lo habrás advertido: estoy muy satisfecho por cómo funciona este negocio, que generando mal de continuo es una de mis mejores y más diabólicas invenciones.

11) Sigamos con esta “buena química” y pasemos a la *industria farmacéutica*. Gracias al Enemigo los conocimientos en esta área su fueron exponenciando a lo largo de las últimas décadas. Lamentablemente contribuyeron a mejores expectativas de vida en muchas personas. Pero a nuestro favor, hoy también podemos inmiscuirnos más fácilmente en el centro de operaciones del Adversario y manipular más decididamente el misterio de la vida. Asociada a campañas ideológicas, podremos instaurar por una parte nuevas formas de contracepción, y por otro lado la fecundación artificial: ¡Quién lo hubiera dicho! Convenceremos a las mujeres de que no tengan hijos cuando sí pueden tenerlos (para desarrollar sus carreras profesionales), y que deseen tenerlos cuando ya sea para ellas muy tarde (para realizarse como madres).

Si esto lo vinculamos a la cuestión de género y las uniones de hecho, a la naturalización de la homo y transexualidad, al derecho de las mujeres a decidir sobre sus propios cuerpos en una batalla creciente contra los varones (que el histórico patriarcalismo nos permitirá justificar sin dificultades), si desprestigiamos la educación en valores (por ejemplo, la religiosa) e instalamos la desconfianza y oposición de niños y adolescentes hacia sus educadores, justificada ésta en el riesgo de abusos y/o pedofilia (y gracias a mí siempre tendremos insignes ejemplos en los que ampararnos), iremos creando ese clima de fragmentación y disolución social y afectiva tan propicio para que nuestro plan prospere: el *aborto* será legalizado, y una vez legalizado su práctica se incrementará. Se hará más y más habitual, y la industria de los embriones se desarrollará. En muchos casos, las mujeres solo reaccionarán y advertirán el crimen después de años, cuando sus sentimientos de culpa y mala conciencia ya de nada les sirvan sino para torturarlas. En otros, le seguirán echado la culpa a esa iglesia del Otro.

Legalizado el aborto, se podrá presionar más y mejor por medio de la “educación” y las instituciones de “salud” para que las mujeres pobres no tengan hijos: las nuevas tecnologías y las “consejerías” serán nuestras aliadas, tendremos un control más y más pleno de los menores. Al disminuir los gastos de seguridad social, podremos derivar ese dinero a los centros financieros internacionales por medio de cuentas *off-shore*, de modo que cada vez más deban vivir peor. Descartaremos sin inconvenientes a ese tipo de personas que no nos gusta, que no han conservado la pureza racial o nuestro tipo de inteligencia y pragmatismo cultural. Algunos organismos internacionales y ONGs’ sin duda nos apoyarán en esta campaña, ya que muchos de ellos se financiarán con estos mismos negocios.

12) Pasemos ahora a mi *capolavoro*: la industria de la *guerra*. ¡Cuántas posibilidades crueles y perversas nos ofrece la guerra! ¡Tanta maldad concentrada en una sola intuición me hace entrar en una especie de anti-éxtasis! A lo largo de milenios he ido perfeccionando el arte de la guerra, las ambiciones que la propician y las políticas que la desencadenan, y que de la mano de la tecnología no dejan de ofrecer siempre nuevos recursos y caminos. El eslogan más aceptado y que desde el tiempo de los romanos me dio más resultado fue: *Si vis pacem, para bellum* [=si quieres la paz, prepara la guerra].

Fabriquemos armas, sembremos enemistades, entrenemos ejércitos, construyamos fortificaciones, confundamos las lenguas. ¿Hay inversiones

más redituables que la de elegir un territorio más o menos indefenso con grandes recursos naturales, dividirlo apoyando a los insatisfechos o a la oposición política hasta el punto de generar una grieta insalvable, venderles entonces armas o directamente intervenir para destruir todo y probar además nuevo armamento, vender la reconstrucción posterior y cobrarse el costo con los mencionados recursos naturales, extraídas por empresas propias, en medio de una sociedad o nación disuelta por la guerra, sedienta de provisiones de primera necesidad, y por lo tanto acrítica y resignada? ¡Tantas ideas juntas, pero a la vez perfectamente sincronizadas y puestas en juego una tras otra, me abruman y exaltan!

¿Que habrá resistencia de las propias sociedades civiles de los países que tomen la iniciativa? Basta para ello con estigmatizar a esas otras naciones remotas ante los ojos de los ciudadanos de a pie, a quienes por otra parte poco o nada se les parecen, que rara vez comprenden algo acerca de su cultura y estilo de vida. O también podríamos buscar, crear o inventar una buena excusa o pretexto de amenaza o peligro, presionando a otras naciones y organismos internacionales para que legitimen nuestro mismo reclamo (por ejemplo, apelando a pactos precedentes, ofreciendo protección o defensa, estímulos comerciales en esta nuestra misma empresa, etc., etc.), y listo. ¡Cuántas mentes de ingenieros entretenidas en la creación de misiles, aviones y sistemas sofisticados de guerra en lugar de ser utilizadas para mejorar la calidad de vida de personas y pueblos! ¡Cuánto dinero que, invertido en esta industria diabólica (¡¡¡mía, y gracias a mí!!!), nunca llegará a quienes tienen hambre, están enfermos y no tienen hospitales ni medicinas o educación, buscan trabajo genuino para ganarse la vida honestamente, o construir su vivienda para formar una familia! ¡Cuántos odios y heridas físicas, psicológicas, sociales y políticas se instalarán por generaciones en estos contextos a partir de una sola guerra! ¡Y cuántas, en cambio, podremos crear en una y otra parte del mundo! Por supuesto, no deberán suscitar en nosotros la más mínima compasión estas catástrofes inauditas, sino embriagante exaltación asociada al esmerado cumplimiento de nuestra misión.

Bueno, perverso sobrino, concluyo aquí mis malvados consejos. Al principio pensé que no sería bueno que esta nueva carta trascienda, pero luego me di cuenta que los grandes líderes del nuevo milenio la ignorarán, diciendo que está firmada por un pobre Diablo. Tampoco los académicos y los teólogos le darán mayor importancia, porque no tiene notas al pie ni será

citada en prestigiosas revistas. Los agnósticos me dirán: “Diablo, no existís”, los científicos sociales: “Eso es teología”, y el común de la gente afirmará: “Es literatura” o “Puro cuento”. Con respecto al grueso de los cristianos, he observado que son muy vagos para leer y no se tomarán el trabajo de conocer y pensar las tácticas de su adversario. Y como además casi todos los seres humanos están en mayor o en menor medida involucrados con mis estrategias y tácticas, acabarán por hacer la vista gorda, sin salir de sus respectivas zonas de confort. De modo que te auguro éxito en la empresa.

Con el entrañable odio que siempre te tuve, tu tío diablo:

Zoilo Máximo,
Príncipe de este mundo

ÉTICA POÉTICA

GPS

Una reflexión ética demasiado larga, rígida y seria hoy no moviliza. Impregnada de un cierto voluntarismo, entre kantiano y jansenista, la ética (teológica) no conmueve. No conecta con las fuentes (teologales) de la vida, que son gratuitas. No transforma las actitudes y menos el corazón.

Comparto a continuación una serie de reflexiones en torno a puntos centrales de ética actual con sesgo estético-poético. Temas centrales también para el pensamiento social de la Iglesia que, por supuesto, no reemplazan al *Compendio*, sino que más bien ponen el *zoom* en algunos aspectos neurálgicos de modo provocador.

* * *

Escribo estas cosas pasando los cincuenta, edad en que la vida ya no te la cuentan. Viviste lo suficiente como para hacerte una idea por vos mismo de cómo funcionan las cosas, personas e instituciones. Recorriste un camino que

te pertrechó de experiencias, y de eso fuiste sacando tus valiosas conclusiones.

Dicen que llegaste a la edad de la sabiduría, donde todo está vinculado, y una observación te lleva a otra. Te pasaron suficientes cosas como para no estar distraído, y sabés agradecer lo ya adquirido o recibido. Experimentás gratitud hacia muchas personas. Realizaste algunos proyectos y te encontrás con tu propio límite para emprender o enfrentar otros.

La vida está ya más que perfilada. Intuís que podés brindar y hacer todavía algo más, pero que posiblemente no será muy diferente a lo que hasta el momento diste o concretaste. Sin perder capacidad de asombro, ya no incorporás demasiada novedad junta a tu acervo ni te subís al primer tren que llega. Te apoyás en lo conocido y te empieza a costar o incomodar un poco más lo nuevo.

No sabés bien por dónde te conducirá Dios. Lo cierto es que no querés tener demasiados proyectos. Estás encaminado, pero padecés también de cierta inercia. Buscás e innovás, pero también pensás que, llegado el caso, "no hay nada nuevo bajo el sol". No obstante hay pequeñas cosas que te siguen conmoviendo. Tal vez más éstas que los grandes acontecimientos. Esos pequeños asombros o sencillos gestos son los que hoy te movilizan, animan y conducen.

Fuiste haciendo tu propio camino. Desplegaste con pasión tu vocación o profesión, que posiblemente todavía te sigan brindando satisfacciones importantes. Pero ya "no te la creés" ni mirás con tanta expectativa al futuro, sino que más bien te concentrás en el presente: porque es lo que tenés a mano, lo que hoy buscás, valorás y agradecés, y de lo que en realidad más te animás a disfrutar.

Formaste tu familia y/o te relacionaste significativamente con algunas personas más que con otras. Fuiste cultivando vínculos: algunos prosperaron y otros se desarmaron o se fueron diluyendo con el tiempo. Vivís algunas pertenencias a espacios y entornos. Fuiste fecundo. Animás y participás de comunidades o grupos de trabajo y amigos, pero con mucha más libertad y serenidad que en otros tiempos.

Sos más conciliador, menos exigente y más agradecido. Aprendiste a conocer a la gente, la grandeza y límites de cada uno. Valorás más lo primero y lo expresás con mayor libertad, y disculpás más lo segundo que a veces preferís callar. Desconfiás tanto de los proyectos ingenuos como de las

soluciones fáciles y rápidas. Pero aprendiste a creer, amar y esperar, que es lo que hoy te llena de entusiasmo y te sigue dando vida.

En este balance de experiencias y convicciones descubro con gratitud lo que Dios me ha ido regalando en mis ahora ya 52 años.

¿Nos valoramos?

Cada vez se habla más de derechos humanos, pero como nunca se pone en tela de juicio la dignidad constitutiva de lo que somos. Se desprecia la vida antes del nacimiento, y también cuando ya no produce, se enferma o envejece. Cada vez más nos valoramos por lo que tenemos o logramos, y nos deprimimos cuando no alcanzamos lo que ambicionamos o el éxito se ve frustrado.

Nos vinculamos precariamente, normalmente a través de tecnología virtual, y cancelamos o eliminamos a las personas o situaciones que dejan de gratificarnos. Como dice el Papa Francisco, "la conexión digital no basta para tender puentes, no alcanza para unir a la humanidad" (*TF* 43). Vivimos en la cultura del descarte, y las personas ingresamos y egresamos en los espacios sociales como si fuéramos mercancías en la lógica de la oferta y la demanda. Como las acciones, nuestra autoestima puede estar en alza o en baja de acuerdo a los vaivenes del mercado.

Se fue perdiendo el fundamento trascendente que legitimaba nuestra dignidad desde una perspectiva religiosa como creyentes. Se fueron desgastando las sólidas declaraciones revolucionarias de la modernidad que a todos auguraban libertad, igualdad y fraternidad. Nos vamos conformando cada vez más con lo que queda, y que es cada vez menos. Porque lo que queda no es más que viruta y desperdicios, descarte de lo que ayer utilizamos y que hoy ya no sirve y desencanta.

Como cualquier materia prima, también nuestra condición humana ha ido resignando sus propiedades en la industria de lo efímero. El valor circunstancial de cada uno de nosotros se acaba reduciendo a la fugacidad de los "Me gusta". Las redes sociales se han ido convirtiendo en espejo de autoestima. Minuto a minuto nos van diciendo quién es la más linda o el mejor posicionado en el transitorio espejo de las vanidades.

La libertad sin condiciones nos indetermina. El hacer lo que quiero sin referencias me empobrece. Me arroja a la existencia con tono melancólico y escéptico, malhumorado y quejumbroso. Elijo el vacío que me quita entidad, y al hacerlo me voy convirtiendo en un fantasma etéreo. Caricatura de humanidad arrastrado por el viento de las circunstancias y las opiniones ajenas que en realidad "no entienden" lo que voy viviendo. Continuando con Francisco, "la sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos" (TF 12).

Siento entonces que mi vida no vale, no dice, no sabe, no tiene o no puede. La libertad sin algo importante y decisivo por lo cual optar y definirse se convierte muy pronto en náusea y carencia.

¿Qué es lo que me recompone? Vincularme significativamente, dejarme afectar por lo que de bello, noble y verdadero voy percibiendo en el camino de la vida, por el llamado profundo y trascendente del corazón, por las intuiciones luminosas que provienen de lo alto y de los otros.

Escucharme y escuchar desinteresadamente al entorno, hacer síntesis interior y creativa del mundo y del universo. Cultivar una mirada mística de acontecimientos, personas y cosas: porque todo habla y tiene posiblemente algo para decirme, y transformarme. Mirar de frente y a los ojos, no por encima o por debajo, nunca al costado o para atrás. "Hay periferias que están cerca de nosotros, en el centro de una ciudad, o en la propia familia" (FT 97).

Nos recompone caminar, no aflojar ante la adversidad, apostar a la esperanza y a la vida, siempre adelante. Y por supuesto, no perderle el rastro a lo que conmueve, asombra o entusiasma, porque esas son las vitaminas que dinamizan la propia existencia.

"Uno se detuvo, le regaló cercanía, lo curó con sus propias manos, puso también dinero de su bolsillo y se ocupó de él. Sobre todo, le dio algo que en este mundo ansioso retaceamos tanto: le dio su tiempo" (TF 63).

¿Qué hay del amor?

Del amor sólido "hasta que la muerte los separe" hemos pasado al amor libre que desvincula y al amor líquido que fluye de continuo. Sin

responsabilidades ni compromisos, por un tiempo y siempre a prueba. Hasta que el tiempo lo desgaste, mientras nos convenga y gratifique. En la lógica del infante, solo aspirando a lo que nos gusta, llena y complace.

Narcisismo puro, en el que la otra persona se convierte a lo sumo en un desdoblamiento del propio yo. No ya un “tú” que interpela, descentra, provoca, inquieta y molesta, pero que por eso mismo enriquece, hace crecer, salir de sí, autotranscenderse y desplegar. Vivir en un paraíso hecho a medida donde el dolor y el sufrimiento no tienen ya cabida, donde lo arduo carece de sentido, y la fidelidad se reduce a un mero aguantar que, por supuesto, ya nadie anhela ni soporta.

Cada vez compartimos menos y por menos tiempo. La fugacidad de los vínculos nos consume. ¿Quién es verdaderamente importante, sino el propio “ego” gratificado hasta el infinito? Amor estéril, nunca fecundo. Amor por lo lindo, joven y “glamuroso”, terror a la fealdad, la vejez y la miseria. Amor inseguro, porque cotiza en bolsa, y nadie está exento de la propia bancarrota. Amor iluso, sin fundamento ni horizonte, sin promesas realmente creíbles.

Amor precario, sin hijos ni estela. Que falto de convicción e integridad, profundidad y anclaje, no hace crecer, ni educa, ni esperanza. Amor poco robusto, jamás frondoso. ¿Cómo vas a cuidar, amor errante, de la vida en ciernes o vulnerable, amenazada por la enfermedad, la adversidad o por la muerte?

¿Es posible otro amor “más en serio”? ¿Un amor confiable, trascendente, luminoso? ¿Qué sostenga vínculos, engendre vida y se haga cargo de la incierta fragilidad? ¿Un amor estable, creíble, amigable? Un amor que hable de Dios, de su cercanía y fidelidad, de su ternura creativa. Un amor sacramental, honesto y sincero, lleno de vida. Un amor que “se haga cargo” responsablemente, que incluya y proteja. Un amor que ame, no un amor enfermo y temible, un amor infecto de Coronavirus que quite el oxígeno y asfixie.

Un amor sano madura en el silencio, la escucha, el respeto paciente y cordial, el diálogo abierto. Se nutre de los pequeños gestos cotidianos, y de cada una de sus pausas. Madura y se consolida en la dificultad, cuando la vida se complica, cuando aparecen los problemas. Se purifica cuando no se ve claro, cuando la anhelada presencia parecería poblarse de extraña e inquietante ausencia. Se transfigura cuando en el centro del corazón se va

experimentando que todo es don, y que la fecundidad no es conquista, sino regalo gratuito de lo alto. Y cuando se llega a creer con firmeza que lo mejor y más hermoso aún nos puede sorprender y está por llegar...

"Desde la intimidad de cada corazón, el amor crea vínculos y amplía la existencia cuando saca a la persona de sí misma hacia el otro. Hechos para el amor, hay en cada uno de nosotros «una ley de éxtasis: salir de sí mismo para hallar en otro un crecimiento de su ser»" (TF 88).

A laburar...

¿Cuánto ganás? ¿Cuánto voy a cobrar? ¿Me conviene, me rinde? Trabajar como mercenarios, trabajar a sueldo, por interés. Trabajar sin gusto ni entusiasmo, trabajar porque no hay otra, porque si no te echan. Perder el interés por las cosas bien hechas, las que llenan y entusiasman, pensar solo en el finde que viene, en los días que puedo tomarme, proyectando con presuntuosa anticipación y desvelo el destino de mis próximas vacaciones.

Tratar de cumplir y hacer lo que corresponde, pero si es posible menos, y si no se dan cuenta incluso nada. Trabajar sin vida, como un zombi, pasando el expediente, sacándote de encima lo que pesa, y si es preciso, serruchando el piso, robando o estafando. Trabajar sin ganas ni sentido, porque hay que hacerlo, porque siempre se hizo así. Porque es lo que hay...

¿Dónde quedó el artesano? ¿El obrero orgulloso de su mameluco, el que respondía por su obra y su equipo, el que de veras amaba su trabajo? ¿Dónde quedó el trabajo que construía a la persona, que servía a la comunidad y era útil a un prójimo concreto que lo requería? ¿El trabajo que entusiasma, el trabajo creativo, el trabajo innovador? ¿El que ahora hacen los nanotecnológicos robots, la informática en la nube o los chinos abnegados con su esfuerzo?

Retomar el quehacer humano, el despliegue en la propia actividad de la propia humanidad. Recuperar las ganas de cambiar y recrear lo ya que no va, lo que no dice, lo que no funciona. El trabajo colectivo, asociado, innovador. La sinergia de las manos y las mentes, del corazón y los proyectos, del futuro posible imaginado, de la historia transformada. El trabajo que imagina la utopía, y que en cierto modo encuentra el modo de plasmarla.

"Lo verdaderamente popular [...] es asegurar a todos la posibilidad de hacer brotar las semillas que Dios ha puesto en cada uno, sus capacidades, su iniciativa, sus fuerzas. Esa es la mejor ayuda para un pobre, el mejor camino hacia una existencia digna" (FT 162).

“Money, money, money”

Hacer dinero, pronto, ya, de cualquier modo. Adquirir y poseer, especular y multiplicar, gastar y disfrutar. La vida en blanco y negro, pero siempre revestida en coloridos \$. Finanzas existenciales que devalúan el interés por todo lo demás, que circunscriben el horizonte a lo que cotiza en bolsa, que solo invierte el tiempo en lo que reedita aquí y ahora, donde sea.

Comprar y desechar, consumir y descartar. Trabajar para tener, tener y no saber, tener y eliminar. Consumismo de la vida, de las horas de trabajo y del ocio. Consumismo de los vínculos y lugares. Que lo absorba todo el mercado idolatrado, muerte a la estúpida generosidad y al don. Todo estipulado por un calculado interés, nada por *hobby* o gratitud.

Existir solamente en los mercados, en las tiendas reales o virtuales, en las cuentas y tarjetas, o en los preocupantes números que a veces no nos cierran. Vivir a crédito, asociándose a quienes más éxito y dinero tienen. Olvidarse del mendigo, del pobre sin trabajo, de las vidas que no valen o de las que ya no reeditan. Apegarse siempre al *winner*, espantándose del *looser*. Intuyendo los espacios VIP, alejarse del furgón de cola. Y a todo lo demás no darle bola.

¿Es posible otra economía, en la que los bienes ya no tan escasos lleguen finalmente a todos? Economía seria, preocupada por la casa común, por administrar lo que hoy es suficiente. Que nadie tenga hambre, ni deba resignar su salud o educación para que los índices macroeconómicos no se resientan. Que cada familia ocupe su vivienda, que cada persona trabaje honestamente, que tenga dignidad junto a los suyos y logre disfrutar, después de haber luchado tanto, de un merecido descanso.

Esta economía solo será posible si descubrimos el valor de la austeridad, la creatividad para “hacer mucho con poco”. Si avizoramos la vertiente contemplativa de la vida y de la misma creación. Si le damos

trascendencia a la materia, si espiritualizamos el mundo y logramos ver a Dios en cada cosa.

Solo así será factible una economía que no clasifique, incluya o margine a las personas según su fortuna. Una economía sin deciles jerarquizadores, de coeficientes Gini muy bajos, sin líneas de pobreza ni miseria, con pocas pizarras inquietantes en las Bolsas de Valores. Economía cooperativa, de personas amigables, de otro mundo sí posible. Economía como ciencia humana, tal como la imaginaron esos franciscanos que la inventaron en los albores de la modernidad, cuando las cosas empezaban a cambiar por efecto del comercio.

"El derecho a la propiedad privada sólo puede ser considerado como un derecho natural secundario y derivado del principio del destino universal de los bienes creados, y esto tiene consecuencias muy concretas que deben reflejarse en el funcionamiento de la sociedad" (TF 120).

Poetas sociales

Ocupar cargos, atornillarme a mi banca en el Congreso, lealtad al partido "mientras tanto". Hacer alianzas, especular la conveniencia, cuidar mi imagen y medir en las encuestas. Manipular la opinión pública, engañar a la gente, nunca ir de frente, pero apresar siempre la codiciada parte del león. Componer ese relato, liberal o más de izquierda, nacional o sin fronteras, inédita novela de lo que la ciudadanía en realidad espera (o necesita) de una política esquiva.

Que la sociedad civil dependa de nosotros, que los ciudadanos de a pie nos vean lejos, nunca a tiro. Rehenes obligados de proyectos enredados, poco claros. Poder del intendente, negocios aceitados, corrupción al día y todos afectados. Poca transparencia, intereses financiados, contar con los amigos, los de siempre, indeseados. Nunca rendir cuentas, simular con eufemismos y discursos elocuentes, eternos del poder, corruptos del deber.

"Hundir a un pueblo en el desaliento es el cierre de un círculo perverso perfecto: así obra la dictadura invisible de los verdaderos intereses ocultos, que se adueñaron de los recursos y de la capacidad de opinar y pensar" (TF 75).

¿Qué otra política imaginamos? La de los barrios y los líderes que conocen a la gente, que involucran a los demás en las decisiones, que no hacen concesiones a los de muy arriba, que no se venden por sobres o prebendas a costas de los de muy abajo.

La política de quienes buscan el bien de todos y cada uno, sensibles a su pueblo, atentos al remedio. La de los honestos que trabajan sin enriquecerse, la de quienes plasman proyectos que convierten la existencia de los pobres en menos dura y más vivible. La política de los que incluyen a los que están afuera, incentivan ciudadanía allí donde hay meros habitantes, y propician desarrollo donde antes anidaba abandono y delincuencia.

La buena política de quienes saben hacer mucho con poco, armando excelentes equipos con limitados y a veces torpes jugadores: poetas sociales que intuyen, imaginan y conducen desde el pueblo, con el arte de lo posible, hacia lo que parece mejor y más conveniente.

La política de quienes siguen mirando a sus vecinos a la cara, los conocen por sus nombres, y no le temen a carpetas. La de quienes no se extravían en caminos tortuosos / resbalosos, dudosas componendas, corporativas campañas o *lobbies* partidarios. La de quienes evitan el “te doy para que me des”, “te prometo si me votas”, “el trabajo en la muni es tuyo: te lo damos pero solo si ganamos”...

"Una gran nobleza [de la política] es ser capaz de desatar procesos cuyos frutos serán recogidos por otros, con la esperanza puesta en las fuerzas secretas del bien que se siembra" (FT 196).

“Imagine”

Imaginemos una comunidad de pueblos de diferentes razas, naciones, culturas e idiomas. De personas, hombres, mujeres y diversos donde cada una vaya encontrando su lugar y su misión. Donde el amor, el respeto y la equidad se conviertan en las leyes supremas de la sociedad, o la cooperación para el desarrollo y el bien común en lema.

Donde desaparezcan los refugiados, los migrantes indocumentados, la trata de personas y el narcotráfico organizado. Donde la venta de armas ya no sea lucrativa y los muros poco a poco se derriben. Donde las fronteras cedan,

y amanezcan puentes de encuentro y caminos hacia los otros extraños, diferentes.

Donde la vida y el ambiente se respeten, los mares sean limpios, el consumo excesivo se detenga y el aire se respire. Un mundo en el que la mayor riqueza sean las personas, el mejor gusto el diálogo, la convivencia en paz el gran regalo. Donde las convicciones se valoren, la libertad se promueva, lo mejor de cada uno se contagie. Un mundo en el que la burocracia se reduzca, las ambiciones no dominen, los pueblos sí se hermanen.

En el que la legislación internacional no sea letra muerta, ni sus decisiones eufemismos carentes de sustancia, manipulación sutil en perjuicio del más pobre. Del que no habla, del que no participa, del que no tiene voz ni voto. Del que no cuenta.

Imaginar esto no es tan difícil...

"Los procesos efectivos de una paz duradera son ante todo transformaciones artesanales obradas por los pueblos, donde cada ser humano puede ser un fermento eficaz con su estilo de vida cotidiana. Las grandes transformaciones no son fabricadas en escritorios o despachos" (FT 231).

La casa común

¿Qué hemos hecho del jardín del Edén, creado por Dios (según el libro del Génesis) para que el hombre lo cultivara? "Un mal de continuo" lo ha ido destruyendo, y ahora la tierra nos "produce cardos y espinas". "El sudor de la frente" ya no alcanza el pan a la mesa de muchos. Los ríos sin peces, los mares de plástico, la polución creciente y el calor asfixiante.

El permanente ruido de las grandes ciudades, el hacinamiento en poco espacio cuando lugar hay de sobra. La ecología humana cada vez más afectada: los pronósticos apocalípticos de Greta, los "quiero vale cuatro" de Donald, los pactos internacionales que no se firman o si se firman sabemos que es en vano: porque nadie espera de ellos grandes cosas, y en todo caso, "golondrina no hace verano"...

Un mundo de basura y porquería, donde ya no respiramos "creación". Un mundo que descansa solo con pandemia. Su pecado original es el consumo. La ambición por los recursos naturales, codiciados pero limitados.

El anhelo posesivo de los bienes que todos queremos y deseamos, y por los cuales muchas veces nos peleamos. El materialismo consumista como horizonte, como objetivo último de la vida.

El corazón vacío y necio, sin pasión, necesitado de algo que lo llene y lo recree. Sustituyendo un artículo por otro, un consumo por otro, un vacío por otro vacío, sin darle sentido, en última instancia, a las cosas. Utilitarismo pragmático tercamente enemistado con la restauradora y amena serenidad contemplativa.

Porque el ansioso y ávido goce de consumo destruye y aniquila el pacificador gozo estético. La belleza del mundo nos escapa porque el frívolo mercado lo aniquila. El espíritu humano se aletarga. El interés egoísta lo empobrece y oscurece. Y al no encontrarnos con el entorno tampoco nos encontramos en serio con nuestro propio cuerpo, que es sacramento. No lo cuidamos y respetamos, no lo habitamos y trascendemos.

No descubrimos “los cielos nuevos y la tierra nueva” (*Ap 21,1*).

"El derecho de algunos a la libertad de empresa o de mercado no puede estar por encima de los derechos de los pueblos, ni de la dignidad de los pobres, ni tampoco del respeto al medio ambiente" (*FT 122*). "Si nos preocupa la desaparición de algunas especies, debería obsesionarnos que en cualquier lugar haya personas y pueblos que no desarrollen su potencial y su belleza propia a causa de la pobreza o de otros límites estructurales" (*TF 137*).

El amor, no la guerra

Ambicionar todos lo escaso, los mismos recursos que si son de uno no son de otro. El materialismo a ultranza engendra guerra, la codicia imagina muerte donde hay vida.

Enredar la vida de países emergentes: pobres en desarrollo tecnológico pero ricos en recursos naturales. Complicar sus políticas, alentar divisiones y brechas, propiciar grietas y venderles armas. Que todo se destruya, vender después reconstrucción. Que la paguen con lo suyo, cotizado a bajo precio. Que nunca se organicen, que siempre rivalicen. Que no crean en lo suyo, que importen nuestro credo. Que compren chucherías y espejitos de colores sin un pero.

Que no confíen en su pueblo, ni en su cultura ni en sus tradiciones, canciones o instituciones. Que lo rija todo una insulsa aristocracia sin raíces, que ignore lo que dices y que admire al extranjero, que se queda siempre con el mundo entero.

¿Quién se beneficia con la guerra? Unos pocos, que venden armas y negocios, que firman la paz solo cuando sus mezquinos intereses quedaron asegurados y en regla.

¿Quién se beneficia con la paz? Casi todas las personas, porque conservan sus vidas y familias, sus trabajos y proyectos, sus culturas y sus bienes.

¿Por qué prevalece la guerra sobre la paz? A veces porque somos tontos, otras porque ellos, los violentos, son más fuertes. La industria de la guerra mueve enormes intereses en el mundo. La de quienes la financian y la perfeccionan, sean estos banqueros, militares o ingenieros. La de quienes reconstruyen y luego explotan los recursos minerales: piedras preciosas, agua, petróleo e hidrocarburos.

La guerra tiene información sensible, *top secret*. La paz es ingenua, cotidiana. Tiene entraña. Pero es frágil y tenemos que cuidarla, protegerla y defenderla.

"El objetivo último de la eliminación total de las armas nucleares se convierte tanto en un desafío como en un imperativo moral y humanitario" (FT 262).

Y ahora... pandemia

Si de la Pandemia del Coronavirus sacamos en limpio una actitud más sabia en la vida, no habremos perdido el tiempo. La sabiduría nos centra en las cosas verdaderamente importantes, sin las distracciones habituales que suelen captar y acaparar nuestro interés inmediato. Surge del silencio, creativo por naturaleza: de la generosidad del tiempo y del ocio. Es fecunda en la escasez de palabras y ocupaciones. Al principio nos cuesta, pero luego nos va recentrando. A veces esto ocurre obligadamente, como en estos meses de cuarentena.

En particular, la sabiduría creyente surge del silencio de la cruz. Nos permite ir adquiriendo una mirada más lúcida de las cosas y de la vida. Más realista: centrada en lo que las cosas son y no en lo que de ellas esperamos interesadamente. La persona animada por esta 'sabiduría teologal' aprende a gustar del momento presente. A vivir en el aquí y ahora, asumiéndolo y agradeciéndolo paso a paso tal como se presente. Abriendo el corazón con asombro en el camino de su vida.

Es indudable que el Covid 19 trajo y trae una gran cuota de sufrimiento y muerte: esto es más que evidente. Pero leído sapiencialmente a la luz de la fe, su paso también puede irnos regalando "cielos nuevos y tierra nueva" (Ap 21,1). Podemos "renacer de lo alto" (Jn 3,7) y recrear la vida. Convertirnos en adoradores "en Espíritu y verdad" (Jn 4,23). Con más imaginación, creatividad y generosidad al momento de madurar y poner en práctica la caridad.

La pandemia nos invita a vivir con poco espacio y personas, poco movimiento, libertad y adquisiciones, poco trabajo y distracciones. Nos remite a las cosas esenciales: vínculos más estrechos, tiempo personal de introspección, cuestiones filosóficas y religiosas de fondo (vg., el sentido de la vida, el sufrimiento y la muerte, la ética del día a día, etc.). Nos obliga a ir más allá de la mediocridad. A encontrarnos con las dimensiones más profundas y trascendentes de nosotros mismos y de los demás.

Nos propone disfrutar de esas pequeñas cosas que tal vez hasta hace poco pasábamos por alto o por encima: una conversación de sobremesa, un poco de música o una peli, la oración más serena y confiada, la lectura de un buen libro, algo postergado en casa para reparar, limpiar o acomodar. El Covid 19 también nos demanda mayor creatividad laboral con el *home working*, o al momento de adquirir los recursos indispensables para el día a día.

Seguramente en términos económicos saldremos más pobres, pero posiblemente en el plano humano, cultural y espiritual profundo acabemos enriqueciéndonos...

"El dolor, la incertidumbre, el temor y la conciencia de los propios límites que despertó la pandemia, hacen resonar el llamado a repensar nuestros estilos de vida, nuestras relaciones, la organización de nuestras sociedades y sobre todo el sentido de nuestra existencia" (TF 33).

Educando-nos

Parece la conclusión lógica, pero no es la única. O en todo caso, dependerá de qué entendamos por educación. No se trata de lavar el cerebro de los individuos, establecer control social o domesticar para evitar protestas, ni manipular sutilmente la opinión pública internacional con falsas y dudosas razones.

Educar es enseñar a pensar, a tomar decisiones en libertad, a elevarse a lo mejor de nosotros mismos. No es sinónimo de conocer. Además de técnica, la verdadera educación debe tener una dimensión práctica, ética y sapiencial. Partir del corazón. La educación nos tiene que hacer más sensibles a los valores auténticamente humanos, importantes, trascendentes. Movilizar en cada uno de nosotros un proyecto de vida, despertar la propia vocación.

La educación debe habilitar en nosotros una cosmovisión personalizada, un modo responsable de ver el mundo y pararse en la existencia. Por eso debe acompañarnos a lo largo de toda la vida. Se va dando en el camino, que simultáneamente va modelando y perfilando. Tiene que propiciar actitudes que tiendan a promover una cultura del encuentro, a construir puentes y establecer vínculos. Crear lazos, acercar mundos lejanos y distantes, para hacerlos prójimos y cercanos.

La educación es un camino de crecimiento que cada uno y cada una estamos llamados a recorrer. Porque abre horizontes, nos integra a una cultura común. Nos hace creativos y nos permite imaginar una realidad más humana como posible. Más sana, más rica, más noble, más bella, más verdadera. Más impregnada por valores trascendentes, más habitada por Dios.

"Un país crece cuando sus diversas riquezas culturales dialogan de manera constructiva: la cultura popular, la universitaria, la juvenil, la artística, la tecnológica, la cultura económica, la cultura de la familia y de los medios de comunicación" (FT 199).

SER CRISTIANOS HOY

Hoy no resulta fácil ser cristiano. En ocasiones incluso no acabamos de encontrar el cómo. El imaginario cristiano parece haber retrocedido de un modo significativo en Occidente, y la vivencia particular de la fe no termina de encontrar el modo de insertarse y expresarse. El relativismo, asociado a la globalización, parece socavar toda convicción decisiva y trascendente. La agenda mundial parece tener otro tipo de prioridades que confinan la cuestión religiosa al mundo privado de la conciencia, e incluso a veces la impiden.

Este capítulo busca desarrollar una propuesta de estilo y vida cristiana para nuestro tiempo, en diálogo con muchas de las problemáticas y desafíos que hoy nos interpelan. La percepción de algunas cuestiones concretas, el discernimiento de un estilo posible y las estrategias para irlo desplegando irán acompañando el desarrollo de estas páginas. No intentan convertirse en una receta, sino más bien dar luz y echar pistas para seguir caminando. Hoy nadie pretenderá tener panoramas tan claros como aquellos de los que se presumía hace 50 años. El cambio de época nos invita a sumergirnos en nuestro tiempo en permanente actitud de discernimiento, con fervor evangelizador.

En franca desventaja y minoría

Parece evidente que hoy en Occidente el cristianismo va quedando en minoría y retrocediendo en sus posibilidades estratégicas de afrontar una cultura relativista adversa, que se desarrolla de la mano de medios de comunicación masiva por lo general hostiles a nuestra fe.

La cuestión de la credibilidad

La primera cuestión que debe afrontar el cristianismo hoy en general, y el catolicismo en particular, es la de la credibilidad. Lo que siglos atrás se daba por descontado en Occidente, en los últimos decenios ha sido puesto radicalmente en tela de juicio. ¿Qué tan cierto es lo que la Iglesia ofrece o lo que los cristianos proclaman? La credibilidad ha sido puesta bajo sospecha

porque la sacramentalidad del pueblo de Dios ya no simboliza significativamente.

Las formas en que el Evangelio fue proclamado y transmitido a lo largo de siglos de cristiandad han ingresado en la era del “post”. El “post-cristianismo” parece haberse instalado en territorios en los cuales durante siglos esa fe floreció y prosperó. Una inculturación no suficientemente lograda fue produciendo, a lo largo de la modernidad, el divorcio fe y cultura que hoy “excultura” a muchos cristianos. La marca cristiana ya no dice gran cosa, o más aún, genera ciertas suspicacias y “pases de factura”.

Los abusos en particular

Un tema que en particular ha sacudido recientemente la vida de la Iglesia y su credibilidad en el mundo es el de los abusos. Lo que parecía circunscripto a una diócesis y a un país (Boston en US) se ha venido expandiendo como una mancha de aceite. Si bien la cuestión excede la vida de la Iglesia Católica, ya que se trata de un problema social ampliamente difundido que en los últimos años comenzó a investigarse y conocerse un poco mejor, también compete a los cristianos. Si bien los encubrimientos han sido el común denominador en muchas instituciones públicas (fuerzas de seguridad, organismos públicos, escuelas estatales, ligas de fútbol, etc.), es escandaloso que esto haya sucedido en el seno de la Iglesia.

Si bien el 98% de los abusos ocurren en contextos domésticos, ámbitos educativos o deportivos, en tiempos de pos-guerra en los cuales abundaban los orfanatos, pensionados de pupilos, seminarios menores y en general la necesidad de educación pública para los hijos del *baby-boom*, muchos de estos crímenes acontecieron en espacios confesionales. Por supuesto, 3600 abusos en toda Alemania o 1000 en 6 diócesis de Pensilvania en los últimos 70 años hacen un promedio de 1 y 3 (respectivamente) por diócesis al año. Podemos suponer que ese promedio es inferior al de esos mismos entornos socio-culturales en tiempos difíciles. Pero esto último tampoco podría convertirse en un justificativo, especialmente si consideramos la autoridad moral que décadas atrás tuvo la Iglesia en esos países.

Minoría en Occidente

El porcentaje de cristianos en general y de católicos en particular ha ido mermando en Occidente a lo largo del siglo XX. En Europa estos últimos rondan hoy el 32%, y en Estados Unidos son el 42%. El descreimiento práctico va siempre por delante de la desvinculación formal, ya sea de no afiliación o de apostasía. En América Latina el cristianismo se fue diversificando, por lo que también en términos estadísticos el catolicismo decrece. Hoy podemos calcularlo aproximadamente en un 75%.

Esta merma se va reflejando también en las instituciones públicas, en su capacidad de incidencia socio-política y cultural, y en las nuevas expresiones legislativas, ya sea en los países individualmente considerados o también en las que afectan a la agenda global (por ejemplo, Naciones Unidas). El crecimiento del Islam por un lado, pero sobre todo del agnosticismo por el otro, han ido devaluando la presencia e incidencia de los cristianos en la vida pública. En ciertos países, ser cristianos se ha ido convirtiendo en un estigma social. Un laicismo militante de tono agresivo y combativo ha venido desarrollándose principalmente en los países francófonos de Europa, pero también en España, México, Uruguay y Argentina.

Relativismo y globalización

La globalización ha hecho interactuar tradiciones culturales y religiosas que durante siglos, y tal vez milenios, surcaron caminos paralelos, o al menos, con muy poca interacción. Hoy todo converge en las grandes megápolis del mundo y en los medios de comunicación social. Sobre todo, a través de las TICs'. Esta interacción masiva de ideas, convicciones, proyectos, perspectivas, etc., ha tenido su aspecto positivo: ha enriquecido nuestra experiencia del mundo y de la vida. Pero también ha relativizado las tradiciones propias, tanto culturales como religiosas. La conflictiva "modernidad sólida" ha dado paso a la burbujeante "modernidad líquida" (Z. Bauman).

Lo bueno es que así se superan los nacionalismos y fundamentalismos de antaño, lo malo es que se pierden referencias existenciales, culturales, nacionales y religiosas. Las personas hoy "navegamos", muchas veces a la

deriva, porque no nos resulta tan fácil encontrar un buen GPS que nos ubique y guíe. El relativismo es lo propio de la posmodernidad globalizada, del *pensiero debole* (G. Vattimo). Es cierto, sin embargo, que hoy afloran nuevas hegemonías, asociadas a lo que el Papa Francisco denomina “idolatría del dinero”, vinculadas a centros financieros internacionales y al *lobby* de los megamillonarios del mundo.

Los grandes medios de comunicación

Incidir en la comunicación es incidir en la vida económica, política, cultural y hasta religiosa de personas y pueblos. Las poderosas cadenas del mundo, difundidas por todo el globo mediante abundantes satélites, el cable e internet, contribuyen a la configuración de un nuevo orden mundial. Financiados por publicidades privadas o propaganda estatal, influyen de un modo decisivo en la opinión pública. Para la mayoría de nuestros contemporáneos, lo que se ve en la tele o se escucha en la radio es la realidad. Esta incidencia se amplía a través de *trolls*, o generadores de opinión, por las redes sociales.

Los grupos económicos y los partidos políticos se aseguran el tener o financiar medios de comunicación amigables, a fin de poder llevar adelante sus estrategias exitosamente. La habilidad que estos últimos tienen de hacer pasar la parte por el todo, el caso por lo habitual y normativo, es asombrosa. Son capaces de torcer elecciones, de influenciar el debate parlamentario, de instalar necesidades de consumo, de afectar a favor o en contra la imagen de personas e instituciones. Han contribuido a que muchas personas hayan ido sustituyendo la vida real por una vida virtual.

Los “signos de los tiempos” cristianos

En los últimos cincuenta años se fueron perfilando, acentuando o consolidando algunas características propias en el cristianismo, a partir de la misma experiencia cristiana, las cuales han ido modificando el modo de ser Iglesia en el mundo.

Hacia el sur

En el último siglo fue invirtiéndose el número de cristianos en los hemisferios, que estaban en relación de 2 a 1, y ahora están de 1 a 2. El mayor crecimiento poblacional del sur y el envejecimiento comparativo del norte fue acompañando el desarrollo de una Iglesia periférica. No se trata solo del número de bautizados, sino también de cultura y estilos. Cada vez más inciden en la vida, estructura, discernimiento, teología, praxis pastoral, gobierno y *sensus fidei fidelium* los pueblos del sur: africanos (subsaharianos), latinoamericanos (sudamericanos), asiáticos (filipinos, coreanos, indios).

La Iglesia es cada vez menos euro-americana. Incluso en Europa y Estados Unidos la presencia latina en la Iglesia Católica es cada vez más significativa. Intuyo que esta nueva composición sociológica influye en la consolidación de cierta hostilidad creciente hacia los cristianos en el mundo, y en los cambios de legislación o incluso restricciones que van emergiendo en países de antigua cristiandad. Que toda la cuestión de los abusos haya surgido justo ahora, con un Papa argentino, a veces 70 años después de los acontecimientos, da que pensar.

Una Iglesia más pobre

Lo dicho explica por qué hoy la Iglesia es más pobre. En el último siglo, las principales fuentes de financiación provenían de Europa (Alemania) y Estados Unidos. Al mermar la práctica activa de la fe en esos contextos, los estilos se van simplificando. La dirección de los envíos de personal misionero se fue invirtiendo, y los nuevos ministros y consagrados provienen de extracciones más modestas o pobres. Al incrementarse la brecha en el mundo entre ricos y pobres, estas apreciaciones sociológicas se hacen mucho más evidentes y movilizadoras.

Hoy la Iglesia ya no trabaja apoyándose preferentemente en las élites, sino en las posibilidades más modestas de gente sencilla. Una novedad que parece retrotraernos a los orígenes cristianos, cuando los miembros del pueblo de Dios eran preferentemente esclavos o personas de la base en la pirámide social. A su vez, las diferentes expresiones de teología inculturada

fueron cambiando la hermenéutica social de la fe, ofreciéndole una impronta liberadora.

Un cristianismo policéntrico y pluricultural...

En realidad hoy ya no existe un centro para la cultura mundial, ni tampoco existe en sentido estricto “una” cultura global. Vivimos en un mundo pluricéntrico y pluricultural, y también el cristianismo y la vida de la Iglesia Católica van adquiriendo estas características en cada una de sus manifestaciones. La fe cristiana se va inculturando, va generando modos originales e inéditos de vida creyente, configurando estilos propios de ser Iglesia que interactúan y enriquecen a la Católica.

Después del Concilio Vaticano II, y particularmente con la asamblea plenaria del episcopado latinoamericano en Medellín (Colombia, 1968), América Latina hizo punta en este descentramiento: primero con la teología de la liberación, y ahora con la teología de la cultura. La riqueza de las naciones y de los pueblos, con su genio propio cada uno, van ingresando en la vida del pueblo de Dios, y éste en sus culturas, produciendo síntesis propias y originales. El cristianismo se va haciendo connatural a la vida de los pueblos del mundo.

...Ecuménico e interreligioso

La apertura de la Iglesia Católica se expresa, en primer lugar, en el ecumenismo y en el diálogo interreligioso. Esto que hace algunos decenios parecía una iniciativa de técnicos, poco a poco se va asumiendo con verdadera naturalidad entre los cristianos de a pie. Buscar lo que nos une y acerca más que lo que nos separa y aleja. Hacer camino juntos, comenzando por “sumar” a las grandes causas de la humanidad: la atención de las diferentes pobrezas, el servicio a la paz, el cuidado de la creación.

Los cristianos estamos convencidos de que, por la encarnación del Hijo de Dios, que así se ha unido en cierto modo a todo hombre (ver GS 1), el Dios Uni-trino inhabita en el mundo. Todo lo que de bueno, verdadero y noble aparece y se manifiesta, nos invita a entrar en diálogo integrándolo “sin mezcla ni confusión, sin separación ni división”. También las grandes

tradiciones filosóficas y religiosas de la humanidad tienen algo para aportarnos. Contribuye el hecho de que hoy estemos más atentos a la actitud con la que creemos (la *fides qua*) que al contenido de la doctrina (la *fides quae*): sin renegar de lo propio, esto facilita el encuentro.

Más urbano que rural

Con la revolución industrial, la relación entre población rural y urbana se invirtió drásticamente. La consolidación rural medieval de muchas instituciones eclesíásticas (liturgia, atuendos, costumbres, doctrina, gobierno, estilos de vida, etc.) fue cuestionada e invertida progresivamente a medida que iba avanzando la urbanización. Hoy el 54% de la población mundial vive en ciudades, y en países como el nuestro (Argentina), más del 90% de sus habitantes vive en centros urbanos. Esto modifica por completo la forma de vivir la fe. Por ejemplo, las procesiones rurales son reemplazadas por peregrinaciones urbanas, el calendario semanal por la periódica visita a un santuario, la oración en el silencio de un templo por aquella solo posible durante el desplazamiento en un ómnibus, la sacralidad del imaginario cristiano por la celebración de la experiencia diaria, etc. Las pertenencias se fragmentan y diversifican, como así también los vínculos y lo que podríamos llamar una vida en familia. El hombre urbano tiene pertenencias múltiples, normalmente dictadas por imperativos funcionales.

La “forma” cristiana hoy

Lo dicho hasta el momento nos hace percibir que la “forma” cristiana ha ido modificándose. No somos cristianos del mismo modo hoy que ayer. Poseemos un talante diferente. ¡El cristiano del siglo XXI está llamado a ser un místico (K. Rahner) o a desaparecer!

Experiencia más que institucionalidad

Hoy se desprecie de todo lo que no provenga de la experiencia. Así como en la primera mitad del siglo XX la gente fácilmente se identificaba con

uniformes e instituciones, hoy desconfía de lo fríamente corporativo que lo hunde en el anonimato y lo despersonaliza. Hoy la pertenencia surge de la experiencia y no de la afiliación, del vínculo más que del contrato. Incluso desde una perspectiva lingüística, la vida se conjuga en gerundio y los tiempos verbales futuros por lo general se temen y eluden. Se prefiere una mayor y mejor conexión con el presente que va transcurriendo, que el sometimiento a una promesa que ata. El individuo moderno era institucionalizable, la subjetividad posmoderna es huidiza y se escabulle.

Caminante y peregrino

Por eso la vida cristiana puede definirse a partir del camino y la peregrinación, que remite a un santuario. El camino es el icono sapiencial y el santuario el icono teologal de la peregrinación. En ese “ir peregrinando” vamos siendo transformados por el Espíritu de lo alto. Dios va “peregrinando-nos”, en singular y plural, como creyentes individuales y como pueblo de Dios o nación en camino.

Durante la modernidad el cristianismo se fue rigidizando, modelado también él por un pensamiento claro y distinto. Fue formateado en la lógica de la obligación kantiana, absorbido por la razón controladora y dominadora. Éste tipo de actitud no dio lugar a los afectos, a la afectación profunda del corazón humano y creyente. Y tampoco a los vínculos verdaderamente fraternos. En los últimos decenios se ha ido recuperando una impostación más sapiencial e itinerante de la fe cristiana. Un signo de ello es el resurgimiento de las peregrinaciones y casas de encuentro.

Más laical, menos clerical

Con el *Decreto de Graciano*, el siglo XI promulgaba dos clases de cristianos: por un lado los clérigos y monjes, y unos escalones más abajo, los laicos. El Concilio Vaticano II subraya la igual dignidad de todo bautizado. Hoy en día la Iglesia va adquiriendo un tono más secular, arraigada en la vida de los pueblos, en la cotidianeidad valorada, en la laboriosidad creativa, en el amor humano y los afectos.

A esto contribuyó, indudablemente, la notoria reducción del número de consagrados en países de antigua tradición cristiana. Hoy se perciben otros aires, más espontáneos, en el modo de vivir, celebrar y proclamar la fe. Sin oponerlos, estilos más guiados por el Espíritu que por la doctrina canónica, por la intuición que por la norma, por la vida que por lo estipulado *in secula seculorum*.

Cuestiones esenciales de la fe

Hoy hay que volver a las cuestiones decisivas y esenciales de la fe: al estilo de Jesús. Sus actitudes, gestos y palabras, tales como nos los refieren los Evangelios. Dejarse sorprender por su figura tan antigua y tan nueva “como si presente me hallara” (Ignacio de Loyola). Atrevernos a vivir el Evangelio “sin glosa” (Francisco de Asís). Abreviar la vida cristiana en la lectura orante de la Biblia y en la celebración eucarística. Hay que desempolvar nuestro cristianismo herrumbrado con cuestiones accesorias o superfluas, y avocarnos a lo esencial: el amor y la misericordia, el perdón y la humildad, la fraternidad y la misión. Volver a sentirnos hijos de Dios, templos del Espíritu, miembros de Cristo vivo.

La tradición desde el hoy

Para esto hay que animarse a leer, no el hoy desde la tradición, sino la tradición cristiana desde el hoy. ¿En qué sentido lo que los Padres y Doctores de la Iglesia vivieron y enseñaron va nutriendo nuestra vida creyente actual? ¿En qué sentido la palabra de Dios escrita y transmitida va iluminando lo que nos toca vivir en nuestro tiempo? ¿En qué sentido el magisterio del Papa y los Obispos guían nuestro camino de peregrinos? Dios hace siempre nuevas todas las cosas: también hoy. El “hoy” es tiempo de salvación. Ese “hoy” que resuena eternamente en la liturgia como apertura de lo decisivo y definitivo anclado en el misterio siempre trascendente y mayor de Dios.

El “espíritu” cristiano deseable

Lo dicho nos conduce a la vida en el Espíritu, el gran olvidado de la tradición occidental, el gran encarcelado en los cristomonistas tiempos modernos, asociados al cartesiano pensamiento “claro y distinto”.

Mística y profecía

La experiencia nos remite a la mística, y la profecía al don. Son la cara y reverso de una misma moneda. Lo que se experimenta con gratitud debe comunicarse con gratuidad, lo que se vive con libertad afectiva debe manifestarse con libertad efectiva. El verdadero profeta es un místico, y el verdadero místico es un profeta: ambos forjan al “discípulo misionero” (DA I). El profeta es transparente a la Palabra, y el místico permite que la Palabra lo manifieste. Por él se manifiesta la Palabra, no porque la posea (imposible) sino más bien porque por ella es poseído. Del don a la donación de la Palabra, oyente y testigo de la misma.

Integración y transformación

La escucha dócil y “obediencial” de la Palabra integra y transfigura la propia existencia (cf. GE 172-173). Cada bautizado está llamado a vivir esta actitud en fidelidad a su original vocación. La vida no se integra autorrealizándose sino más bien autotrascendiéndose. La unidad de vida es antes un don que un esfuerzo. En la medida en que vamos percibiendo este don, que se identifica con el amor personalizado de Dios hacia cada uno de nosotros, nuestras vidas van resplandeciendo: se tornan elocuentes, dicen algo a los demás y al mundo, porque se van llenando con los frutos del “Espíritu derramado en nuestros corazones para que llamemos a Dios: *Abbá, Padre*” (cf. Gal 4,6).

Testimonio y santidad

El testimonio cristiano es expresión profética de una previa experiencia mística (cf. *GE* 174-177). Es manifestación del don recibido y agradecido, que en el fondo constituye la santidad de vida. Solo los santos testimonian la fe de un modo elocuente y movilizador (cf. *GE* 3-5). Dicen con su vida algo diferente, algo no esperado, inédito. Solo ellos son capaces de sorprendernos con algo no dicho, con ese resplandor de vida que proviene de lo alto.

La gratitud con que viven el amor de Dios en sus vidas manifiesta la gratitud con que previamente lo han sabido recibir, agradecer e internalizar. El resplandor de los santos, sus vidas plenamente “en Cristo”, se convierten en una invitación y provocación permanentes a ser mejores, a elevarnos a lo mejor de nosotros mismos, a dar un salto cualitativo en nuestros aletargados estilos de vida de una vez por todas.

Celebrar significativamente

La santidad de vida se nutre en la lectura orante de la Palabra. La vida orante tiene su fuente y plenitud en la celebración litúrgica, particularmente en la celebración eucarística. Celebrar significativamente es hacerlo plena, consciente y activamente (cf. *SC* 11). A tal fin, la oración personal nos prepara y posibilita la internalización posterior de lo celebrado como pueblo creyente. Sin esta instancia de personalización fácilmente caemos en el ritualismo o formalismo celebrativo.

Pero también nutre y expresa nuestra capacidad celebrativa el vivir cotidianamente en la presencia de Dios. Valorando y recibiendo sus dones, y haciéndonos nosotros mismos una ofrenda grata a sus ojos: liturgia viva (cf. *GE* 104-109). Es lo que podemos llamar “mística de la encarnación”. Porque en la medida que cada persona, cosa y acontecimiento van adquiriendo carácter simbólico-sacramental el Señor nos habla. Lo encontramos a Él y Él nos encuentra a nosotros.

El fervor cristiano

El fervor cristiano (cf. *GE* 129-139) es el fervor de los santos, el de aquellos que han permitido al Espíritu de Dios habitar en sus corazones, pensamientos y actitudes. Es el que posibilita una vida nueva, renacida de lo alto, del agua y del Espíritu (cf. *Jn* 3,1-8). El fervor es expresión de una vida transfigurada. Manifiesta con gratuidad en cada detalle el amor de Dios recibido con gratitud. El fervor es fruto de una vida en el Espíritu, y por eso es constante y se sostiene ante la adversidad. Es expresión madura de esperanza teologal, un entusiasmo aquilatado en la Pascua de Jesús. El fervor cristiano se sostiene sobre todo en la noche oscura de la fe. Se expresa a contrapelo de toda prueba o posible quiebre resiliente. Es manifestación de una vida plenamente transfigurada en el Señor.

Ser cristianos hoy

A modo de recapitulación integradora, me pregunto: ¿Qué se espera del cristianismo hoy? ¿Qué se aguarda de los cristianos? ¿Sigue vigente nuestro estilo de vida? ¿Aporta novedad al tiempo presente? Respondo en doce puntos sintéticos.

1) El *cambio de época* ha puesto en crisis las identidades. Hoy más que nunca tiene sentido preguntarse por la originalidad de un estilo de vida acuñado en anteriores milenios. Hoy cuando a cada paso lo que parecía consistente tiende a desintegrarse, a diluirse, a pulverizarse. Cuando todo lo que se presenta como nuevo al poco tiempo se constata que “ya fue”.

2) La comprensión de un modo y estilo de vida debemos abordarla a partir de sus manifestaciones y actitudes, más que de sus proclamaciones y anhelos. En el corazón de la vida cristiana, lo más genuino es la *gratitud* por el don de lo alto y la *gratuidad* hacia el prójimo (en particular) y el entorno (en general) encarnado en la vida concreta de los discípulos misioneros.

3) La originalidad vocacional hay que buscarla *profundizando la vida*. Debemos cultivar una creciente sensibilidad para percibir y encarnar valores genuinos, consistentes, “decidores”, universalmente elocuentes. Pasar de una actitud, sentir y mirada autorreferencial, posesiva e idolátrica de la propia existencia a otra autotrascendente, oblativa e icónica.

4) Inmersos *en un contexto global*, tipificado geoculturalmente en cada región del mundo y en los diferentes espacios sociales, no podemos desconocer el entorno y sus vicisitudes: el mundo en el que vivimos configurados y configurando, sin ingenuidad. El funcionamiento de la vida social, sus tramas políticas, sus componentes económicos, sus búsquedas culturales y trascendentes.

5) Una mirada crítica y creativa del contexto solo se adquiere en diálogo reflexivo con *textos, acontecimientos y personas*. A partir de una creciente experiencia comparativa que de a poco nos va objetivando y completando los siempre restringidos puntos de vista. Para el creyente son indispensables tanto la sabiduría teologal como la inquietud interpersonal e interdisciplinaria.

6) Existe una *dimensión profética* en la vocación cristiana, nutrida de la experiencia filial-teologal, del encuentro con Jesús y la acción del Espíritu. La vertiente profética se interesa tanto por las grandes cuestiones como por la vida cotidiana. Mejor dicho: desde la vida cotidiana se abre con magnanimidad a las grandes y decisivas cuestiones del momento presente que aquejan a la humanidad.

7) Existe el desafío de real integración frente al riesgo siempre posible de fragmentarnos. Solo una *fidelidad creativa* al núcleo teologal de nuestra vocación humana y un indispensable esfuerzo de apertura, diálogo y síntesis con lo que (nos) acontece permitirá superar tanto la percepción anecdótica e intrascendente de los sucesos como el estéril gnosticismo intelectual.

8) *Lo decisivamente cristiano* se define por *el amor*. El seguimiento de Jesús reside más en el sentir haciendo que en el decir sintiendo. El discipulado misionero no se atasca en el mero diagnóstico de la constatación empírica o intelectual. Intuye y despliega novedad, tanto a partir de iniciativas personales como colectivas, en espacios intra eclesiales como en ámbitos diversos de la sociedad civil.

9) *El alma* de la vida cristiana es *la oración*, a la vez centrante y descentrante, personal y litúrgica, teologal y pluralista. Su disparador, marco y horizonte es la Palabra de Dios, siempre nueva para quien decide ponerse a su escucha con docilidad y apertura de corazón. La lectura orante de la Biblia despierta el mundo (¿nuestro mundo?) entumecido por la inercia de la costumbre.

10) La *vida comunitaria* hoy se diversifica. Ya no se trata solo de establecer círculos concéntricos de vinculaciones y fidelidades (vg., familia),

sino también de propiciar entornos policéntricos a los que se pertenezca y de los que se participe en modos diversos (vg., *Whatsapp*). Lo decisivo es la “cultura del encuentro”: nuestra disposición personal para entrar en comunión con los “otros” de modo creativo, sabio y generoso.

11) También *la misión se diversifica* en caminos inéditos. Lo clásico y trillado sirve de poco si no renace creativamente de lo alto. “Caminante no hay caminos, se hace camino al andar” (A. Machado). Hay que estar atentos a los “signos de los tiempos” a partir del discernimiento espiritual concreto. Esto conduce a la dimensión mística de la vida cristiana, crisol último de la vida teologal.

12) *Mística* es la persona que no pierde vista lo esencial de la vida, de los acontecimientos y del mundo en Dios, porque vive con gratitud atenta a la manifestación de todas estas realidades como don de lo alto. Sólo en un segundo momento intenta unir los puntos y comprender su trama “providencial”. A su vez, la experiencia agradecida nutre su propia *donación*: el prójimo concreto será siempre su principal GPS.

MÍSTICA DE OJOS ABIERTOS

Para concluir comparto un texto que no me pertenece pero que también quisiera hacer propio. Su autora decidió permanecer en el anonimato, si bien quienes la hayan tratado incluso brevemente la reconocerán inmediatamente en sus palabras. Una mujer bella, con mirada mística de los acontecimientos cotidianos y corazón entrañable. Un icono de la Iglesia orante y la humanidad nueva en Dios. Todo su texto va en *cursiva*, sin retoques de estilo ni edición, salvo ocasionales **negrillas** que permitirán distinguir las nuevas geografías.

* * *

En octubre vinieron con una especial intensidad a este espacio de la ermita, que habito ya casi hace diez años!, hermanos y hermanas... compañeros del camino de la vida durante un largo período. Siempre, siempre están... con sus rostros, nombres, apellidos y sobrenombres... Pero vinieron a la memoria del corazón, que no tiene ni tiempo, ni espacio, es Ahora, llenos

de luz. Sí, santos y santas, gigantes... y durante varios días me vi rodeada de estas presencias como sobrecogida de reconocermes en semejante privilegio: sí! Yo conocí a estos gigantes... caminamos juntos, aprendí de ellos, los ví, los contemplé, los escuché... nos quisimos, nos lastimamos, nos perdonamos. Guau! Están en mí, para siempre!!! Y yo en ellos... Poderosísima fuerza de la Comunión de los Santos. Tal fue así, que necesité este año no caminar a Luján, sino quedarme en la ermita, velando en una vigilia con todos ellos. Pensé que esa noche iba a escribir, era una urgencia de honrar, honrar estas vidas maravillosas, en un gesto que le ví hacer a Inés: tomar esas vidas en las manos ahuecadas, acercarlas suavemente, con unción, a los labios... y plantarles un beso lleno de ternura y respeto. Pero no escribí esa noche... fue una memoria orante, unida al rumor de los pasos de los miles y miles de peregrinos que por aquí cerca iban llegando a la Basílica...

Y Hoy, en este 102 aniversario de tu asesinato, de tu entrega, querido Hermano Carlos, me pongo a leer el Boletín de las Hermanitas, virtual, y me encuentro con emoción con ese desfile de santos y santas desprolijamente, nazarenamente resplandecientes en la verdad y en el amor. Me devoré el boletín y aquí estoy, sumándome a la letanía.

Vías Muertas

En aquellos años, fines de los 80, aún no corría la droga. La villita estaba llena de vida, vías no tan muertas... Al atardecer, bajando del colectivo en Caaguazú y Víctor Hugo, iba entrando Don Félix. Casi siempre con alguno de sus hijos: Omar, el Gringo, Marcelo... Me parecían de una estirpe real, con ese porte erguido, lleno de dignidad, morena belleza entrerriana. Félix, qué grande fue conocerte... tu fe, tu filosofía, tu sabiduría veía la luz cuando el alcohol le abría la tranquera. "Gurisa... (silencio) venís de trabajar? (silencio) El Reino de Dios de los obreros...". Siempre me dejabas pensando. Rezando. Pero aquella vez, viniste transfigurado. Habías tenido un sueño... tan, tan real te había parecido. Soñaste que la Virgen te decía con mucho amor: sos mi hijo. Y viniste a contarnos. A gatas te mantenías parado... y repetías sollozando: me dijo a mí: sos mi hijo, sos mi hijo... Y después aquella Navidad. Golpeaste la puerta, y creo que ya estábamos en cama... nos levantamos. Estabas ahogado en alcohol. Y te traje al Niño... y lo tomaste en tus gigantescas manos. Una mano sobraba de cuna, y lo miraste, lo miraste...

y lo viste! Vimos que lo viste! Sonreíste, lloraste... lo estabas viendo. Destilabas ternura y te alargaste en tu contemplación todo lo que pudiste... Navidad en tu Corazón. Te alabo, Padre, sí... así te pareció bien!

Honro en tu Susana, Félix, a todas las mujeres que padecen las consecuencias del alcohol, de las adicciones de sus compañeros... Santidad de los niños creciendo en el desamparo de tener una mamá y un papá permanentemente alcoholizados... Juan Ramón, Pachona... los mayores... Volviendo del taller paso a tomar unos mates, y ustedes tratando de ordenar, de limpiar, de sostener a sus padres. Honro cómo se abrieron paso en la vida habiendo atravesado tanto dolor... Pachona, intercedé por todos los niños, inocentes santos en el desamparo! Vos sabés... Remigia, Zacarías... intercedan! Honro sus correntinos corazones que en el desarraigo sólo atinaron sobrevivir así, apenas... los veo iluminarse al cantar Kilómetro once, o Me alegro en Dios...

Cristóbal! Te recuerdo siendo un papá fascinado por cada uno de tus hijos. Jugando, un niño más. El Chaco siempre en tu memoria, en tu relato... Fácil de conmover tu corazón, te vi llorar más de una vez de emoción. Cuánta entrega a la organización del barrio, de la cooperativa. Aquella vez, hartado de la ingratitud, las dificultades, la lentitud de los logros... y llegó la misión de la Virgen. En el terreno los misioneros pasaron la película de la Virgen de Guadalupe... y llorabas como un chico. Te pareció entender que la Virgen te elegía como a Juan Diego... que eras Juan Diego... Y encontraste una fuerza nueva para seguir la lucha.

Te honro Martina, vecina, compañera de Trabajo. Dura, muy dura tu vida en el monte chaqueño. Mujer de andar con machete... de cuidarse. Un día, capaz medio de prepo, con la insistencia de hta Amalia, o Elena José, te fuiste al retiro del campito de la Virgen... y te bautizaron. Y tomaste la comunión y CONOCISTE a Dios y a su Madre. Tu Madre, para siempre. A fuego, una marca que transformó tu vida. Algo se ablandó, se abrió y te hiciste misionera. Nunca llegaste a aprender a leer... te grabé textos del evangelio que escuchaste una y otra, y otra vez... Tierra sedienta de Dios. Confianza inmensa en la Providencia.

Y por qué no honrarte también Beti, vos que sos de la patronal. Fui a pedir trabajo a tu taller. Sin mucha experiencia en máquinas industriales... me sorprendió tu pregunta: de qué signo sos? De libra... ah, bueno, sentate en la máquina... Vení el lunes. Nos querías sacar buenas. Gozabas viendo que

aprendíamos el oficio, paseándonos por todas las máquinas, por todos los modelos. Paciencia gigante. Sonrisa infaltable cada mañana, a pesar de las complicaciones. Interés sincero, mirada positiva. Deseo de ver progresar a tu gente. Sigo agradeciendo haber trabajado en tu taller.

En Copiapó, Ampliación Pratt, te llegué a conocer Quenita. Más radiante que el sol tu sonrisa. Te consumió el cáncer, vimos tu cuerpecito ir achicándose y tu luz crecer, crecer. Era realmente impresionante verte permanecer en la confianza, siendo tus niños tan pequeños. Te miro y exclamo: qué grande es tu fe!

*Entré en **Ruca Choroi** como en un Santuario... Santidad de los gestos que insinúan la Presencia del Ta Chao. Adkintulei, allkütulei, Fta Chao. Está mirando, está escuchando el Padre.*

Te honro Francisco Aigo, que amorosamente nos adoptaste. Te veo subir el faldeo, hacha al hombro, como un creciente punto en la blancura de la nieve. Tus silencios rotos de repente por la carcajada... tus pasajes súbitos de la gravedad a la sonrisa pícaro... Discretamente, estás en todo.

Doña Manuela Painillán... se fue primero tu compañero, don Roberto, segundo cacique de la agrupación. Llegué a conocerlo un poco... y después venías a menudo: "Mi hermana..." con tu voz grave y lenta. Tu bolsita con un poco de pan... algún intercambio. Me tocó acompañarte más ese último tiempo de tu vida en la tierra. En tu pequeña ruca junto al lago... amasé mi primer pancito en el paso a paso de tu guía. Vos recostada en el pellón de oveja que era tu cama. Aunque salió terriblemente duro... me animaste y te lo comiste! Largos tiempos de silencio... no te sentías bien. Y me tocó estar ahí cuando te ibas yendo, cuando te fuiste. Santidad de ese momento de tu viaje... del baño, del ir llegando de tu pueblo, del ir haciendo flores y más flores de papel, mientras afuera arreciaba el frío... para honrarte, y despedirte. Siento que mucho nos quisimos en ese estar estando así, en un solo estar.

Fue difícil para mí salir aquel atardecer de Ruca Choroi. Apenas llegué a despedirte Fermina. Fue un pequeño encuentro que nunca pude olvidar, firmemente grabado en la memoria de mi corazón. Me miraste un poco desconcertada de lo repentino de la partida... y viste. Me viste. Con tu porte, tu gesto real... tu mirada me acompañó, me consoló... me dijo tanto. Sí, supe la fuerza del amor, del silencio. Me lo transmitiste, así, en algunos segundos.

Te honro, maestra. Maravillosa artesana del blanco y negro... Madre de delicada atención a cada cosa. Gracias!

En medio de la noche, las trutruucas... sonidos misteriosos que nos despiertan. Salimos... hacia la cordillera se van encendiendo fueguitos. En dos días, el Nguillatún de Aigo. Vienen los parientes de Chile! Traen los instrumentos... las familias encienden los fuegos, recibíéndolos. Suenan los instrumentos en el silencio de la cordillera. Es estremecedor. En mis entrañas siento la santidad ancestral de los pueblos originarios. Me visitan en los sueños los antiguos. Me hablan. Cuando ando en la huerta presiento la presencia de las mujeres que habitaron ese lugar. Cuando ando por el bosque de pehuén sé que están ahí, los habitantes, gente de la Tierra, Mapuches. Vivo con ellos. Los invoco. Escucho con avidez las historias de cuando vino el ejército. La huida, el entierro de los tesoros, el escapar con un poco de sal alimentándose con hierbas... Santidad de los pueblos acorralados, sometidos. Resistencia, transmisión de la Sabiduría. Gracias, Señor!

Me tocó conocerte doña Rufina, antes de tu ACV, de tu parálisis... Amiga, hermana. Ayüwin piuké: Corazón alegre, contento. Risueña, pícara... siempre llegabas, también con tus silencios, como buena mapuche. Pero de conversación amena, y siempre haciendo tratos, trueques que nos enriquecían a todas. Me enseñaste a hilar... sin hablar, repitiendo el ancestral gesto. Y te alegraste de cada progreso. Entrar en tu casa, en el "cuadro", era como entrar a una película. El cerco impecable, todos los postes parejitos, los alambres tirantes... los álamos y los sauces... el alfalfa en flor, pasto para el invierno... una huerta con de todo. Muchas, muchas arvejas... el telar siempre armado con tu tejido doble de tejendera experta. Todo en marcha, todo en movimiento. Tu compañero, querido don Víctor Licán... lo que se dice un hombre bueno. Y trabajador como el que más. Los miro extasiada: van y vienen, se ríen. Una palabra de tanto en tanto. Después una cascada de palabras en mapuche para que yo no entienda. Risas... No hay tensión, no hay estrés... es como una danza. En el fogón los piñones cuecen. Y otros se secan colgados. Tus muchachos trabajan, mucho... salen al trabajo de reforestar, y cuando vuelven preparan todo para el invierno. Todo bajo la mirada de Ta Chao.

Recuerdo aquella única piñoneada en tu compañía... las dos solas por la cordillera, bolsa al hombro. Conocés cada pehuén. El silencio es inmenso. La belleza majestuosa de los bosques me sumerge en una Presencia que casi se toca. Pero sobre todo vos... Presiento una hondura, tan... misteriosa.

En tus sencillos gestos de agacharte a recoger cada piñón, de caminar balanceando tu pollera, arreglar el pañuelo de tu cabeza. Una sonrisa. Una palabra. Mucho, mucho silencio. Maestra, en mi corazón se grabó aquella mañana como una experiencia mística. Gracias!

*Volver a Buenos Aires, empezar una fraternidad en **Barrio San Jorge**, viniendo de Ruca Choroí... la mirada tenía que volver a acomodarse para encontrar belleza, grandeza, santidad en un medio opaco, apretado, con olor a marihuana y al ácido de La Fluorhídrica, que lo quemaba todo... no había nada verde.*

Cuando llegué ya las hermanitas tenían muchos amigos... y el corazón se fue entibiando. Muy cerca, por el mismo pasillo, la Tita. Correntina de fuego. A gatas con tu artritis, padre y madre del Julito y la Andreíta. Te rebuscaste. Nunca les faltó nada. Heladitos, tortas fritas (inigualables...), quiniela, y fe, mucha fe. A los gritos, pero los sacaste buenos a tus hijos. Compasiva, compartías lo que tenías. Gracias!

Norma, cuántas veces te recuerdo! Pequeña, mínima... siempre fue difícil tu vida. Narrada una y otra vez... Trabajadora de la quema... ibas temprano, y traías los tesoros más diversos, y nunca nos olvidabas en la repartija. Telas, comida recién vencida de los supermercados, maderas... fuiste criando a tu Gabi y a tu Rosita, así, a los ponchazos. Fe en Dios que experimentás providente. Qué terrible fue encontrar a tu hijo querido sin vida aquel fin de año... decidió irse. Vaya a saber qué hondísimo dolor... Y seguiste, con tu energía justita para el momento más. Saliendo a manguear a la iglesia de Capital, trayendo lo necesario. Te abrazo en mi corazón Norma, hija amada de Dios.

Mirta, también honro tu Santidad. Juntos, en familia, le pelearon a la enfermedad de tu Luisito. Tu hijo menor. Amiguito nuestro. Él también la peleó con su leucemia. Pero se fue yendo, se fue. Grande dolor en tu rostro agitanado. Y al poco tiempo, era Navidad. Navidad sin Luisito. Y sentiste, porque para los pobres como para Dios, todos viven... sentiste que Luisito te empujaba a organizar una Navidad diferente. Y te pusiste en campaña: con la ayuda de unos y otros conseguiste juguetes... los envolviste amorosamente... los entregaste. Al menos para todo el pasillo hubo regalos. Increíble fortaleza del amor.

A medida que el tiempo iba pasando, el clima del barrio se fue haciendo más pesado. La Santidad de tu Nombre se tenía que abrir paso entre la droga, la macumba, ritos oscuros que se celebraban en las noches y nunca supimos bien... los desarmaderos, las balaceras, los cuchillazos... la muerte, la demasiada muerte. Y así, frágil y tan fuerte, la vida, siempre santa: el cuidado de un hijo nacido antes de tiempo, Japo queriendo recuperarse de su adicción, Emilio estudiando en una escuela para sordo mudos y creando su red de amigos, un amigo con sida poniendo un toque sofisticado de iluminación al Pesebre viviente, los que escuchamos salir muy temprano al trabajo, el espacio tan vitalizante del apoyo escolar... de tanto en tanto la limpieza de las zanjas que nos dejan cansados pero tan contentos, las flores en las macetas que se van contagiando de casa en casa... Gracias!

Gracias Señor por la santidad de tu pueblo santiagueño.

*Hago memoria, honrando tu fe, María... María "de Mañuco". Aquel verano en **Las Talitas**... seco... Se siembra una vez, y todo se quema... se prueba otra vez, y nada... los días pasan y la cosecha parece casi imposible. María, venís al barrio para alguna changuita, pobre entre los pobres, rica de hijitos. Y nos contás a todos que ya estás comiendo zapallo y choclo de tu cerco. La gente se ríe. Sacan en el tema con ese humor que dice y que no dice, pero que todos entienden. María siempre miente. Pero esta vez se pasa, alardeando de sus choclos, cuando todas las chacras están en "cigarrito".*

Y me fui a visitarte María. Creo que éramos dos... y después de unos mates bien dulces, entre los cuscos y los chicos torturando a los pollitos, propusiste: vamos al cerco! Vamos... Tu pequeño cerco lucía de un verde único en todo el pago. Cómo lo hiciste??? Ninguna corriente de agua pasaba por allí. Bah, por ninguna parte... Lo vimos. Ahí estaba el planterío. Embarazada, con tu azada, habías puesto semilla por semilla. Mazorcas y zapallos gritaban: qué grande es tu fe, María! Como si la naturaleza se hubiera doblegado ante tu confianza en la Vida, en Dios. Bendita seas María! Gracias!

Doña Leonor Díaz, de Villa Guasayán. Vengo a honrarte! Ya tenías más de 80 cuando te conocimos. Tu porte siempre real. Tejendera, alfarera... todos te reconocían la mejor. Se decía que eras "niña", que no habías conocido varón... y que criaste 16 hijos ajenos. También criaste muchos animales del monte... por el gusto de cuidar la vida nomás. Curar, criar, y

soltar. A qué horas te sabrías levantar para todos esos afanes? Desde qué tiempos custodiabas a la Santa Bárbara, rezadora santiagueña, guardiana de la fe de tu pueblo. Bárbara bendita seguidora de lluvias, vivía en tu rancho primero, y después en una pieza de material abigarrada de recuerdos, ofrendas, flores de colores...

Con qué alegría nos iniciaste en el trabajo del barro... con qué unción. Desde la búsqueda de la tierra más adecuada, difícil por el salitre de la villa, hasta el quemar las piezas con la bosta de vacas... Maestra de vida, querida doña Leonor, desde tu silla de tientos, brasero al pie, dirigías la orquesta cotidiana. Cuánto nos quisimos!

Cuando miro Las Talitas, no sé cómo cantarías sus letanías. Como un tunal apretado en flor, resplandecen los corazones en su sencillez, su humor, su poesía... fuerza, ternura, belleza. Sí, en medio de miserias, rivalidades y toda nuestra condición humana en su así, igualito en todos lados. Dignidad morena y montaraz, nos recibiste y cobijaste. Gracias. Y Tomo unas florcitas, así al voleo, porque son tantas y tan maravillosas... Fabián Ledesma, tío Fabián, que en tu generoso gesto, que jamás revocaste, nos abriste la tranquera de tu potrero: "busquen leña ahí, hermanitas..." Leña, algarrobas, mistol, silencio. Nos compartiste tu monte, trajinado por tus alpargatas rotas. Lo conocías palmo a palmo. En sus hierbas, sus árboles, sus raíces, sus bichos... Contemplativo de voz chillona, golpeando tu caja, el vino te despertaba el canto ancestral. El grito, el lamento de generaciones. "Decime, hija... (silencio), por qué tienen que sufrir las guagüitas?" Era una pregunta que te laceraba el alma. Con una más o menos declarada enemistad con la comunidad cristiana, eras devoto ardiente de la Mamá Virgen y el Señorcito de los milagros. No fácil con tu Braulia, tu ternura se lucía con tus nietos. Verte pasar entre la polvareda que levantan tus cabras, pitando el chala apretado entre los pocos dientes, morral cruzado (qué andarías llevando...), gorra mal puesta... era como una aparición. Intercedé por tu pueblo, don Fabián que estás en Dios.

Y bueno, todos, grandes y chicos, desfilan con su resplandor en la memoria de mi corazón. Pueblo santo... Sí!

Te agradezco, Vida, que a través de **la Fraternidad** me dejaste contemplar, compartir, tocar, querer tu Santidad escondida.

Y provocativa, desconcertante me arriaste a este “otro planeta”. Y casi me obligaste a ver, dónde no quería ver, también tu Santidad. Porque no sólo no sabés discriminar, sino que tenés sentido del humor y nos pateás el tablero. Tu Santidad, también escondida, en un paquete cheto. Inés: Hondura de la Unión mística, de esa que hablan los libros, y que todos anhelamos porque para eso fuimos creados, encarnada en mujeres que uno no diría... Me obligaste a ver que estamos para más, para mucho, mucho más. En la vida cotidiana, sí. De adentro para afuera. Camino al Corazón. La Era está pariendo un Corazón. Y hay un camino. Santidad de una mujer que creyó lo imposible. Lo acogió en su vida, de esposa, de madre, de abuela... mística, mistagoga. Ella va por la vida gritando: sí, decí SEA y Él lo hace todo. Llamada a llevarnos, a encaminarnos por caminos desconocidos a lugares desconocidos. Umbral tras umbral. Sabe de lo que está hablando. Vive Ahí. Aunque no nos guste el envase, y ella lo sepa, lo padezca, irradia, irradia, irradia: Dios.

Gloria a Vos Trinidad Santa, Fuente de toda Santidad, en todas tus manifestaciones. Aquí estamos, que seamos Uno. Porque para Vos, nada es imposible. Amén.

01 de diciembre de 2018

Índice

Introducción	1
Experimentando la vida	3
<i>Poema de la vida</i>	4
TRASCENDENCIA	5
Silencio	6
Sentido	8
Encuentro	9
VÍNCULOS	12
Amor	12
Comunión	15
Fecundidad	16
Intimidad	17
COTIDIANEIDAD	19
Trabajo	20
Fiesta	22
Tedio	23
Alegría	25
Fracaso	26
Sufrimiento	28
PASCUA	30
Muerte	30
Esperanza	32
Conclusión	34

Creciendo con el cine	35
UNA DISCUTIDA PEDAGOGÍA EN LA FE	35
“La cinta blanca” (<i>M. Haneke</i>)	36
“Mamá” (<i>A. Muschietti</i>)	39
“La invención de Hugo Cabret” (<i>M. Scorsesse</i>)	42
“Camino” (<i>J. Fesser</i>)	45
ENCONTRARSE CON LO MEJOR DE SÍ MISMO	49
“Entre los muros” (<i>L. Cantet</i>)	49
“La ola” (<i>D. Gansel</i>)	51
“Alicia en el país de las maravillas” (<i>T. Burton</i>)	53
“Hadwijch. Entre la fe y la pasión” (<i>B. Dumont</i>)	56
PROYECTOS DE VIDA NO FÁCILES DE CONCRETAR	59
“Ajami” (<i>Y. Shani – S. Copti</i>)	59
“Paco” (<i>D. Rafecas</i>)	62
“Babel” (<i>A. González Iñárritu</i>)	64
“El ilusionista” (<i>N. Burger</i>)	66
LA CRISIS DE REALISMO	68
“Vincere” (<i>M. Bellocchio</i>)	68
“Cisne negro” (<i>D. Aronofsky</i>)	71
“Carancho” (<i>P. Trapero</i>)	72
“El discurso del Rey” (<i>T. Hooper</i>)	74
DE LA CRÍTICA A LA MADUREZ	76
“El Código Da Vinci” (<i>R. Howard</i>)	77
“Ágora” (<i>A. Amenábar</i>)	80
“Las playas de Agnès” (<i>A. Varda</i>)	83
“Antes de partir” (<i>R. Reiner</i>)	84

Haciéndonos amigos de Dios	89
ABRAHAM, PEREGRINO EN LA FE	90
Vocación y promesa	91
Magnanimidad y gratitud	93
MOISÉS Y LA LIBERACIÓN DE SU PUEBLO	95
La formación de un elegido	96
Un llamado resistido	97
El éxodo: don y desafío	98
La aridez del desierto	99
La fidelidad a la alianza	102
DAVID: GRANDEZA E INIQUIDAD DE UN REY	104
Elegido y bendecido	104
De la simpatía a la persecución	105
Grandeza y bajezas del rey	106
El pecado de David y la casa real	108
Interpretación psico-espiritual	110
PEDRO: LA CRISIS EN EL DISCIPULADO	112
Llamado a ser pescador de hombres	112
El desconcierto y la negación	115
Psicología de una negación	116
PABLO: 'HABER SIDO ALCANZADO POR CRISTO'	119
El Evangelio de Pablo	120
“No con la justicia mía [...], sino por la fe en Cristo”	121
De Pablo a nosotros	125
MARÍA, DISCÍPULA MISIONERA	126
El silencio de María	127
Mujer de escucha	128
Creyente que toma la palabra	130
Las actitudes de la Madre	132
María en nuestra vida	133
Conclusión	135

Discerniendo signos de los tiempos	137
OTRA CARTA DEL DIABLO A SU SOBRINO	137
ÉTICA POÉTICA	147
GPS	147
¿Nos valoramos?	149
¿Qué hay del amor?	150
A laburar...	152
“ <i>Money, money, money</i> ”	153
Poetas sociales	154
“ <i>Imagine</i> ”	155
La casa común	156
El amor, no la guerra	157
Y ahora... pandemia	158
Educando-nos	160
SER CRISTIANOS HOY	161
En franca desventaja y minoría	161
Los “signos de los tiempos” cristianos	164
La “forma” cristiana hoy	167
El “espíritu” cristiano deseable	170
Ser cristianos hoy	172
MÍSTICA DE OJOS ABIERTOS	174
Índice	183